

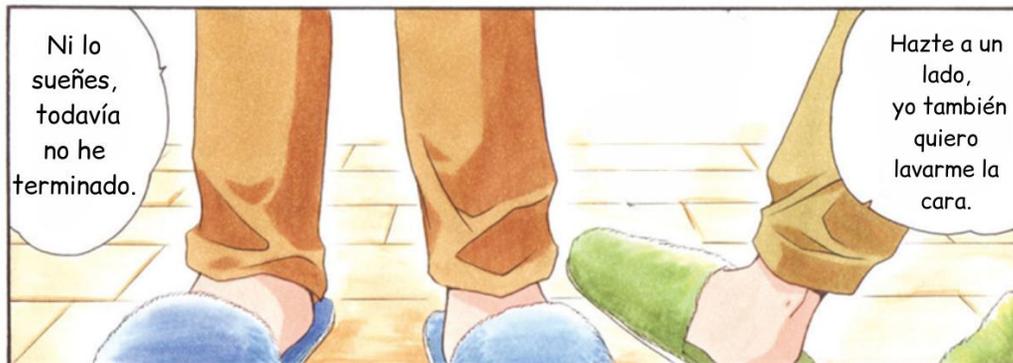
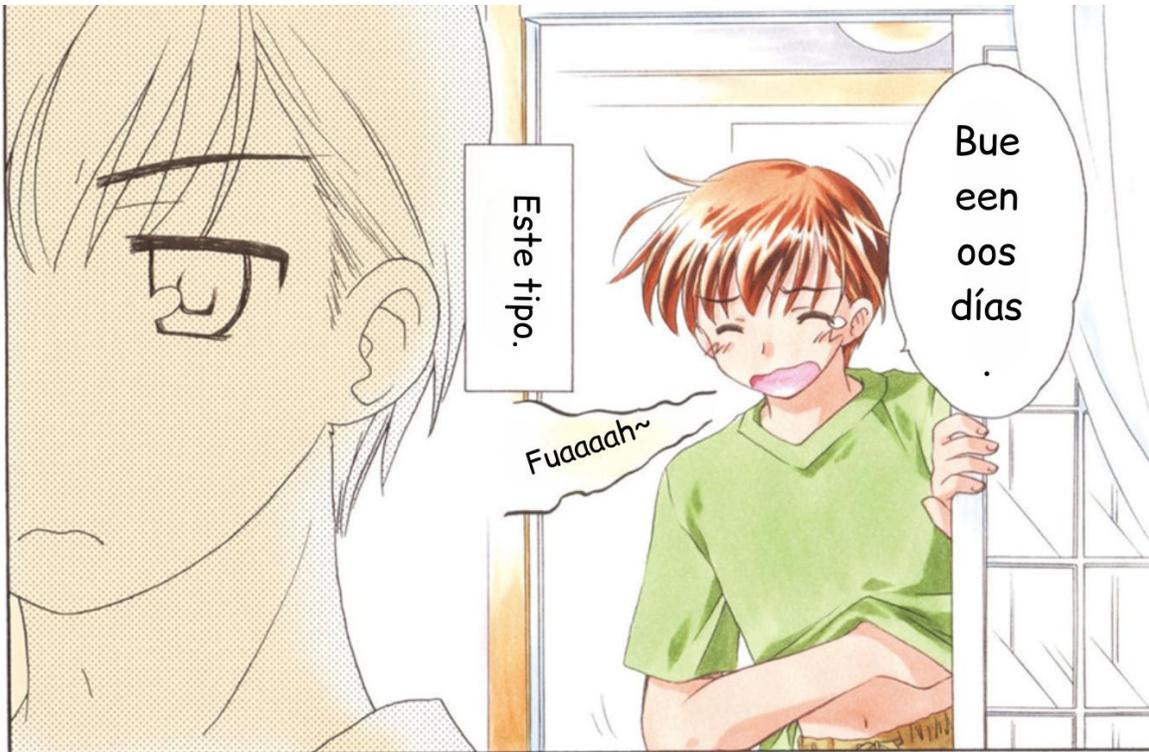
2

¡ESCAPEMOS DE LA ESCUELA!
I-MY-ME

NAGARU TANIGAWA









Esta es la historia de estos dos





Nosotros, que se suponía estábamos en "el mundo de tres días después" y en "el mundo de tres días antes"

Por alguna razón, nos encontramos en el mundo del "presente".

Y además, A que vino del futuro trajo consigo un cuchillo ensangrentado y no tiene recuerdos de los últimos seis días.

Nosotros, que no teníamos a dónde ir, terminamos quedándonos en casa de Hoshina, quien participa en un club llamado "Club de Investigación de Fenómenos Paranormales"



Este es un fenómeno sumamente interesante.

Actualmente, en este mundo, los tres Kanda —el del "futuro", el del "pasado" y el del "presente"— existen al mismo tiempo

¿Eh? Al contrario

Muchas gracias por involucrarme en un acontecimiento tan interesante.

Al parecer, ustedes dos han realizado una transferencia espacio-temporal

Definitivamente, es una chica rara...



Pero por ahora, todo es incomprendible



El cuchillo ensangrentado también es importante-

Pero la pérdida parcial de memoria del Kanda-san A podría ser la clave del caso.

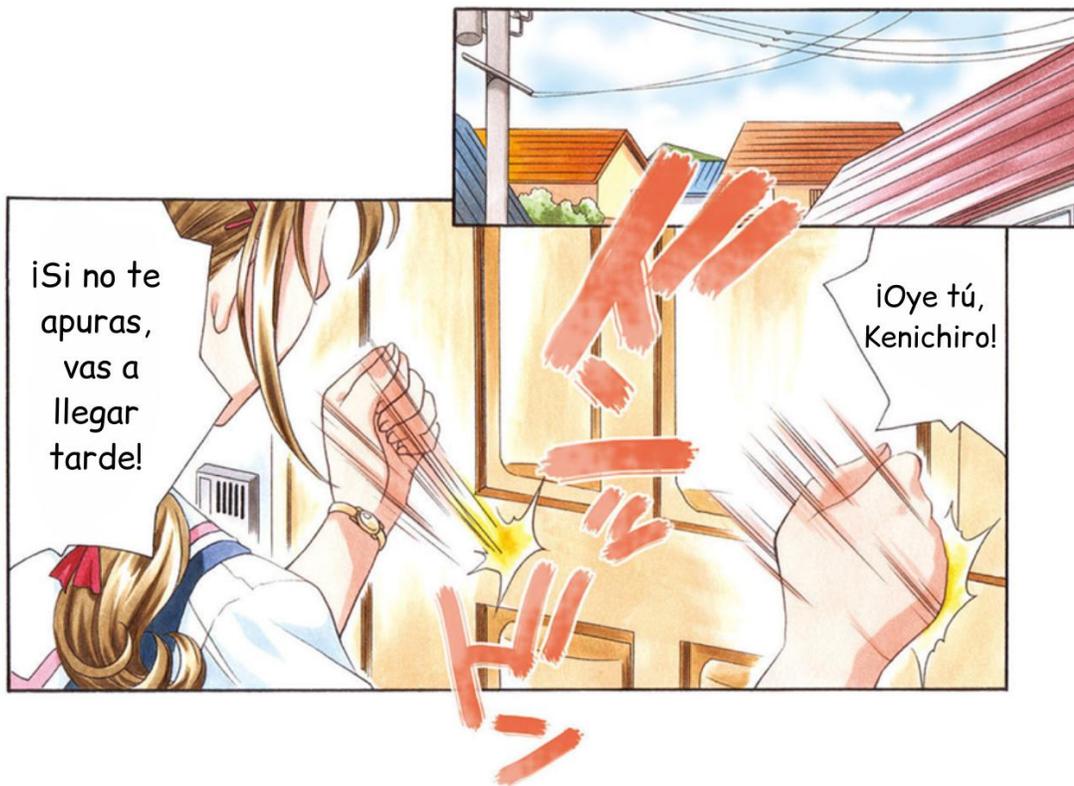


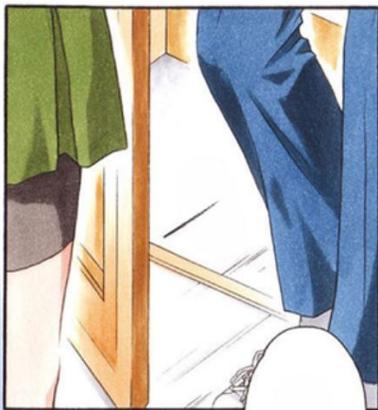
No, no entiendo nada.

¿Tú lo comprendes?



La clave ...





Buenos días



¡Hola!
Yuki

Entonces
¡Vamos a
la escuela!





¡ESCAPEMOS DE LA ESCUELA! 2
I-MY-ME



NAGARU TANIGAWA

DISEÑO DE PERSONAJES:

蒼魚 真青

**TRADUCCIÓN Y EDICIÓN AL ESPAÑOL:
SUBORDINADOS DE SASAKI**

2025

**EDICIÓN SIN FINES DE LUCRO, POR Y PARA FANS
PROHIBIDA SU VENTA**

CONTENIDO:

- Prólogo
- Interceptor 1
- Capítulo 1
- Interceptor 2
- Capítulo 2
- Interceptor 3
- Capítulo 3
- Interceptor 4
- Capítulo 4
- Interceptor 5
- Capítulo 5
- Interceptor 6
- Capítulo 6
- Interceptor 7
- Capítulo 7
- Epílogo
- Interceptor 8

- [Notas de Autor](#)

Prólogo

"¿Hmm?"

Ese día, en ese momento, Kenichirō Kanda se detuvo en seco, desconcertado. Luego, al darse cuenta de que no tenía ni idea de por qué estaba desconcertado, se sintió aún más desconcertado.

"¿Eh?"

Su cabeza y sus hombros eran golpeados suavemente por gotas de agua que caían del cielo. Estaba lloviendo. Y, sin embargo, Kenichirō Kanda no llevaba paraguas.

"¿Qué...?"

Instintivamente, echó un vistazo a su alrededor. Era un vecindario residencial como cualquier otro. Estaba sobre la acera que corría junto a una calle municipal. En dirección a donde se dirigía —o eso creía— se encontraba su casa, en la que había vivido por unos dieciséis años desde que nació. Era el camino que recorría todos los días para ir y volver de la escuela. Supuestamente, acababa de salir del colegio y había caminado hasta aquí.

Lo que significaba que estaba de regreso a casa.

"¿Qué...?"

Kenichirō Kanda murmuró de nuevo con una interrogación en la voz.

Algo no estaba bien. Tenía una extraña sensación, como si acabara de recuperarse de un mareo. Y al mismo tiempo, también había algo que no sentía en lo absoluto.

"¿Estaba lloviendo?"

No lograba recordar con claridad. Sí podía recordar que estaba en el salón de clases preparándose para irse, pero no recordaba cómo había llegado caminando hasta ese lugar. Todo lo que venía después de eso era vago y difuso.

El pavimento estaba completamente empapado. Llovía con bastante fuerza. Su camisa del uniforme de verano absorbía rápidamente la humedad y se pegaba a la piel.

"¿Mmm?"

Una nueva duda cruzó por la mente de Kenichirō Kanda. Si había estado caminando bajo esta lluvia, ya debería estar empapado. Pero su camisa blanca apenas estaba comenzando a mojarse, como si acabara de empezar a llover. De hecho, su pantalón escolar apenas si estaba húmedo.

Kenichirō Kanda bajó la mirada hacia sus propias manos. No tenía consigo el maletín escolar que, de estar regresando a casa, debía llevar consigo sin falta.

"¿Eh?"

Mientras miraba sus manos, murmuró atónito:

"¿Qué es esto?"

No tenía paraguas, ni llevaba su maletín, y sin embargo, en su mano derecha sostenía otra cosa.

Un cuchillo con una hoja de unos quince centímetros, del tipo afilado y típico que parece hecho para pelar manzanas. De esos productos genéricos que pueden encontrarse alineados en la sección de cuchillos de cualquier ferretería. Un cuchillo para frutas.

Y estaba cubierto de sangre.

Un líquido rojo y viscoso pegado a la hoja goteaba con la lluvia hacia el suelo. Como si acabara de mancharse, ese líquido bajaba por el filo y seguía escurriendo hasta la mano que lo sujetaba con fuerza.

Desde los nudillos hasta el codo de su brazo derecho, estaban salpicados con gotas del mismo rojo intenso que el cuchillo.

Era, sin lugar a dudas, sangre roja cargada de hemoglobina, propia de un ser vivo.

"Oye, oye, espera, espera..."

Sin poder salir de su asombro, Kenichirō Kanda intentó calmar el violento palpitar de su corazón... sin éxito.

Esto era malo.

No sabía exactamente qué pasaba, pero sin duda era malo. Y peligroso.

Era de día, y en medio de la calle se hallaba un estudiante de preparatoria, de pie, empapado, sin paraguas ni maletín, sosteniendo un cuchillo cubierto de sangre y mirándolo fijamente.

Objetivamente hablando, era una escena bastante anormal. Y coincidía con su propia impresión. Enseguida, Kenichirō Kanda miró a su alrededor, hacia adelante, atrás, a ambos lados. Afortunadamente, no había nadie a la vista. Rebuscó en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó un pañuelo arrugado. Le tomó diez segundos envolver el cuchillo para frutas. Le tomó tres segundos asegurarse de que nadie lo observaba desde las ventanas de las casas a ambos lados de la calle. Y no pasó ni un segundo antes de que saliera corriendo a toda velocidad, como un conejo escapando.

Tal vez ya era demasiado tarde. Aunque no tenía ningún recuerdo al respecto, si había estado caminando con un cuchillo ensangrentado, ya alguien debía haberlo notado. Podía ser que ya lo hubieran reportado. "¡Hola! ¿Es la policía? Eh, el hijo del señor Kanda de la calle número ocho... ¡está merodeando con un cuchillo ensangrentado como si acabara de apuñalar a alguien! ¡Es peligroso! ¡Vengan y arresten al chico, por favor! ¡Ay, qué miedo!"

Pero Kenichirō Kanda no tenía, por más que lo intentara, ningún recuerdo de haber apuñalado a alguien. Mientras corría, intentó repasar mentalmente todo lo que había ocurrido ese día.

La fecha era 7 de junio, viernes. Se había despertado por la mañana y había ido a la escuela. Había asistido a sus seis clases como de costumbre. Las últimas dos horas eran de educación física, y habían hecho resistencia, corriendo toda la sesión. Había terminado agotado. Había sudado tanto que la sal le escurría por la piel, todo por correr cinco mil metros bajo un cielo completamente despejado. Luego...

¿Luego?

¿En qué momento empezó a llover? El cielo ahora estaba gris y opaco, las calles y las casas completamente empapadas, como si llevaran horas bajo la lluvia. No era un chubasco pasajero ni un aguacero inesperado. Aun así, el hecho de no tener paraguas se podía entender. ¿Pero por qué tampoco llevaba su maletín?

Un escalofrío le recorrió la espalda. No tenía recuerdos desde que terminó las clases y comenzó a empacar sus libros. Era como si unos extraterrestres lo hubieran abducido, borrado la memoria, y lo hubieran soltado en la calle. El cuchillo en su mano no hacía más que aumentar su terror. En su mente resonaban palabras como “crimen que no cometí”, “acusación falsa”, “trampa”, “me tendieron una emboscada”, todas gritando al mismo tiempo, mientras un miedo abrumador giraba en espiral dentro de su pecho. Cualquier animal atrapado en una trampa de la que no puede escapar comprendería muy bien ese sentimiento.

Kenichirō Kanda seguía corriendo, intentando pensar con una mente hecha un caos, y sin poder pensar en nada al mismo tiempo.

En cuestión de segundos, estaba completamente empapado.

Cinco minutos de carrera a toda velocidad le parecieron una eternidad. Cuando vio la silueta familiar de su casa, se le llenaron los ojos de lágrimas por el alivio. Ni siquiera se molestó en abrir bien la cerradura, se lanzó dentro de la casa como si rodara por la entrada. Respiraba agitadamente, jadeando. Se quitó los zapatos de un manotazo y se dejó caer sobre el tapete del vestíbulo.

Sus padres, que trabajaban ambos, no regresarían hasta que cayera la noche. Hasta entonces, él debía estar solo en casa.

No tenía hermanos.

Finalmente, una vez que logró incorporarse, se dirigió como pudo a su habitación. Necesitaba pensar con calma qué demonios le había pasado. Primero tenía que quitarse esa ropa empapada y tranquilizarse.

Subió las escaleras pisando los escalones con sus calcetas húmedas y abrió la puerta de su cuarto en el segundo piso.

Y entonces Kenichirō Kanda fue testigo de una escena que desafiaba toda lógica.

"¡Uwa!"

Quien alzó la voz no fue él. Él, por su parte, estaba tan lleno de asombro que ni siquiera podía emitir un sonido. Solo se quedó ahí, completamente pasmado.

Él mismo estaba dentro de su propia habitación.

Era normal, pensó Kenichirō Kanda. "Él mismo estaba dentro de su habitación". ¿Qué contradicción podía haber en esa frase? Ninguna. Ninguna, pero aun así, algo no encajaba. Esto no podía estar ocurriendo. Era como si su nivel de razonamiento hubiera retrocedido diez años de golpe; de hecho, no podía comprender en absoluto lo que estaba viendo frente a sus ojos. Era imposible.

Sin embargo, sus retinas, tan honestas como siempre, transmitían la imagen con total seriedad hasta su cerebro. Mientras confiara en lo que veían sus ojos...

La persona que ya estaba en su habitación, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, era sin lugar a dudas Kenichirō Kanda.

Otro yo estaba en su cuarto.

Esa frase sí que tenía sentido, pensó vagamente Kenichirō Kanda.

Los dos Kenichirō Kanda se quedaron en silencio, mirándose fijamente por un rato. El primero en salir del estado de parálisis, según el nivel de sorpresa, fue el que ya estaba dentro de la habitación. El Kenichirō Kanda que aún seguía empapado con el uniforme de verano continuaba petrificado.

Ese otro, mirando al Kenichirō Kanda que sostenía el cuchillo envuelto en un pañuelo, abrió la boca:

"Eres... Ya veo, con que así era."

¿Con que así era qué?, pensó. Al recibir esa acción, finalmente la mente de Kenichirō Kanda empezó a funcionar de nuevo. Aunque no logró entender bien el significado de esas palabras, al menos consiguió retomar su capacidad de pensar en japonés.

¿Qué se supone que uno dice en este tipo de situaciones? ¿Qué frase es la adecuada cuando te encuentras a alguien que luce exactamente como tú, en tu propia habitación? Después de pensarlo un poco, Kenichirō Kanda logró articular algo:

"¿...Quién eres tú?"

"Yo soy Kenichirō Kanda", dijo el otro.

"Mentira. Kenichirō Kanda es mi nombre", respondió Kenichirō Kanda.

"Mi nombre también es Kenichirō Kanda."

Replicó el otro.

"Eso no puede ser. Yo soy el único yo."

Kenichirō Kanda también replicó.

"Yo también pensaba lo mismo hasta hace un rato. Pero parece que no era así."

"No me jodas."

"Para ser sincero, yo también quisiera decir 'no me jodas'."

Ese sujeto que era idéntico a Kenichirō Kanda en todo —incluso el uniforme escolar era exactamente igual— lo miró desde abajo y continuó:

"Por lo visto, vengo del día siete. Justo ahora me sorprendí al confirmar la fecha de hoy."

"¿Cómo dices?"

Kenichirō Kanda frunció el ceño ante lo absurdo de esa frase.

A menos que su memoria estuviera completamente mal, hoy era día siete. Y sin embargo, ese tipo afirmaba haber venido "del día siete". Si era del día siete y estaba aquí el día siete, no debía haber nada raro. ¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Acaso intentaba ocultar algo?



"¿Qué pasa con la fecha de hoy? ¿Siete? Claro que hoy es siete, ¿no?"

"¿Ah?"

El otro lo miró con desconfianza.

"No mientas. Tú eres 'el yo de hoy', ¿no es así?"

No entendía absolutamente nada de lo que estaba diciendo. ¿Qué significaba eso de "el yo de hoy"? ¿Y quién demonios era este tipo?

"¿Quién eres tú?"

Kenichirō Kanda repitió la pregunta original, a lo que el otro se encogió de hombros y dijo:

"Yo soy el yo del siete de junio. Y por cierto, para que lo sepas, hoy es diez de junio. ¿Me equivoco?"

Lo dijo con un tono ligeramente inseguro. Kenichirō Kanda, empapado pero sin verse particularmente atractivo a pesar de ello, levantó el brazo izquierdo.

"¿Dices que es diez? No digas tonterías. Ya sé, con ver el reloj se aclara todo. Mira, claramente es siete de——"

No lo era. Ni siquiera era diez. La pantalla digital mostraba claramente la fecha: 13 de junio.

"¡¿¿Gehhhh! ? ! "

Kenichirō Kanda abrió los ojos como platos y se quedó mirando los números del reloj de pulsera. Los siguió mirando. Por más que lo mirara, el reloj seguía marcando "6:13". Por si acaso, cerró los ojos, se frotó los párpados con suavidad, respiró hondo para calmarse, bajó el ritmo cardíaco, y volvió a mirar. Aun así, seguía diciendo "6:13".

No estaba claro qué había deducido el otro al verlo así, pero...

"¿Y bien? ¿Lo aceptas ya? Hoy es día diez. Yo también me sorprendí al verlo, pero es lo que hay."

Ese tipo, con cierto aire de superioridad, recibió el brazo izquierdo de Kenichirō Kanda extendido en silencio hacia él. Se acercó, como arrastrado por el gesto, y miró el reloj...

"¡¿¿Gehhhh! ? ! "

Reaccionó con exactamente el mismo grito, y tras quedarse congelado durante unos treinta segundos, dijo:

"Entonces... ¿tú eres el yo del futuro?"

La mente de Kenichirō Kanda, que apenas comenzaba a recuperarse del caos, volvía a caer en el torbellino de la confusión. Hoy era siete. Y sin embargo, ese tipo decía que era diez. Y el reloj marcaba trece. ¿Era del pasado? ¿Y al mismo tiempo, era el yo de hoy? ¿Y también era trece de junio? Todo era tan confuso que no había forma de entenderlo, y al parecer, el otro Kenichirō Kanda que estaba en la habitación tampoco podía.

""

""

Los dos guardaron un silencio absoluto. No les quedaba otra opción.

Interceptor 1

Sí, en ese momento, ninguno de los dos Kenichirō Kanda tenía la menor idea de lo que estaba por suceder.

Debo aclarar desde el principio que estos dos son, sin ninguna exageración, la misma persona. Y que “hoy” es 10 de junio. Eso sí lo puedo garantizar. Todo lo demás quizá quede fuera de garantía.

Los dos Kenichirō Kanda están actualmente sumidos en tal nivel de confusión mental que han caído en un estado de parálisis cognitiva. Por cierto, el hecho de que existan dos Kenichirō Kanda y que ambos sean llamados “Kenichirō Kanda” no hace más que añadir confusión a esta narración. De hecho, es la principal causa del caos.

Por lo tanto, a partir de ahora, sin importar si los dos aparecen en la misma escena o no, se establecerá que el que llegó a casa jadeando bajo la lluvia será llamado “Kanda A”, y el que ya se encontraba en su habitación desde antes será llamado “Kanda B”.

Las letras no tienen un significado especial, pero eso será explicado más adelante, después de que ambos Kenichirō Kanda realicen una cumbre bilateral de paz.

Solo hay una cosa más que se puede afirmar con certeza:

El 10 de junio, en cierto pueblo de alguna región de Japón, esta es la historia que da comienzo.

Capítulo 1

Su nombre es Kenichirō Kanda. Sin duda, ese es su nombre real. Ahora mismo, él está sentado frente a otro individuo que también afirma llamarse Kenichirō Kanda. Sus ojos aún están clavados en el reloj digital de pulsera barato que el otro le muestra en la muñeca izquierda. Ese reloj parece idéntico al que él suele usar. Las únicas diferencias evidentes entre ese tipo —que, por increíble que parezca, también es él mismo— y el propio Kenichirō Kanda son que está empapado y que sostiene en la mano derecha un objeto extraño.

"Desde hace rato me he estado preguntando algo", dijo Kenichirō Kanda — Kanda B— al otro, que seguía de pie, aún con una expresión atónita.

"¿Qué es eso que traes en la mano? Y... ahora que lo veo bien... tienes sangre en la mano."

Sin decir una palabra, el otro —Kanda A— desenvolvió el trapo que cubría el objeto en su mano derecha, revelando su verdadera forma.

"¡¿Geh?!"

Kanda B se incorporó bruscamente, retrocediendo instintivamente.

¿Se había precipitado al pensar que este tipo era él mismo? ¿Y si su suposición de que él también era "yo", igual que lo parecía ser, era errónea? ¿Y si este sujeto, que tenía el mismo rostro y cuerpo que él, como si fueran gemelos inexistentes, no era más que un desconocido con su apariencia?

Kanda A sostenía un cuchillo cubierto de manchas rojas, y al verlo, Kanda B buscó con la mirada algún objeto cercano que pudiera usar como arma. Tomó el reloj despertador que estaba tirado junto a él.

Kanda B, en posición de lanzar, fue interrumpido por Kanda A, que dejaba caer gotas de lluvia desde su flequillo.

"No te confundas. No voy a hacer nada."

Lo murmuró con un tono curiosamente exhausto, como si hablara consigo mismo.

"Ni siquiera yo entiendo por qué estoy sosteniendo esto... En fin, tú, ¿quién eres? Te ves igual que yo."

Al escucharlo, Kanda B inhaló profundamente. Estaba a punto de hacer una revelación importante. Tratando de sonar lo más racional posible, comenzó con un tono que intentaba decir: "esto no es para tanto, ¿sabes?"

"Al parecer, vengo desde hace tres días."

Kanda A no reaccionó. Seguía mirando fijamente el cuchillo de frutas que se le pegaba a la mano derecha. Kanda B frunció el ceño. ¿Este tipo aún no entendía la situación?

Por supuesto, para Kanda A era completamente imposible entender la situación. En ese momento estaba demasiado ocupado estando confundido. El significado de las palabras de Kanda B le resultaba tan inalcanzable como si le hablaran de que Marte iba a estrellarse contra la Tierra mañana mismo.

Después de un rato...

"¿Eh? ¿Qué dijiste?"

Kanda A repitió la pregunta. Kanda B suspiró. No era para menos. Hasta hace poco, él mismo estaba en un 70% escéptico. Recién cuando apareció ese otro yo, había empezado a pensar que tal vez era posible.

"En fin, siéntate."

Kanda B habló mientras veía cómo Kanda A se sentaba aún con la ropa empapada.

"Primero déjame decir esto como premisa. Hoy es diez. Y yo solo tengo recuerdos hasta la tarde del día siete."

Kanda B jugueteaba con el reloj despertador que aún tenía en la mano.

"Y ahora mismo son las cinco y media pasadas."

Kanda A llevó los dedos al entrecejo como si tratara de pensar.

"...No sé si de verdad hoy es diez, pero en mi caso es igual. Mi último recuerdo es estar en el salón de clases, al final de la jornada del viernes... o sea, el día siete."

"Eso me pasó a mí también."

"¿Y eso de que hoy es diez? ¿Qué clase de broma es esa?"

"Si no me crees, puedes comprobarlo tú mismo. Mira la tele, revisa el periódico, llama a alguien y pregúntale. Yo ya lo hice."

Kanda A también lo comprobó. Bajó al primer piso y vio la fecha del periódico sobre la mesa del comedor: 10 de junio (lunes). Fue a la sala y encendió la televisión. Pasaban la repetición de un anime que solo daban los lunes. Cambió de canal y todos los programas eran de lunes, no de viernes. Por si acaso, marcó el 177. El Instituto de Meteorología Marina le informó que el pronóstico del tiempo para el 10 de junio anunciaba lluvias persistentes hasta pasada la medianoche.

Cuando regresó en silencio a la habitación, Kanda B lo recibió con:

"¿Y bien? ¿Convencido?"

"De creerlo o no, es otro asunto. Pero aceptarlo, sí lo acepto."

"Eso ya es algo."

"Pero no está bien. ¿Qué significa todo esto?"

"Al principio pensé que había perdido la memoria. Que tenía amnesia desde la tarde del viernes siete hasta ahora."

"¿Y no es así?"

"Si lo fuera, entonces no habría dos de mí."

"¿Entonces qué?"

"Viaje en el tiempo."

Lo dijo Kanda B con una naturalidad desconcertante.

"Yo hice un salto temporal —o viaje, o desplazamiento, da igual el nombre— del siete al diez. Un salto en el tiempo, como en *La puerta al verano*."

"...¿Estás en tus cabales?"

"Más o menos. Mira esto."

Kanda B le acercó su muñeca izquierda a la cara a Kanda A. Era el mismo modelo de reloj.

La pantalla digital marcaba: "6-7 (Fri) 4:22PM".

"Si fuera amnesia, no tendría sentido que el reloj siguiera detenido con la fecha y hora de hace tres días. Y encima, apareció otro yo. Seguro que es eso."

Kanda A revisó su propio reloj: "6-13 (Thu) 9:46AM". Al parecer hoy era diez. Y el jueves 13 de junio, según el calendario, era dentro de tres días. Si él estaba usando un reloj con la hora y fecha tres días adelantadas, eso significaba que...

"Así como yo vine de hace tres días", explicó Kanda B.

"Vienes de tres días en el futuro. Es la única explicación que se me ocurre."

"Estaba en el salón, preparándome para irme... y de repente me dio algo parecido a un mareo..."

Kanda B comenzó a contar.

"Sentí que todo frente a mí se volvía borroso, se oscurecía... y la siguiente vez que me di cuenta, ya estaba aquí, en mi cuarto. Pensé que había regresado sin darme cuenta, como por inercia, pero aun así, algo no cuadraba. Me di cuenta enseguida. Estaba en mi cuarto con los zapatos puestos. Por mucho que actúe

en modo automático, no hay forma de que entre a mi casa con los zapatos puestos, ¿verdad?"

Kanda A también comenzó a contar.

"Yo... sí, fue igual que tú. Justo después del cierre del día en el aula, cuando ya iba a salir de la escuela..."

Mientras hablaba, frunció el ceño.

Desde que se había encontrado parado en medio de la calle bajo la lluvia, su memoria era borrosa. Pero había algo más, algo que le formaba una niebla en el rincón de la mente. Una extraña sensación de haber olvidado algo importante. Algo que parecía estar a punto de recordar, pero que no lograba expresar con palabras. ¿Qué era? Sentía que en esas horas había visto o escuchado algo que no debía olvidar.

"En resumen", dijo Kanda B mientras pensaba, "tú eres el 'yo' del trece, perdiste la memoria a partir del atardecer del siete y ahora has reaparecido en el diez. ¿Es eso?"

"¿Cómo diablos voy a saberlo?"

"¿No recuerdas nada del ocho o del nueve, o de lo que hiciste hasta el trece?"

"Nada en absoluto."

"¿Tampoco recuerdas para qué usaste ese cuchillo lleno de sangre?"

"Ni idea."

"¿De verdad eres 'yo'? Pensé que, si llegaba a encontrarme con alguien, sería con el 'yo' actual... o bueno, qué lío, el 'yo' del día diez, en este momento."

"¿Y tú, realmente eres 'yo'?"

"Esa es mi línea."

"Entonces... muéstrame el pie derecho. Deberías tener una cicatriz vieja en la espinilla."

"Aquí tienes. ¿Te sirve?"

"Entonces dime cómo te la hiciste."

"Antes de entrar a la primaria, me caí en una zanja mientras andaba en bicicleta. Me llevaron en ambulancia."

"Correcto."

"Ahora yo pregunto. ¿Dónde fue tu primer beso?"

"...Detrás del almacén de educación física, en primaria. Qué preguntas haces..."

"¿Con quién fue?"

"Con esa idiota que vive al lado. Y que consté que no fui yo. Fue ella quien me atacó."

"Lo sé. Somos inocentes. Es correcto."

"Entonces es mi turno. En el viaje escolar de secundaria—"

"¡No lo digas! No quiero recordarlo."

"Tienes razón... Ese sí que fue un recuerdo digno de ser borrado para siempre..."

Ambos se quedaron mirando el rostro del otro y llegaron, al mismo tiempo, a la misma conclusión.

"Parece que..."

"Realmente..."

"Eres..."

"Yo..."

"Sin duda."

Como resultado de su conversación, los dos Kenichirō Kanda decidieron adoptar nombres provisionales para dirigirse el uno al otro.

El que tenía el reloj fechado al 13 y estaba empapado sería Kanda A (*After*). El que tenía el reloj fechado al 7 y ya estaba en su habitación sería Kanda B (*Before*).

Eso quedó claro. Pero qué hacer a partir de ahí... ninguno tenía una buena idea, y los dos volvieron a hundirse en el mar del silencio. Permanecieron así hasta que el timbre del interfono rompió esa calma.

¡Biiiiiiiiiiiiiiiiiiiiip!

Ambos Kanda dieron un salto literal. Era el zumbido constante de un timbre electrónico siendo presionado sin descanso.

Se miraron con cuidado, intercambiando una decisión sin palabras: ignorarlo.

Sin embargo, el timbre seguía sonando con una insistencia enfermiza. Para ser el del periódico o una paquetería, era demasiado. Después de más de un minuto sonando, el pitido cesó... solo para ser reemplazado por un golpe sordo: alguien estaba aporreando la puerta.

El ritmo de esos golpes desordenados les resultaba familiar.

"Esto está mal..."

Dijo Kanda A, y Kanda B asintió.

"Sí... Esto no pinta bien. Es Yuki."

A los *don don* se sumaron los *gan gan*.

"La está pateando..."

"Parece que está enojada por algo. Como siempre."

Los golpes cesaron. Ambos Kanda sabían que no era porque la persona del otro lado se hubiera rendido. Un instante después, oyeron el sonido del cerrojo siendo forzado: *chac chac*, un clic metálico que llegó desde la planta baja.

"¡Mierda! ¡Va a entrar!"

"¿Por qué demonios tiene la llave de repuesto?"

"Seguro la encontró escondida bajo el canalón. ¿Fuiste tú quien se lo dijo?"

"¡Ni idea! ¡Debe haber sido mamá!"

"¡No importa quién fue! ¡Lo que importa es que esto es un desastre!"

Chac. Criiick... ¡Bam! ¡Pum pum pum pum!

"¡Sabía que iba a entrar!" gritó Kanda A.

"¡No es momento de relatarlo, escóndete!" replicó Kanda B.

"¿¡Por qué yo!?"

"Tu uniforme está manchado de sangre. ¿Qué vas a decir si te preguntan por eso?"

Kanda A se quedó sin palabras. No tuvo tiempo de pensar en una réplica antes de que los pasos decididos de alguien comenzaran a subir las escaleras. Kanda B, irritado, dijo:

"¡Al clóset! Métete ahí un rato."

No le gustaba seguir órdenes, pero tampoco creía que mostrarle esta situación a Yuki fuera a mejorar las cosas. Más bien, presagiaba que todo se complicaría aún más. Kanda A deslizó la puerta corrediza del armario, que siempre estaba abierta unos treinta centímetros.

"Ey, Kurof."

Sus ojos se cruzaron con los de un gato negro, acurrucado sobre los futones, que lo miró con desinterés y volvió a bajar la cabeza como si dijera "ugh, qué fastidio".

"Lo siento, pero necesito que te muevas."

"Miagú."

Kanda A recogió al desparramado Kurof, lo lanzó suavemente a un lado y se metió torpemente en el nivel superior del armario. El gato negro, que llevaba cinco años viviendo en la casa de los Kanda, aterrizó con un *plop*, dio un gran bostezo y luego se estiró, clavando las garras en la alfombra como si marcara territorio.

Kanda B le susurró a Kanda A:

"Quédate quieto. No hagas ruido. No te muevas pase lo que pase."

"Lo sé."

Mientras Kanda A se acomodaba boca abajo sobre el futón cubierto de pelos de gato, con una expresión de molestia, Kanda B le dijo:

"Toma esto también."

Le pasó el cuchillo ensangrentado envuelto en el pañuelo y cerró la puerta corrediza del clóset sin dejar ranuras.

Justo en ese instante, la puerta de la habitación se abrió de golpe.

"¡Oyeee! ¡Pero qué demonios, Kenichirō idiota!"

Con ese grito atronador entró una chica con el uniforme de la misma preparatoria que Kenichirō Kanda. Una chica más que familiar. Conocida de Kenichirō desde hace más de diez años, vivía en la casa de al lado y era, en términos generales, su amiga de la infancia: Yuki Umibihara.

Avanzando con grandes zancadas, Yuki miró con ojos afilados a Kanda B y le gritó:

"¿Qué le hiciste a Mitsuki?!"

Yuki lo acorraló, y Kanda B retrocedió por milímetros, diciendo:

"¿Qué le hice a Mitsuki, dices...? ¿Yo? ¿A mí qué se me va a ocurrir hacerle?"

"¡Sabía que te harías el tonto!"

Escupió las palabras, luego se agachó, recogió al gato que estaba lavándose la cara junto a los pies de Kanda B y dijo:

"Kurof, lo siento. Hazte a un lado un momento."

Colocó al gato sobre el escritorio, y la mascota de la familia Kanda maulló un "¡nya-ron!" antes de volver a acicalarse sin perder el ritmo.

Yuki se irguió frente a Kanda B, su compañera de clase y vecina, en ese momento, sin razón lógica, sonrió de forma encantadora.

Mala señal. Cuando Yuki llegaba al límite de su furia, cuando ya no podía usar más corriente cerebral en su indignación y solo le quedaba reír, su sonrisa era inusualmente encantadora. Era un patrón que Kanda conocía bien, y antes de que pudiera siquiera prepararse para el castigo venidero, el cuerpo de Yuki se agachó con agilidad.

"¡¿!Dwaah!?!!"

Una palmada ascendente directa a cero distancia lo hizo volar. Se golpeó contra la pared y, cuando intentó incorporarse, recibió una patada giratoria de derecha en la sien, ejecutada con una forma tan artística como impecable. Kanda B salió volando hacia la puerta corrediza, chocó con ella, rebotó, fue sujetado de nuevo y recibió una proyección de cadera que lo estrelló contra el suelo. Luego, sintió cómo una pierna suya era jalada con toda la fuerza posible. El tobillo se torció.

"¡liliiiaaaaghhhhh!"

Una llave de talón de Aquiles ejecutada con maestría y perfección absoluta. Para la desgracia de Kanda B, esa habitación no era un ring, no había cuerdas para un *rope break*, ni reglas de conteo, ni siquiera posibilidad de rendirse. Yuki se enredó con ambas piernas alrededor de la pierna izquierda de Kanda B, y retorció su pie con ambas manos mientras gritaba:

"¡Dilo! ¿Qué le hiciste a Mitsuki?"

"¡Ggghhhaaaa no sé! ¡No tengo idea!"

"¡No me jodas, idiota! ¡Entonces por qué Mitsuki volvió a casa llorando!"

"¡Que no sé te digo!"

"¡En cuanto llegó, se metió a su cama y se puso a llorar bajito! ¡Tú le hiciste algo, seguro!"

"¡Soy inocente! ¡Duele, en serio duele!"

"¡Mientes, perverso! ¡Mitsuki dijo: 'Ken-kun...' y no quiso decir nada más! ¡Entonces tú dilo! ¿Qué le hiciste a Mitsuki!?"

"¡Te digo que no hice nada! ¡Toaaaaghhh! ¡Me vas a romper la pierna!"

"¡¿Qué clase de porquería le hiciste a Mitsuki hoy?!"

"¡Waaagghhhh!"

"Dijo que te encontró frente a la librería después de salir de la escuela y que la metiste bajo tu paraguas, ¡y después empezó a llorar como una magdalena y se encerró en su cuarto! ¡¿Cómo vas a arreglar esto, eh!?"

En ese momento, dentro del oscuro clóset, Kanda A se movió ligeramente.

No por compasión hacia Kanda B, que estaba siendo sometido. Eso era lo de siempre. Él mismo había recibido puñetazos, patadas, llaves de sumisión y hasta suplexes por parte de esa misma amiga de la infancia. Ya estaba acostumbrado. Cualquier contraataque solo servía para que ella lo triplicara en intensidad.

No, lo que agitó la médula espinal de Kanda A fue otra cosa: una parte específica de lo que había dicho Yuki.

Extracción de palabras clave:

Hoy. Mitsuki. Librería.

Mitsuki, o Mii, era la hermana menor de Yuki. Tres años menor, estudiante de primer año de secundaria. A diferencia de su hermana, era una chica dulce, tranquila, linda, con ojos oscuros y húmedos que recordaban a un conejito lloroso. Kenichirō Kanda la conocía desde que nació. Para él también era como una hermana menor. Si alguien la hacía llorar... hasta él mismo estaría dispuesto a golpear a ese desgraciado.



La razón por la que Mitsuki estaba llorando también le preocupaba, pero no tanto como otra cosa.

Si las palabras de Yuki eran ciertas, en este mismo “hoy” existía un tercer Kenichirō Kanda. Kanda B había dicho que se había encontrado de repente en su habitación el día diez, viniendo desde el siete. Y él mismo, con recuerdos solo hasta el siete, había aparecido en medio del camino de regreso a casa el diez, llevando un reloj que marcaba el día trece. Según la hipótesis de Kanda B, él había llegado desde el futuro, y con seis días de recuerdos perdidos, había viajado hacia el pasado.

El “Kenichirō Kanda” que se había encontrado hoy con Mitsuki en la librería no era ni él ni Kanda B. Es decir, actualmente debía existir un “yo del presente” con el que aún no se habían cruzado.

¿Pero qué demonios...? Era tan enredado que su mente no podía seguir el ritmo.

Kanda A ladeó la cabeza en la oscuridad del clóset mientras escuchaba su propia voz gritar en el exterior.

Por su parte, Kanda B estaba golpeando el suelo con las palmas mientras recibía una figura cuatro con llave de piernas que venía como continuación de la llave de talón de Aquiles.

"¡Que duele, que duele mucho! ¡Me estás rompiendo los huesos!"

"¡Cállate! ¡Para que Mitsuki llore tuvo que pasarle algo realmente serio! ¡Comparado con el dolor de su corazón, esto no es nada! ¡Supongo!"

Como toque final, le sujetó un brazo en una llave cruzada, haciendo crujir sus articulaciones.

"¡Vamos, confíésalo! ¿¡Qué le hiciste!?"

Pero no había nada que confesar. Kanda B no recordaba ningún hecho del cual arrepentirse, ni podía pensar en una excusa que convenciera a Yuki. Si llegaba a decir “Sí, lo hice” solo por querer librarse del dolor, probablemente acabaría

con su vida ahí mismo. Por eso, la única estrategia que le quedaba a Kanda B era gritar de dolor y repetir "¡No sé nada!" una y otra vez.

Durante los quince minutos siguientes, Yuki usó todo su repertorio de técnicas para atormentar el cuerpo de Kanda B. Cuando por fin se alejó de él, completamente agotado y tan destrozado como una rebanada de pan olvidada durante dos años en el fondo de un estante, dijo:

"...Hmph."

Sin perder el aliento.

"Si después de todo esto no abriste la boca, ¡debe ser porque hiciste algo realmente terrible! ¡Ya me quedó claro! ¡Voy a preguntarle otra vez a Mitsuki, y dependiendo de lo que me diga, volveré! ¡Y además te sentenciaré a la desesperación absoluta! ¡Así que espérame!"

Kanda B apenas podía respirar. En su lugar, fue Kurof quien respondió con un "miau" aburrido.

Una vez que los pasos de Yuki se alejaron con fuerza, Kanda A salió arrastrándose del clóset y le dijo a su versión hecha trapo en el suelo:

"Buen trabajo."

"¿Mis ligamentos siguen enteros?"

"Maldita sea... yo debí haberme escondido. Me duele todo... Ya que estamos, déjame preguntarte algo. ¿Qué demonios le ves a esa mujer violenta?"

"No me lo preguntes a mí. Pregúntaselo a tu corazón."

Kanda A se sentó junto a Kanda B, que yacía sobre la alfombra llena de marcas de uñas de gato.

"Sigamos con lo que estábamos hablando."

"...Auch... Esa estúpida mujer, ¿su cerebro no tiene la función de escuchar a los demás?"

"Claro que no. Deberías saberlo ya. Y dime, ¿a quién piensas contarle todo esto? ¿Conoces a alguien que vaya a creerte una historia así, incluso si no es Yuki?"

"...Ni uno solo."

Mientras se sobaba por todos lados, Kanda B se incorporó, flexionando y estirando las articulaciones que habían estado en la llave. Le preguntó a Kanda A:

"Entonces, ¿qué le hiciste a Mii?"

"No le hice nada."

"¿Lo recuerdas?", preguntó Kanda B.

"No lo recuerdo, pero sé que no le hice nada", respondió Kanda A.

"¿Estás seguro? ¿No fue un impulso del momento?"

"¿Y tú? ¿Has tenido alguno de esos impulsos?"

"Jamás."

"¿De verdad?", replicó Kanda A, devolviéndole la duda.

"Ya basta. Lo único que sé es que yo sí soy inocente. Quizás tú, que no recuerdas nada, hiciste algo ayer o antier sin saberlo."

"...No lo hice."

"¿Puedes afirmarlo?"

"Eso creo."

Kanda A no podía sonar más inseguro. No tenía recuerdos, pero sí sentía una constante y persistente incomodidad.

Kanda B lo miró con sospecha y Kanda A replicó:

"Si piensas que soy sospechoso, es porque tú también albergas algún pensamiento turbio sobre Mii. ¿Qué pensabas hacerle tú?"

"¡Ni que tuviera algún plan! Si tuviera que hacerle algo a alguien, sería a Yuki."

"¿Y cómo no pudiste con Yuki, fuiste tras Mii?"

"¡Que no le hice nada!"

"¡Eso no me convence!"

Ambos Kenichirō Kanda se tomaron del cuello de la camisa y cruzaron miradas en un silencioso duelo. Finalmente, se soltaron al mismo tiempo.

"Ya basta. Es inútil."

"Tienes razón. No es momento de pelear con uno mismo."

En eso ambos pensaron lo mismo: *Sí, este tipo definitivamente soy yo.*

Después de todo, compartían la misma estructura mental, lo que los hacía pensar prácticamente igual. La única diferencia posible era que Kanda A parecía haber vivido seis días más que Kanda B, pero como no tenía recuerdos de ese tiempo... era lo mismo al final.

"Si por alguna remota posibilidad, ya sea yo, tú, o el 'yo de ahora'... en fin, si yo le hice algo a Mii, y ella dice que fue así, sea verdad o mentira, esa idiota de Yuki de verdad va a condenar a uno de nosotros a la desesperación absoluta esta temporada."

"¿Condena a la desesperación... esta temporada? Por favor, que me libre de eso. Solo eso."

"La última vez que me la aplicó, estuve dos semanas con muletas. Cuando esa loca se enfurece de verdad, es más peligrosa que un misil intercontinental."

"También tú deberías hacer algo al respecto. Qué patético."

"No me vengas con eso."

Ambos se quedaron en silencio de nuevo. Notaron que si seguían discutiendo, acabarían otra vez tomándose del cuello. Y también notaron, al mismo tiempo, que el otro había llegado a la misma conclusión. Esa sincronía les resultó un poco inquietante. También, por supuesto, al mismo tiempo.

Entonces, ¿qué hacer?

Mientras ambos pensaban en silencio, llegaron simultáneamente a la misma idea.

"¿No crees que el otro 'yo' debería estar por volver pronto?"

"Yuki dijo algo de una librería, ¿no? ¿Se refería a Rakudadō, la que está frente a la estación?"

"Seguro. Esa es la que suelo visitar siempre. Y si hoy es lunes, entonces fui a leer como cada semana."

"Pero, normalmente, a estas horas ya estaría de vuelta, ¿no?"

Ambos dirigieron la mirada al reloj despertador. La hora actual: justo antes de las seis de la tarde.

"Hmm... ¿Eh? Oye, ¿no es eso raro?"

"También acabo de notarlo. Yuki dijo que Mii volvió a casa acompañada por *mí*, bajo el mismo paraguas, ¿verdad?"

"Entonces el 'yo de ahora' la llevó hasta su casa. ¿Por qué no volvió directamente aquí?"

"No lo sé. ¿Tendría alguna razón para no volver?"

"¿Qué clase de razón sería esa? ¿Algo malo en esta casa...?"

Una vez más, ambos pusieron la misma expresión.

Había algo inusual en esa casa. No, *dos* cosas inusuales. Mejor dicho: *dos personas*.

Kanda A dijo en voz alta lo que pensaba.

"...¿Será que el 'yo de ahora' sabe que estamos aquí?"

"¿Y por eso no puede venir a casa? ¿Eso dices? ¿Pero por qué?"

Kanda B planteó la duda.

"No es '¿por qué?', piénsalo bien."

Kanda A respondió enseguida.

"Ya entendí. Es decir, el 'yo de ahora' también es un yo del pasado, así que tiene sus recuerdos intactos. Y en sus recuerdos, en ningún momento se encontró con los otros 'yo' en su habitación. Eso significa que no debería encontrarnos ahora."

"No entiendo lo que estás diciendo."

"Yo tampoco estoy seguro de entenderlo mientras lo digo."

"La verdad, lo entiendo más o menos, pero no sabría explicarlo con mis propias palabras."

"Dejando eso de lado, ¿qué deberíamos hacer?"

"No sé si sería buena idea que nuestros padres nos vieran. No creo que les haga gracia descubrir que de repente tienen dos hijos más."

"Eso no importa. El problema es... No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que Yuki va a regresar en cualquier momento a repartir más golpes."

"Eso tampoco importa. Aunque quisiera decir 'parece que viajamos en el tiempo', ¿a quién se lo podemos contar? Con nuestra edad, si llamamos a la línea de ayuda infantil seguro nos cuelgan en la cara."

"Esto no se resuelve así."

Knock. Fue como si alguien les hubiera golpeado la cabeza. De pronto, una cara de su clase apareció en sus mentes. Un compañero excéntrico.

"¿Y si vamos con ella?"

El primero en decirlo fue Kanda A. Kanda B asintió en respuesta.

"Sí, yo también pensé en lo mismo. ¿Hoshina, era?"

"Debe saber de este tipo de cosas. Y creo que vive sola. Tal vez, si le rogamos, nos deje quedarnos una noche."

"No creo que funcione, pero no perdemos nada con intentarlo. Vamos."

Los dos se pusieron de pie, acariciaron por costumbre el pelaje de Kurof, que dormitaba sobre el escritorio, y bajaron las escaleras. En la entrada, había dos pares idénticos de zapatos. Los empapados eran de Kanda A. Pensó un segundo en sacar otro par del mueble, pero terminó metiendo los pies en los fríos tenis mojados. No quería dejarlos ahí y tampoco sabía si era correcto tomar otros.

Maldición, si al menos recordara algo... ¿Por qué justo ahora tengo una amnesia de seis días? ¿Y qué es esta sensación de que estoy olvidando algo importante? Kanda B no parecía preocupado, pero ¿será porque yo (aparentemente) vengo del futuro?

"¿Qué haces? Date prisa. Mamá debe estar por llegar."

Kanda A volvió en sí al oírlo.

Ambos decidieron salir separados: uno por la puerta principal, otro por la trasera. Se reunirían en el parque frente a la estación. Como "disfraz", Kanda A tomó una toalla vieja del estante y se la envolvió en la cabeza. Kanda B sacó una gorra de béisbol aplastada del fondo de un cajón que no abría desde hacía años y se la caló hasta las cejas.

Bajo la lluvia, los dos Kenichirō Kanda corrieron. No tenían otra opción. En esta línea temporal, eso era lo único que podían hacer.

La hora actual: 10 de junio, 6:05 p. m.

Interceptor 2

Así fue como los dos Kenichirō Kanda se encontraron y comenzaron a actuar.

Cabe señalar que, a partir de ahora, el Kenichirō Kanda que (aparentemente) también existe en esta línea temporal además de Kanda A y Kanda B —es decir, el “yo actual”— será referido como **Kanda N**. La letra *N* significa, naturalmente, “Now” (ahora). Qué es lo que está pensando Kanda N, qué acciones está tomando, si está o no consciente de la existencia de Kanda A y B, y si llegará el momento en que los tres se encuentren cara a cara... todo eso aún se desconoce. O quizás nunca llegue a saberse.

Lo único que puede afirmarse con certeza en este punto... es que en realidad no hay nada certero. Porque, a diferencia del pasado, todos los fenómenos que existen en este mundo desde el presente hacia el futuro —todos los hechos relacionados con el porvenir— tienen una naturaleza tal que quedan determinados precisamente por las acciones que se toman en el presente. Por lo tanto, en el presente, el futuro no puede ser considerado algo fijo.

El “futuro”, escrito como “aún no venido”, se refiere a un fenómeno con una distancia temporal que nadie ha podido prever todavía; dicho de otro modo, un futuro determinado ya no es más que pasado.

Y los tres días que van del 10 al 13 de junio, para Kanda A, ya eran parte de su “pasado”.

Capítulo 2

Los dos Kenichirō Kanda se reunieron en el pequeño parque frente a la estación y desde ahí caminaron unos diez minutos en dirección a un complejo de apartamentos. Ambos llevaban paraguas, pero no los habían traído de casa: los habían tomado prestados —por no decir robado— de un paragüero en una tienda de conveniencia cercana, sin saber siquiera a quién pertenecían.

"Debe ser por aquí", dijo Kanda B, levantando la visera de su gorra de béisbol y ladeando su paraguas.

Kanda A desvió la vista hacia un edificio gris que se alzaba contra el cielo, ya cubierto de nubes oscuras.

"Sí, debe ser ese. Si hablamos de un departamento carísimo recién construido cerca de la estación, no hay otro."

"Recemos porque tenga su nombre en el buzón."

Kanda B se dirigió hacia la elegante entrada del edificio, con Kanda A siguiéndolo, luciendo en la cabeza una toalla promocional de banco enrollada a modo de pañuelo. Una sólida puerta de cristal bloqueaba el paso, diseñada para que solo se abriera con autorización de algún residente.

Ambos plegaron sus paraguas mojados —los ajenos— y comenzaron a revisar la fila de buzones.

"¿Hoshina, Hoshina...? ¿Cómo era su nombre de pila?"

"Ni idea. Algo como de *siembra de arroz*, me parece."

"Aquí está. Sanae Hoshina. Departamento 507."

"¿Vive sola en este mega edificio? Qué lujo."

"Al parecer, sí. En fin, calla un segundo. Voy a tocar el timbre."

Usando el panel numérico junto a la pared, marcó el 507 y presionó el botón con la nota musical. La respuesta llegó de inmediato.

"Sí."

La voz de su compañera de clase salió por el altavoz. Kanda B respondió, mientras Kanda A se cruzaba de brazos y se apoyaba contra la pared con actitud expectante.

"Eh, ¿es la casa de Hoshina-san? Habla Kanda..."

"Sí. Soy Sanae Hoshina. Le conozco, Kanda-san."

"Eh... bueno, es difícil de explicar, pero tengo algo que me gustaría contarte..."

"Sí."

"Puede que me lleve algo de tiempo."

"Entonces, adelante, por favor."

La llamada terminó, y se oyó un *clic*: la cerradura de la puerta se había liberado. Kanda B miró a Kanda A.

"Nos dejó entrar con demasiada facilidad. ¿No vive sola?"

"¿Y qué? No vamos a hacer nada raro. A menos que tú estés tramando algo indecente..."

"Si tú no estás tramando nada, entonces yo tampoco. ¿No se supone que somos la misma persona?"

"Eso dices tú. Yo no estoy tan dispuesto a confiar tan fácilmente en esta situación. No me parece normal, ni un poco."

"Da igual. Vamos a entrar de una vez."

Atravesaron el vestíbulo, iluminado con luces cálidas, y subieron al ascensor.

"Oye... ¿está bien que nos presentemos los dos así de golpe? ¿No será demasiado sospechoso?"

"¿Y por qué lo dices ahora? Aunque sí, es raro. Una cosa es uno solo, pero dos... Al menos que nos escuche."

"¿Y tú crees que nos va a creer? Yo mismo sigo sin estar completamente convencido."

"Solo nos queda confiar en lo rara que es Hoshina."

Kanda A hizo memoria. Sanae Hoshina era lo suficientemente peculiar como para tener alguna esperanza. Todo lo que recordaba de ella encajaba con la categoría de "chica extraña".

Los dos sospechosos bajaron del ascensor y recorrieron el pasillo vacío, mirando los números hasta detenerse frente al 507.

"Oye, escóndete un momento."

Kanda B lo dijo con firmeza. Kanda A frunció el ceño, molesto.

"¿Y eso por qué? Vale que pararse juntos frente a la puerta puede parecer raro, pero ¿por qué tú puedes estar al frente y yo tengo que esconderme? No me convence."

"Mira, no es que confíe ciegamente en que realmente vengas del futuro. Eso de perder la memoria no tiene lógica. No me voy a fiar así como así."

"¡Fuiste tú quien dijo que yo venía del futuro!"

"Baja la voz. Aquí se escucha todo."

"Oye..."

Kanda A tragó las palabras que venían después. Porque justo en ese momento, la puerta metálica frente a ellos comenzó a abrirse lentamente. Por puro reflejo —no por obedecer a Kanda B—, Kanda A se ocultó tras la puerta.

Un instante después, una cabeza de cabello negro asomó por la rendija. La persona, con un peinado como de muñeca hina, dijo en voz tranquila:

"Ah."

Tal como decía el nombre en la placa, la residente del lugar era Sanae Hoshina. Con la misma sonrisa entre serena y burlona de siempre, la misma que ambos Kanda recordaban, los recibió vestida con una blusa blanca de mangas tres cuartos y una falda de mezclilla a la rodilla: era la primera vez que Kanda B la veía con ropa de calle.

"¿En qué puedo ayudarte, Kanda-san?"

Con una sonrisa suave en el rostro, Sanae preguntó mirando a Kanda B.

"Eh... Hoshina. Tú... tenías interés en cosas raras, ¿no?"

Kanda B se sintió incómodo al hablar. No sabía bien cómo plantearlo. Quizás debería haber dejado que el otro se encargara.

Sanae sonrió con gentileza.

"¿Cosas raras? ¿A qué te refieres con eso? ¿Te refieres a cosas raras en las que crees que yo estaría interesada?"

"Eh, no... no estoy muy seguro, pero... ya sabes, eso... eso de..."

"Usar pronombres demostrativos vagos como 'eso' solo genera confusión. Te agradecería que lo ejemplificaras de forma concreta."

Kanda B respondió, con cierto titubeo:

"Pues... cosas como *Goetia*, *Golden Dawn*, el Triángulo de las Bermudas, el Mary Celeste... ese tipo de cosas."

"¿Te refieres a fenómenos paranormales?"

"¡Sí! Eso. Me pareció recordar que estabas en algún club con un nombre parecido a esos temas."

"¿El Club de Investigación de Fenómenos Paranormales? Si es así, no es un nombre 'parecido', es exactamente ese el nombre."

"Como sea... Lo importante es que, si hay alguien que podría escucharme y tratar de entender lo que tengo que decir, pensé que eras tú."

"Eso es un honor para mí. Supongo que debo darte las gracias."

"Gracias", dijo Sanae, inclinando la cabeza con una pequeña reverencia. Su corta trenza en la parte posterior de la cabeza brincó ligeramente. Definitivamente, era una excéntrica.

"Conversar así, con la puerta entreabierta, no parece lo más adecuado. ¿Por qué no entras?"

"Bueno, sí, eventualmente me gustaría entrar, pero antes de eso, escúchame un momento. A ver cómo lo digo..."

Kanda B se humedeció los labios.

"Digamos que... si de repente apareciera alguien que luce exactamente como tú, que piensa como tú y se comporta igual que tú... En pocas palabras, si apareciera otro tú... ¿tú qué pensarías que es?"

"¿Otro yo? Veamos... Supongo que pensaría en un *doppelgänger*."

Doppelgänger. Un doble. Recordaba haber leído sobre eso de niño. Decían que quien lo ve, morirá pronto o algo así. Kanda B negó con la cabeza.

"...Parece que no es eso."

"Entonces, ¿un clon humano?"

Cierto. Eso también era una posibilidad. Por alguna razón, desde el principio había asumido que se trataba de un viaje en el tiempo. Considerando las pruebas circunstanciales —el reloj, el cuchillo—, le parecía más un efecto de máquina del tiempo que una clonación. Aunque, en términos de realismo, la clonación tenía más sentido.

"...Tampoco parece ser eso."

"¿No será que algún zorro o tanuki te está engañando?"

"...No lo creo."

"¿Perdón?"

Sanae inclinó ligeramente la cabeza con una sonrisa serena.

"Entonces, ¿de qué se trata? Si ya tienes la respuesta, te agradecería que me la dijeras directamente."

Qué directa es, pensó Kanda A, y ese pensamiento lo llevó a actuar.

"Según él, parece que viajamos en el tiempo", dijo mientras asomaba la cabeza desde un lado.

Antes de que Kanda B pudiera detenerlo, Kanda A se hizo presente. Sanae volvió a decir "Oh", sonrió como si lo encontrara interesante, y preguntó:

"¿Vinieron los dos?"

Fue la falta de sorpresa de Sanae lo que sorprendió a Kanda A y B. ¿O acaso su disfraz improvisado era tan perfecto que no los reconoció? No, no podía ser.

"¿No te sorprende?"

Preguntó Kanda A. Sanae respondió:

"El hecho de que hayan venido a mi casa, junto con lo que mencionaste antes de que apareció otro tú... ya me daba una idea de lo que podría estar pasando. Imaginé que te había ocurrido algo interesante."

"¿En serio...? Pero no tiene nada de divertido", dijo Kanda B.

"Es un fenómeno muy interesante. Me encantan los fenómenos interesantes. Además, tú no eres el tipo de persona que contaría una broma tan tonta usando métodos tan torpes. Por eso, reconozco que su existencia es genuina."

"Qué alivio... Aunque, ¿de verdad lo entiendes?" preguntó Kanda A.

"Sí, muchas gracias. Por haberme incluido en algo tan interesante."

"Eh... no, espera...", intentaron decir los dos Kandas.

"Puede que lo diga yo misma, pero creo que tengo una capacidad de percepción de la realidad un poco por encima del promedio. Lo tengo todo claro. Y no se trata de una explicación ridícula del tipo 'resulta que eran gemelos', ¿verdad?"

"No", respondieron los dos al unísono. Por supuesto que no. No era trabajo de Kenichirō Kanda decidir el remate de esta historia.

Sanae entrecerró los ojos y dijo:

"Empiezo a entender lo que quieren decir. Adelante, pasen. No tengo mucho que ofrecer, pero al menos puedo darles una taza de té."

Abrió la puerta por completo e hizo un gesto para que entraran. Kanda A y B, con una mezcla de nerviosismo y torpeza, cruzaron el umbral.

"Por aquí, por favor."

Mientras se quitaban los zapatos mojados, ambos sintieron de repente un extraño escalofrío por la espalda. No podían recordar qué fue lo que los llevó a tener tanta confianza con Sanae. ¿Cómo es que, en solo dos meses desde que ingresaron a la preparatoria, ya sabían a qué club pertenecía y hasta dónde vivía esta excéntrica chica?

"¿Pasa algo?"

"...No."

Ambos Kenichirō Kanda negaron con la cabeza al mismo tiempo. No era momento para pensar en eso. Lo más importante era qué les iba a pasar a partir de ahora.

Frente a ellos, el cabello negro trenzado de Sanae se balanceaba ligeramente a la altura de sus omóplatos. Mientras observaba ese vaivén, Kanda A preguntó...

"¿Y tus padres dónde están?"

"Han salido un poco lejos."

"¿Ah, sí? ¿Al extranjero?"

"Concretando... diría que por estas horas deben de andar cerca del cielo."

"...Lo siento."

"No hay de qué. Es una pregunta natural."

Sanae murmuró que le gustaría alcanzar pronto la mayoría de edad, mientras guiaba a los dos Kanda hasta la sala de estar. Era una sala amplia, propia de un departamento que no se llamaría de otra forma que no fuera "lujoso". Inmensamente espaciosa. La alfombra que cubría el suelo de madera no era el tipo donde un gato callejero como Kurof podría revolcarse, sino más bien donde encajaría un gato persa rodando con elegancia. Si trajeran a su gato de casa aquí, seguramente se pondría eufórico, afilando las garras por todos lados.

"Por favor, tomen asiento. Iré a servir un té sencillo."

Al verlos sentados con las piernas cruzadas y la espalda recta, Sanae dejó escapar una risita discreta.

"Por favor, pónganse cómodos."

Sanae desapareció lentamente hacia la cocina, y los Kanda A y B soltaron un suspiro. En ese momento, poder sentarse en un lugar seco era lo que más agradecían.

Un televisor con un equipo digno de un cine en casa, gruesas cortinas blackout, un sofá de terciopelo también lujoso... Todo hacía que los dos se sintieran fuera de lugar al simplemente estar ahí.

Poco después, Sanae regresó llevando tres tazas de té caliente y las colocó con destreza sobre la mesa. La mesa también parecía tener ese aire extranjero caro que no sabrían explicar. Todo el mobiliario tenía pinta de ser carísimo.

Un departamento lujoso, muebles de lujo, viviendo sola, padres fallecidos. Kanda A y B pensaban lo mismo: probablemente Sanae había perdido a sus padres en un accidente o algo por el estilo. Tal vez venía de una familia adinerada, o estaba viviendo gracias a una herencia o un cuantioso seguro. Daba la impresión de tener una vida bastante tranquila. Aunque, honestamente, parecía demasiado grande para vivir sola. Al menos, con un gato, la cosa cambiaría un poco.

Sanae se sentó con las rodillas juntas, en diagonal frente a ellos, y dijo:

"¿Podrían contarme su situación?"

"Uhm... ¿por dónde deberíamos empezar?"

"¿Desde cuándo nos encontramos los dos en la habitación?"

"Explícalo tú."

"¿Yo? No me tengo mucha fe para contarlo bien."

"Pues yo tampoco."

Mientras se empujaban la responsabilidad el uno al otro, Sanae los observaba sin parpadear, con una sonrisa serena. Después de un rato, los Kanda A y B notaron esa expresión y, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron a hablar, torpemente, uno tras otro.

Contaron que ambos sólo recordaban hasta la tarde del día siete. Que Kanda B, al recuperar la conciencia, estaba en su habitación, y al confirmar que era día diez, quedó impactado. Que Kanda A apareció de pronto en una calle bajo la lluvia y, presas del pánico, corrió hasta su casa. Que al encontrarse cara a cara, no podían cerrar la boca del asombro. Que sus relojes marcaban fechas totalmente distintas. Y que, basándose en eso, dedujeron que probablemente venían del pasado y del futuro. Y que en medio de ese caos, Yuki irrumpió gritando...

"¡Maldición!"

Kanda A soltó un grito de pronto. Kanda B, a su lado, pegó un brinco.

"¿Qué pasa?"

"Oye, ¿trajiste el cuchillo?"

Ante esa pregunta, Kanda B también gritó:

"¡¿No eras tú el que lo traía?!"

"...Ah, lo olvidé", dijo Kanda A.

"¡No puedes olvidarte de algo así! ¡Entonces eso quiere decir que ese cuchillo sigue en el clóset de mi habitación!"

"¡No había manera de pensar en eso en ese momento!"

"¡Pues haberlo pensado, imbécil!"



"¿Y a quién llamas idiota, eh?! ¡No te pongas tan gallito!" Kanda A agarró a B del cuello de la camisa, y B lo sujetó por el hombro. Justo cuando parecía que iba a estallar una pelea...

"Disculpen, por favor."

Sanae les habló con su habitual tono pausado. Ambos detuvieron su movimiento y giraron hacia ella con un *crick-crick*.

"No estoy en condiciones de comprender la situación. Si van a pelear, háganlo después. Primero, explíquenmelo bien."

Kanda A y B decidieron guardar los puños. Mientras se preguntaban por qué, si el otro era supuestamente *él mismo*, le resultaba tan irritante.

Reanudaron la explicación.

Contaron que Kanda A tenía un cuchillo de cocina lleno de sangre. Que Mitsuki había regresado a casa llorando. Que, en este mismo "ahora", al parecer existía otro Kenichirō Kanda. Que aún no lo habían encontrado. Que, por alguna razón, sentían que no debían encontrarse con él. Que ese "Kanda del presente" probablemente también pensaba lo mismo. Y que, sin saber a dónde ir, habían decidido visitar a Sanae.

Y así sucesivamente.

Sanae escuchó todo en silencio, con ambas manos reposando sobre las rodillas. Cuando los dos Kanda se quedaron sin palabras, ella por fin habló:

"Ya veo. Han viajado en el tiempo, entonces."

Inclinó ligeramente su rostro fino con expresión pensativa. Los Kanda A y B sintieron una oleada de inquietud. ¿De verdad lo había entendido?

"Eh... esto... ¿nos crees?" preguntó Kanda A. Sanae soltó una risita suave.

"Hoy, en la escuela, uno de ustedes me dijo: 'si alguna vez aparezco en tu casa con otro yo, por favor escúchanos'."

"¿De verdad!?"

Los dos Kanda abrieron los ojos de par en par.

"Es mentira."

Sanae los desarmó con una respuesta rápida, sin pestañear. Al ver sus expresiones de incomodidad tras la broma, se volvió a reír entre dientes.

"Lo siento."

E inclinó la cabeza con una reverencia educada.

"Simplemente quería decirlo."

"De veras que..."

¿Siempre había sido así? Ambos Kanda miraron con extrañeza a la compañera que les sonreía con tanta serenidad. Sanae alternaba la vista entre ambos rostros, uno cada diez segundos.

"Hoy en la escuela no hablé con ninguno de ustedes. Aunque sí los vi. Ese Kanda... no era ninguno de ustedes dos, ¿verdad?"

"Bueno... no, no lo era."

Kanda A y B asintieron con amargura. Sanae, al ver eso, propuso:

"Entonces, a ese Kanda... el que vive en este momento, deberíamos llamarlo 'Kanda N'."

After, Before, Now. Por fin los Kanda del futuro, pasado y presente tenían etiquetas claras. Ojalá eso hiciera la historia un poco más fácil de seguir.

Con una mirada límpida, Sanae reflejaba en sus ojos a ambos Kenichirō Kanda.

"Por lo que entiendo, lo que más les preocupa ahora es Mitsuki Umibihara-san. ¿Estoy equivocada?"

Durante un instante, ambos Kanda sintieron como si les hubieran leído la mente. Y sí, ahora que lo mencionaba, eso era lo que sentían.

"Sí... más o menos."

Los dos asintieron.

Les preocupaba su futuro, claro. Pero lo que más les inquietaba en ese momento era Mitsuki. ¿Quién había hecho llorar a una chica tan buena? ¿Y qué le habían hecho exactamente? La mezcla de emociones negativas les revolvía el estómago. Ellos podían arreglárselas con su propia situación. Pase lo que pase, saldrían adelante. Pero con Mitsuki... no podían dejarlo pasar. Tenían que hacer algo.

Sanae dio un sorbo a su té verde y dijo:

"¿Qué habrá pasado para que Mitsuki-san se pusiera así?"

Kanda A y B se quedaron pensando. Según lo que dijo Yuki, Mitsuki llegó llorando y se encerró en su cuarto sin salir. Jamás antes Mitsuki había manifestado algo con tanta intensidad, ni para bien ni para mal. Eso solo podía significar que le había pasado *algo grave*. ¿Y qué era ese algo?

Los peores pensamientos comenzaron a formarse en sus mentes. Mitsuki era preciosa. Incluso sin ser vecinos, cualquiera la consideraría una belleza. Y era tímida, todo lo contrario a Yuki. Una niña que se callaría incluso si le hacían algo malo. De hecho, ahora mismo parecía que eso era lo que había pasado: llorando, se encerró a dormir. No cabía duda.

La rabia subía. La sola idea de que algún idiota le hubiera hecho algo a Mitsuki era suficiente para hacerlos explotar de indignación.

"Bueno, bueno... Si partimos de una hipótesis: ¿qué pasaría si el 'Kanda del ahora', es decir, Kanda N, le hizo algo malo a Mitsuki?"

"Lo reviento."

Kanda B respondió sin dudar ni un segundo. Kanda A se sintió algo más incómodo. Porque si eso era cierto... significaba que *él mismo* había hecho algo horrible.

"¿Te golpearías a ti mismo?"

"Aunque sea yo, si le hizo llorar a Mitsuki, lo dejo fuera de circulación este trimestre."

Kanda B estaba encendido como una mecha.

"¿Fuera de circulación este trimestre?"
preguntó Sanae.

"En resumen: es una condena. Una paliza."

Kanda A lo dijo con aire resignado. Sanae continuó:

"Entonces... si asumimos que no lo hizo, ¿por qué Mitsuki lloraba?"

Esta vez, quien respondió rápido fue Kanda A.

"Tuvo que haber sido otro quien le hizo algo horrible a Mitsuki."
"¿Quién?"

"No lo sé. Podría haber sido alguien que conozcamos o alguien completamente desconocido."

"Eso no responde nada."

Kanda B lo dijo con gesto de fastidio, y un sonido metálico resonó en la cabeza de Kanda A.

"Entonces respóndelo tú."

"¡Te estoy diciendo que no lo sé!"

Sanae intervino con voz ligera, casi como si cantara:

"Existe una cuestión fundamental aquí. Es esta: ¿ustedes dos podrán regresar a su tiempo original? O, más bien, ¿lo hicieron?"

Para Kanda A y B, esa era una cuestión que realmente ameritaba reflexión profunda.

"La existencia de Kanda N lo demuestra. Al menos uno de ustedes dos, para el final del día de hoy, ha logrado regresar a través del tiempo."

"¿Cuál de los dos?", preguntaron a la vez.
"No lo sé, pero si seguimos una lógica temporal, me parece que sería el señor Kanda B. Alguien que viene del pasado debería regresar al pasado. Eso parece encajar con cierta coherencia."

"¿Y yo entonces?"
Era de esperarse que Kanda A lo preguntara.

"Usted, probablemente, regrese al futuro. No sé cuándo ni cómo, pero eso parece lo lógico."

Kanda A frunció el ceño y suspiró. ¿Cómo fue que terminó en este 10 de junio en primer lugar?

"Solo es una hipótesis", advirtió Sanae antes de continuar, alternando su mirada de forma equilibrada entre ambos rostros.

"¿Y si el señor Kanda N está investigando al culpable del incidente con Mitsuki? ¿Y si esa investigación termina llevándolo al cuchillo ensangrentado que tenía Kanda A?"

"¿O sea que yo descubrí al idiota que hizo llorar a Mitsuki, me salí de mis casillas, lo apuñalé, me bañé en sangre, y después viajé al pasado?"

Sanae le respondió a Kanda A:

"Así es. Es posible que el estrés psicológico del momento haya activado su capacidad de viajar en el tiempo."

"Un momento —eso podría explicar lo tuyo, pero entonces ¿por qué demonios yo terminé en el futuro? Yo estaba ahí, tranquilamente, en la escuela, sin saber nada de nada."
Eso lo decía Kanda B.

"Tal vez sea algo así: el fenómeno de viajar del futuro al presente genera un vector que va de un punto positivo a uno negativo. Para compensarlo, el sistema provoca un movimiento inverso, del pasado hacia el futuro, y lo asigna a tu yo pasado. Así se anulan los vectores y el equilibrio se restablece. Es una hipótesis

que da bastante coherencia al hecho de que ambos hayan viajado exactamente tres días."

"Entonces... ¡yo estoy aquí por tu culpa!", gritó Kanda B, acercándose con el rostro torcido. Por supuesto, Kanda A respondió:

"¡No lo sé!"

A punto de sonar la campana del segundo round, Sanae intervino con suavidad:

"El deseo de saber es importante. La curiosidad es esencial para el desarrollo humano. Pero, por favor, no peleen. Es inútil."

Los dos Kanda bajaron la guardia.

"Sobre la pérdida de memoria del señor Kanda A, tengo otra hipótesis."

"Ya parecen teorías saliendo de entre los escombros después de un terremoto."

"No hagas bromas de mal gusto."

"Lo siento."

Sanae les preguntó en voz baja si podía continuar, y ambos asintieron apresuradamente.

"En el futuro, todos los eventos están en estado de dispersión. Existen infinitas posibilidades. Solo mediante la observación una de esas posibilidades se convierte en realidad."

Los Kanda A y B guardaron silencio. ¿Qué demonios significaba eso? Sanae continuó:

"Supongamos que el señor Kanda A vino desde tres días en el futuro. El hecho mismo de que haya llegado aquí ya ha alterado el futuro que debía seguir. Originalmente, usted no debía estar aquí en este momento. Por eso, sus recuerdos de esos tres días están borrosos. En este 10 de junio, los eventos del día 13 aún no están determinados. Para nosotros, el futuro es una función de onda cuántica: solo se convierte en presente al ser observado."

Ambos hicieron un esfuerzo por entender. Función de onda. Observación. Eventos. El resultado fue el mismo para los dos:

No entendieron.

"Entonces, déjenme explicarlo con una metáfora. Existe una paradoja del tiempo muy conocida. Si yo viajara a una época anterior a mi nacimiento y, por accidente, hiciera que mi madre muriera antes de darme a luz, ¿qué ocurriría?"

"Pues... que no nacerías."

"Exacto. Pero entonces, si yo no nazco, no puedo volver al pasado y hacer que mi madre muera. Por lo tanto, ella viviría y me tendría. Y yo, una vez nacida, volvería al pasado para matarla de nuevo... y así sucesivamente. Una paradoja."

"Vale, creo que lo entiendo."

"El modo de resolver esa contradicción es precisamente la cuantificación del futuro. Digamos que el punto en el tiempo antes de mi nacimiento al que llego es el tiempo X. Y el tiempo al que pertenezco originalmente es el tiempo Y. El hecho de que una persona que no debería existir aún llegue a X, provoca que toda la historia posterior a X se vuelva incierta. Todo depende de lo que yo haga allí. A la línea del tiempo en sí no le importa si eso altera o no la historia. Lo importante es que *yo* me convierto en un elemento extraño dentro de esa historia. Al llegar a X, el futuro se vuelve incierto. Yo me convierto en una anomalía. Para solucionar esa contradicción, todo lo que ocurra después de X, incluso el tiempo Y, simplemente se anula. Se considera que no ha ocurrido. Por eso, no importa cómo me comporte una vez que estoy allí. Porque el futuro, en ese punto, aún no ha sido decidido. Solo existen infinitas posibilidades."

"....."

Ambos se quedaron en silencio.

"Como el futuro se vuelve 'inexistente', también los recuerdos que tenía del periodo entre X e Y se vuelven 'inexistentes'. En ese caso, yo acabaría deambulando por el punto X con recuerdos tan escasos como los de un bebé."

Después de todo, sería antinatural recordar cosas que aún no han pasado. Así es como el tiempo actúa para resolver sus propias contradicciones."

Kanda A y Kanda B se esforzaban por procesar con la cabeza todo lo que Sanae les estaba explicando, y por primera vez desde el examen de ingreso a la preparatoria, se vieron envueltos en una actividad intelectual seria. Poco después, sus cerebros, vencidos por la carga, levantaron la bandera blanca. Las palabras que lograron articular fueron:

"No entiendo del todo, pero suena convincente."

"Sí, dicho así, parece tener sentido."

¿Estaba bien conformarse con eso? Quizá no. Pero era lo único que podían pensar. Sanae los miró, sonriendo como si acabaran de ser víctimas de una estafa.

"En realidad, eso no es más que una aplicación de lo que se conoce como la interpretación de Copenhague. Hay otras muchas posibles explicaciones. Yo solo puedo entender hasta cierto punto."

Ni siquiera sabían bien qué era lo que ella entendía. Para Kanda A y B, ella era un completo misterio.

Al poco rato, Sanae miró el viejo reloj de pared, de esos que parecen albergar una pequeña paloma que sale a marcar la hora.

"Vaya, ya es esta hora. Tengo que salir a hacer la compra."

Con una entonación suave y pausada, añadió:

"Justo estaba pensando que debía salir a comprar ingredientes para la cena cuando ustedes llegaron. ¿Qué tipo de comida les gusta?"

"Ahora mismo se me antoja pescado. Es lo que me apetece," dijo Kanda A.

"¿En serio? Entonces haré eso. Y perdón por la molestia, pero ¿podría alguno de ustedes ayudarme a cargar las bolsas? Son ingredientes para tres personas, y mis débiles brazos no dan mucha confianza."

"¿Eh? ¿Nos vas a cocinar?" preguntó Kanda B, a lo que Sanae respondió con una sonrisa:

"Sí, ¿no se van a quedar a dormir?"

Ambos Kanda cruzaron miradas, como si se espieran mutuamente.

¿Qué hacemos? Era una propuesta inesperada. ¿Qué deberíamos hacer?

Kanda A tomó la iniciativa y, tras carraspear, preguntó:

"Este... ¿está bien que nos quedemos aquí?"

"Por supuesto. ¿Hay algún inconveniente? No podría ofrecerles mi cama, ni mucho menos compartirla, y me costaría un poco cederles mi habitación... pero si insisten..."

"¡No, no! Está bien donde sea. El suelo está perfecto."

"Entonces, ¿les parece bien quedarse en la sala? Lamento que este lugar no tenga una habitación para huéspedes."

"Está más que bien."

Después de todo, se habían mentalizado para dormir a la intemperie. Comparado con eso, esto era un trato de lujo. Estaban más que dispuestos a ayudar con las bolsas... ¡o incluso a lustrar zapatos!

"Yo voy," dijo primero Kanda B, y Kanda A, que se quedó atrás, se mordió el labio inferior.

"Dame dinero," exigió Kanda B, en tono casi de chantaje. Sin discutir, Kanda A sacó su billetera del bolsillo trasero y revisó su contenido. No llegaba ni a quinientos yenes en monedas. En cambio, el contenido de la cartera de Kanda

B era de tres billetes de mil yenes y ocho monedas de cien. En total, poco más de cuatro mil yenes era todo lo que ambos tenían.

"¿En qué te lo gastaste?" preguntó Kanda B con tono acusador.

"Ni idea," dijo Kanda A, cada vez más cansado de repetir "no lo sé".

Mientras se ajustaba de nuevo la gorra de béisbol, Kanda B dijo:

"Iré a comprar algo de ropa para cambiarme. Y algo para el disfraz."

"No compres cosas inútiles. Y nada de comida chatarra. Me vas a mostrar los recibos después, ¿entendido? Y si sobra algo, lo devuelves."

"Si sobra."

Sanae, con ambas manos sujetando una canasta de compras, observaba la escena con una sonrisa tranquila.

Después de que salieron, Kanda A, con nada que hacer, recogió el control remoto del piso y encendió el televisor, que tenía una pantalla plana tan grande que parecía un cine en casa. El locutor del noticiero estatal leía las noticias con una voz monótona. Kanda A miraba sin prestar demasiada atención. No podía saber si esas noticias eran del pasado o del futuro, pero para él, todo lo que escuchaba era información nueva.

Las tensiones internacionales seguían siendo turbias. Un secretario de algún político había sido arrestado por sobornos. Un cajero automático en las afueras fue robado con una retroexcavadora. El encargado de finanzas de un gobierno local murió en circunstancias misteriosas tras ser acusado de malversación. La temporada de lluvias se preveía más tardía que otros años. Y en la Liga Central de béisbol, el primer lugar ya le sacaba diez juegos al segundo.

Kanda A, sintiendo el aburrimiento acercarse, empezó a vagar por la sala sin rumbo. Corrió la cortina y miró el cielo nocturno. Observó una reluciente estantería de aspecto nuevo, repleta de libros extranjeros que no podía leer. Frente a esa estantería, encontró un portarretratos colocado boca abajo.

Su curiosidad superó cualquier intento de discreción. Extendió la mano, tocó el marco... y se detuvo.

Quizá no debería mirar eso sin permiso. De lo contrario, no estaría puesto boca abajo.

Kanda A volvió a dejar el portarretratos tal como estaba, boca abajo, y al ver que no había ni una mota de polvo sobre el estante, percibió el carácter meticuloso de Sanae.

Volvió a mirar la televisión. Justo en ese momento, la imagen cambió y también el presentador. Empezaba el noticiero regional de una cadena local.

En la primera nota apareció un nombre de lugar que le sonaba familiar, destacado en un cintillo. El lugar del incidente era el nombre de la ciudad vecina, justo donde Kenichirō Kanda había nacido y crecido.

El presentador, un hombre que parecía llevar unos cinco años en la empresa, leía el texto con el rostro impasible. Como tenía la mirada fija en la cámara, seguramente leía de un teleprompter.

Kanda A, acostado usando un cojín como almohada, alzó el control remoto para cambiar de canal.

Fue cosa de un segundo. Si el nombre y el rostro no hubieran aparecido justo entonces, un segundo más tarde y Kanda A habría cambiado de canal sin dudar.

Oto Tōko (10 años).

Apareció en pantalla una foto tipo retrato dentro de un marco blanco.

Una niña pequeña, de rostro dulce, mirando al frente con una sonrisa suave y modesta.

Con solo escuchar que había sido secuestrada, cualquiera habría pensado en un crimen sexual. Tenía ese tipo de belleza. Un rostro tranquilo, sereno, perfectamente proporcionado.

“—!”

Un escalofrío recorrió la frente de Kanda A por dentro.

Sus recuerdos comenzaron a agitarse. Las neuronas se activaban. Una sensación similar a un mareo lo invadió por completo. Desde lo más profundo de su mente, una red de recuerdos borrosos le gritaba:

Yo he visto a esta niña. Hace poco, además.

“...Según la investigación de la comisaría... desapareció camino a casa desde la escuela primaria...”

“Se sospecha de un secuestro...”

“...Se investiga tanto como incidente como accidente...”

“...Se ha hecho pública la información para solicitar ayuda ciudadana...”

“...Según los compañeros que iban con Tōko-chan...”

“...Vieron a alguien hablarle a Tōko-chan...”

“...Y que la subieron a un coche...”

“Se cree que pudo verse involucrada en algún tipo de crimen...”

“...También hay testigos que vieron un vehículo sospechoso...”

“...Estamos rastreando los hechos. Pasamos a la siguiente noticia.”

Una sensación desagradable, como si algo se arrastrara por debajo de su cuero cabelludo, recorrió a Kanda A. Las imágenes se agolpaban en su mente. Rojo. Un destello. Reflejos de luz... un cuchillo. Una hoja brillando bajo luz artificial. Un destello. Un cuchillo alzado. De lado. Un brazo protegiendo. Un tajo. El cuchillo manchado de rojo. La mano que lo empuña. *¿La mano de quién?* Oscuridad. Sensación de flotar. Otra vez oscuridad. Y luego...

Clac. El sonido devolvió a Kanda A a la realidad.

El control remoto había resbalado de su mano y estaba boca abajo sobre la alfombra. Lo recogió. Comenzó a cambiar de canal frenéticamente, buscando si algún otro noticiero también cubría la misma historia. Varias cadenas locales también informaban del caso.

La niña llamada Oto Tōko había desaparecido el día ocho, es decir, hacía dos días. Desapareció mientras regresaba de la escuela. Sin embargo, en ese momento, iba caminando con varias amigas.

¿Cómo se pierde una niña mientras va acompañada de otros niños? Si interrogan a los compañeros, al menos podrían saber si se trató de un secuestro, pero según los reportes, la policía está desconcertada con sus testimonios.

Porque todos los niños coincidían en que “Tōko-chan habló con alguien y se subió a un coche” ... pero ninguno recordaba cómo era la persona. Ni siquiera si era hombre o mujer, ni el color o el modelo del auto. Tan inverosímil que la policía incluso parecía empezar a sospechar de los propios niños.

“Eso no es.”

Kanda A murmuró sin apartar los ojos de la pantalla.

Yo lo sé. Tōko fue secuestrada. No sabía por qué lo sabía, pero lo sabía. Los recuerdos perdidos le dolían. Había visto ese rostro. Ese lugar era...

“¡Maldición! ¡No puedo recordarlo!”

Se dio golpecitos al costado de la cabeza con el control remoto.

Desde que se había recobrado a sí mismo bajo la lluvia, unas horas atrás, esa sensación de tener piezas importantes faltantes en su cabeza no se le quitaba. Recordaba claramente todo hasta el día siete, pero después... era como si pudiera recordarlo y al mismo tiempo no. Como si tuviera la palabra en la punta de la lengua, pero no pudiera pronunciarla. Una frustración interminable.

Kanda B había llegado directamente del siete al diez, y se suponía que él había venido desde el trece... pero esa hipótesis comenzaba a tambalearse. *¿Y si yo también vine desde el siete?* Si no podía recordar, quizá era porque nunca tuvo esos recuerdos...

Pero esa noticia acababa de destruir por completo esa posibilidad.



Oto Tōko.

Conozco a esta chica. Pero no sé por qué la conozco.

*

Ya se ha puesto el sol, lleva sombrero, y lo más importante es que este lado de la estación queda en dirección opuesta a la casa de Yuki y a la mía, así que no creo que algún vecino me vea y me reclame por ello. Mientras pensaba en eso y caminaba, Sanae le habló a Kanda B.

“Creo que sería mejor ir primero a la tienda de ropa.”

Kanda B bajó la mirada hacia su atuendo. La camisa de manga corta del uniforme y los pantalones escolares aún estaban húmedos. No solo necesitaba ropa interior limpia, también ropa de diario. Y hacía falta para dos personas. Sin embargo, el contenido de su cartera era poco alentador; ni siquiera sabía si le alcanzaría para cubrir unos días de comida. No podía seguir dependiendo de Sanae por más tiempo, eso era impensable.

“Si es por el dinero, con gusto le haré un préstamo.”

Lo dijo Sanae sin darle mayor importancia.

“Por supuesto que espero que me lo devuelvas, pero no importa cuándo. Más que eso, lo que para mí sería un pecado es ignorar la dificultad de un compañero de clase.”

“Lo siento... no, gracias.”

“Está bien. Me alegra que confíes en mí.”

Ahora que lo pensaba, Kanda B escarbó en lo más profundo de su memoria. Tenía la sensación de no haber visto nunca a Hoshina hablando con alguien más en el salón. ¿Será que tiene pocos amigos? Viéndola así, se le hacía bastante interesante, pero en la escuela su presencia era tan tenue que ni siquiera había dejado una impresión. ¿Estará aislada?

Bueno, es una chica rara, después de todo.

Con esa frase, Kanda B se convenció a sí mismo. A partir de ahora intentaría hablarle en clase. Lo haría de una forma que no hiciera que los ojos de Yuki, que venía de vez en cuando desde el salón de al lado, se alzaran furiosos. Todo eso, claro, si lograban volver a asistir a la escuela. Seguro que todo saldría bien... tanto para él como para su otro yo.

Kanda B y Sanae entraron a una tienda de ropa de descuento junto a la carretera. Era una tienda enorme repleta de productos de fabricación masiva, a la que Kanda B también había ido en ocasiones.

Fue echando al carrito camisas de colores y pantalones de algodón que le llamaban la atención. Mientras observaba fijamente las etiquetas de precio, pensativo, Sanae le dijo:

“No se preocupe por eso. Elija con total libertad.”

Lo dijo mientras sonreía suavemente a su lado.

“Bueno, igual trataré de usar lo más posible mi propio dinero.”

“No quiero que nadie me vea así”, pensó Kanda B. Que fuera una chica la que pagara ya le daba pena, pero lo peor era estar de compras con una compañera con la que ni siquiera tenía tanta confianza. Si alguien conocido los veía y malinterpretaba la situación, en un abrir y cerrar de ojos sería el blanco de los rumores, y acabaría siendo víctima de uno de los castigos personales diseñados por Yuki: la técnica “desesperación de temporada”. Y si se descuidaba, también la de la próxima.

“¿Qué te parecen estos?”

Lo que Sanae señalaba era una sección de gafas de sol en el área de accesorios. Kanda B revisó las gafas oscuras expuestas y tomó una. Se las probó.

“Podrían quedarte bien”, comentó Sanae, con una expresión difícil de definir.

Kanda B, con ella a su lado, miró el espejo del estante. Reflejado ahí estaba un rostro de lo más sospechoso. Pensó que quizás llamaba más la atención.

Gorra de beisbol y gafas oscuras. Si encima se pusiera una mascarilla, daría la impresión total de alguien tratando de sacar dinero con una tarjeta de crédito robada. Cien por ciento sospechoso.

Esto se lo dejaré a Kanda A, pensó para sí mismo. Eligió unas gafas tipo Italia, de esas de marco plástico baratas que ni siquiera llegaban a los mil yenes con impuestos. Suficiente.

Sintiendo una presencia, volteó a ver a Sanae, que se estaba probando unas gafas redondas con una gran sonrisa. Pensó que debía decirle algo, y Kanda B comentó:

“Te ves mejor al natural.”

Se deprimió un segundo por no haber sido capaz de decir algo menos cliché. Sanae, obediente, devolvió las gafas a su lugar. Sus ojos color pardo claro, con poco pigmento, quedaron al descubierto y lo miraron intensamente.

“Gracias. Es la primera vez que me dicen algo así.”

Después, metieron en el carrito unos cuantos pares de calcetas en oferta, que no costaban casi nada por dos pares, y fueron juntos al área de cajas. Incluso sumando el dinero que le había incautado a Kanda A, no alcanzaba. Sanae, con gusto, sacó su cartera, y Kanda B no pudo hacer otra cosa más que inclinar ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento.

Les dijeron que bastarían treinta minutos para ajustar los bajos del pantalón de algodón, así que durante ese tiempo fueron a un supermercado cercano a comprar víveres.

Cuando Kanda B regresó de las compras, lo que vio fue a Kanda A pegado al televisor, cambiando de canal uno tras otro con la mirada clavada en la pantalla.

“¿Qué estás haciendo?”

“Viendo las noticias.”

“¿Las de hoy? ¿Para qué? Ah... ¿por si algo te suena familiar?”

“No...”

“En realidad...” empezó diciendo Kanda A, y le habló sobre el tema que lo había estado preocupando y que buscaba desde hacía rato: el caso de la niña de primaria desaparecida.

“¿Oto Tōko? No me suena ese nombre. Nunca lo he escuchado.”

Kanda B arrojó una bolsa de papel frente a Kanda A.

“Tienes camisetas, pantalones y calcetas de recambio. También compré una camisa de vestir y jeans. No puedes andar con la misma ropa todo el tiempo. ¿Por qué no te quitas ese uniforme todavía húmedo?”

Sanae, que acababa de dejar las bolsas del súper en la cocina, apareció por la puerta:

“La lavadora está al lado del baño. También hay secadora, así que se secará rápido. Me encargaré del planchado. Y bien, ¿de qué estaban hablando?”

Kanda A volvió a contar lo mismo que le había dicho a B: su recuerdo inconexo y la noticia sobre Oto Tōko.

Sanae se llevó el dedo a los labios, pensativa, y luego levantó la cabeza con una expresión serena como una flor de noche.

“No sé qué le hicieron a Mitsuki-san, pero tal vez Kanda N pensó algo como esto: ‘Voy a hacerle a un familiar del culpable lo mismo que le hicieron a Mii, y así cobraré venganza’. En ese caso, el pariente de esa tal Oto Tōko sería el autor del caso de Mitsuki-san. Así que secuestró a Oto Tōko e hizo lo mismo con ella.”

“¡¿Acaso hiciste algo tan estúpidamente absurdo?!”

Kanda B dio un paso al frente, pero Kanda A lo detuvo con desgano y respondió.

“¿No te parece raro? Según las noticias, esta chica desapareció anteayer, el día ocho. ¿Se supone que N escuchó algo de Mii hoy? ¿O estás diciendo que ya lo sabía desde el día ocho?”

“Esa posibilidad no es del todo descartable.”

Al escuchar eso, a Kanda B se le subió la sangre a la cabeza.

“¡Mii ya estaba rozando el límite, pero esta chica está completamente fuera de lugar!”

“¡Yo no hice nada!” replicó Kanda A, molesto.

“¿Puedes asegurarlo? Si puedes, entonces bien.”

“¡No puedo! ¡No lo recuerdo!”

“¿Y no recordarlo te hace inocente? ¡Eres un completo imbécil! ¡Tú también eres yo! ¿Quieres convertirme en un criminal?”

“¡Como si me importara, idiota!”

“Disculpen... Comprendo que se odien mutuamente, pero ¿podrían pensar un poco más racionalmente? Me están poniendo en una situación incómoda.”

Sanae los observaba con una mirada tranquila y serena.

“Por favor, cálmense. Yo estimo que esa posibilidad es muy baja. Y eso se debe a que contradice las acciones de Mitsuki-san. Les pregunto a los dos: ¿el día siete, vieron algo sospechoso en Mitsuki-san?”

“El día siete, eh. En la mañana la saludé como de costumbre en la entrada. ¿Había algo raro en Mii, que salió junto con Yuki?”

“No lo creo. Caminamos los tres juntos por la ruta a la escuela. Estaba acompañando con una sonrisa elegante una de las tonterías de Yuki. Luego, Mii se separó de nosotros para ir a la secundaria y nosotros seguimos hacia la preparatoria.”

“No parecía que estuviera a punto de llorar ni nada. Todo fue como siempre. La he visto casi todos los días por más de diez años, creo que puedo notarlo.”

“Entonces, si Mitsuki-san se enfrentó a alguna desgracia, tuvo que haber sido entre la mañana del día siete y la tarde del día diez. El ocho y el nueve fueron sábado y domingo, así que tal vez salió a algún lado.”

“Supongo que tendré que preguntarle eso a Yuki de alguna manera.”

“¿Y cómo piensas hacerlo?”

“Piensa tú en algo.”

En medio del ambiente hostil, Sanae habló como si no se diera cuenta.

“Sin embargo, según lo que comentaron sobre la actitud de Yuki, parece que el cambio en Mitsuki-san ocurrió hoy. ¿O es que ella era tan hábil como para ocultar su estado mental incluso a su familia?”

“Por más que Yuki sea ruda y desconsiderada, si su hermana actuaba raro, lo habría notado. Tiene buen instinto para esas cosas.”

“Entonces fue en el camino de regreso de la escuela... o dentro de la escuela.”

“Si tan solo tú lo recordaras...”

“No lo digas. Yo también estoy intentando con todas mis fuerzas recordarlo.”

El ambiente hostil continuaba.

Sanae despejó suavemente la pesada atmósfera.

“Esa pérdida de memoria limitada a seis días... me da la impresión de que es demasiado conveniente.”

“¿Estás diciendo que alguien le borró la memoria? ¿Se puede hacer algo así? ¿Con hipnosis o qué?”

“No, no me refiero a una intervención de un tercero. Lo que me parece clave para entender este incidente, y el misterio del viaje en el tiempo que ha caído sobre ti, es precisamente que Kanda A haya perdido justo esos recuerdos, de forma tan conveniente. Aunque aún no lo tengo claro.”

Sanae los miró a ambos alternativamente, como si no quisiera ser injusta con ninguno.

“Puede que se deba a algún tipo de shock. Tal vez un golpe directo en la cabeza o un trauma emocional. Como ya mencioné antes, la teoría de la función de onda del futuro sigue siendo solo una hipótesis.”

“No me duele la cabeza. Además, ya estoy acostumbrado a recibir golpes. Y mi mente es bastante resistente.”

“¿Resistente dices? Cuando me viste por primera vez, tus ojos se salieron tres centímetros de sus órbitas.”

“Aun así, esto me intriga... Oto, Oto, Oto... Tōko... Hmm...”

“Es un nombre difícil de olvidar una vez que lo oyes. Tiene fuerza, es un buen nombre. ¿Lo recuerdas o no? Acláralo de una vez.”

Kanda A suspiró. Si pudiera aclararlo, esta situación tan anormal también quedaría clara. Si realmente había venido del futuro, entonces debería saberlo todo.

“Quisiera saber más detalles sobre el caso de esta Oto Tōko... Hoshina, ¿no puedes hacer algo al respecto?”

“No puedo decirle detalles. No tengo conocidos dentro de la policía, ni contactos entre notables del área que pudieran intervenir por nosotros. Y aunque los tuviera, dudo mucho que alguien con sentido profesional de la ética se pusiera a soltar información interna como si nada. Lo siento. No soy de mucha utilidad.”

“No, tienes razón... Era de esperarse.”

“Así es como es la realidad.”

Las palabras de Sanae calaron profundo en el pecho de los dos Kanda. Así es, esto es real. No es un sueño. Independientemente del viaje en el tiempo, ese de ahí frente a mí... es, sin lugar a dudas, yo mismo.

“Entonces, me pondré a preparar la cena. Pueden esperar con expectativa.”

Dicho eso, Sanae se retiró hacia la cocina. Pronto se escuchó el sonido del encendido del fuego en la estufa.

Kanda A miró su reloj de pulsera y recordó que ya no tenía ninguna utilidad en este momento, aunque al menos podía servir para tener una idea del tiempo transcurrido, y le dijo a Kanda B:

“Se tardaron bastante.”

No se había dado cuenta porque había estado ocupado siguiendo los noticieros, pero ya había pasado más de una hora desde que Sanae y Kanda B salieron. Kanda B puso cara de “¿y qué?” y respondió:

“Nada. Solo estuvimos eligiendo ropa y algo de comida.”

Kanda A dirigió la mirada hacia la figura de Sanae que se movía ágilmente en la cocina al fondo. A los ojos de Kanda A, Hoshina Sanae era una chica con cierto atractivo.

La sospecha se convirtió en duda, la duda activó su imaginación, y eso se reflejó en su expresión. Kanda B lo notó. No en vano eran la misma persona.

“...No pasó nada. Solo fuimos de compras.”

Tenía bien claro lo que Kanda A estaba insinuando. Hoy se había dado cuenta por primera vez: Sanae tenía un rostro bastante agradable a la vista. Seguramente en el salón pasaba desapercibida entre los demás estudiantes, al punto de ni siquiera quedar grabada en la conciencia. No sabría qué responder si le preguntaran si prefería a Yuki o a ella, pero al menos esperaba que le perdonaran el sentirse bien por caminar a su lado.

“Ya veo.”

Kanda A aceptó la explicación sin más. Después de todo, se trataba de sí mismo. En esta situación, aunque llegara a pensar algo indebido, no tenía el valor ni la iniciativa para llevarlo a cabo. Por desgracia, lo sabía perfectamente.

Mientras Sanae preparaba la cena, los dos Kenichirō Kanda se turnaron para ir al vestidor y cambiarse. Kanda A no tenía objeciones con la ropa que Kanda B había elegido y comprado. Sin duda compartían el mismo gusto, y la talla también era idéntica. Solo pensó, eso sí, que al menos las gafas oscuras tan ridículas podrían haberse evitado.

Interceptor 3

En toda historia existen una causa y un efecto. No hay historia que comience sin una causa, ni historia que no tenga algún tipo de resultado. Aquí, el término “resultado” no se refiere necesariamente a si está concluida o no. Incluso una historia inconclusa produce como resultado el hecho de estar “inconclusa”, y en ese sentido, el resultado en una historia es sinónimo de su “desenlace”. Si ahí termina, incluso si es en pleno desarrollo, sigue siendo un tipo de resultado.

Además, las historias básicas suelen tener una correlación positiva entre causa y efecto. Si uno recuerda por qué se llegó a ese resultado, debería encontrar una causa sólida detrás. No importa lo ilógica que pueda parecer esa causa, la historia solo cobra sentido porque el resultado se origina a partir de ella. Solo cuando hay una causa, también puede haber un efecto; así funciona todo el sistema del mundo. Y ese sistema es una de las reglas que cubren al mundo, sin distinción entre lo real y lo ficticio. Incluso las historias irreales no pueden escapar a esa restricción.

Si hay algo que puede decirse con certeza, es que una historia no es algo que uno teje, sino algo que es tejido.

Quién está tejiendo la historia de sus propias vidas... eso es algo que, en este momento, Kenichirō Kanda y los demás no tienen forma de saber.

Capítulo 3

Mientras Kanda A y B observaban la televisión, viendo lo que para cada uno eran las noticias de tres días después o de tres días antes, Sanae luchaba con esmero en la preparación de la cena. Y mientras ella cocinaba, los dos inútiles no hacían otra cosa más que esperar. Sanae ya les había dicho que no necesitaba ayuda.

“Estoy emocionada. Hace mucho que no comparto una comida con alguien.”

Sanae se movía con una diligencia ejemplar y comenzó a disponer varios platos sobre la mesa. Doria de camarones, calamar estilo sōmen, sopa de miso con almejas, salmón marinado, tataki de bonito, carpaccio de atún, ensalada de wakame, y espagueti con mentaiko.

“Escuché que les gusta el marisco.”

“Vaya banquete...”

Y sobre el sabor, era sorprendentemente delicioso. Comparado con aquella vez que Yuki llevó una comida casera cuya receta era un misterio y que sabía a ladrillos, esto era auténtica comida celestial.

Cuando la elogiaron, Sanae sonrió aún más de lo habitual y dijo:

“Me honra escucharlo.”

Después de comer, incluso sirvió té. Un tipo de té negro con nombre de hoja que jamás habían oído y que no venía en bolsita. Para Kanda A y B, era prácticamente una bebida desconocida. Tal vez no sabían cómo describir el sabor, pero sentían que era delicioso, probablemente por el efecto del etiquetado.

En esa mesa, Sanae dijo:

“¿Están familiarizados con algo llamado habilidad EMP?”

“No. ¿Es diferente de ESP?” preguntó Kanda B.

“No es S, es M. No se sabe de qué es la sigla, pero pueden considerarlo una especie de poder sobrenatural. Es algo relativamente conocido en ciertos círculos.”

Era una palabra completamente nueva para él. Habilidad EMP. A Kanda B no le sonaba para nada familiar.

“Habilidad EMP.”

La pronunció para probar, pero seguía sintiéndose igual de ajena. Kanda A también lo dijo:

“Habilidad EMP.”

Tenía una sonoridad extraña. Algo que tal vez había escuchado, o tal vez no... probablemente no.

Mientras repartía pasta con el tenedor, Sanae continuó:

“Relativamente hace poco, empezaron a aparecer niños que, de pronto y sin motivo alguno, desarrollan habilidades que solo pueden describirse como poderes sobrenaturales. No es una cantidad insignificante, pero es lo suficientemente limitada como para mantenerse oculta.”

“¿En serio? Yo no sabía nada de eso.” dijo Kanda A.

“Es natural que no lo supieran. Esa información no se ha hecho pública. Más bien, ha sido cuidadosamente encubierta.”

Luego de un momento de silencio en el que masticaban la pasta sin hacer ruido, Sanae añadió:

“Casi siempre se trata como una enfermedad. Los chicos que despiertan esas habilidades son confinados en una academia especial que está en algún lugar.”

“Eso suena horrible.”

Kanda B no pudo evitar responder, aunque seguía medio escéptico. Siempre había sido desconfiado de todo lo sobrenatural. No creía ni en fantasmas, ni en

extraterrestres, ni en gente con superpoderes. Sin embargo, ahí estaban ellos. Justo en esa encrucijada donde su identidad empezaba a tambalearse.

“Para los que los controlan, es un método eficiente. Las habilidades desaparecen luego de unos años. Cuando se pierden, vuelven a ser personas comunes y pueden reincorporarse a la sociedad. La mayoría solo mantiene esas habilidades entre la mitad de la adolescencia y los veinte años.”

“¿Y cómo es que de repente pueden usar ese tipo de poder?”

“No se ha logrado explicar.”

“Veo que sabes bastante sobre eso.”

“Tengo cierto interés en fenómenos paranormales. Y mientras investigaba varias cosas, me topé con el término EMP. Luego investigué el significado del término. Originalmente es una sigla que describe un pulso electromagnético generado durante una explosión nuclear, pero ese significado no encajaba en el contexto. Era desconcertante.”

“Desconcertante, sí...”

Para los Kanda A y B, todo esto era desconcertante.

“Según me contaron, usted no solo se desplazó en el tiempo, sino también en el espacio, ¿no es así? Ya sea tres días atrás o después, si hubiera hecho el salto temporal sin desplazamiento espacial alguno, debería haber aparecido en el vacío del espacio exterior, porque la Tierra gira y se traslada.”

Eso tenía cierto sentido.

“Por lo tanto, su salto temporal fue altamente intencionado. No es un fenómeno natural ni sin sentido. Tiene que haber, sin lugar a duda, una voluntad detrás de ello.”

“¿Y quién demonios sería el idiota que hizo algo así?”

Bebiendo el té con elegancia, Sanae respondió:

“Usted, probablemente. Si fue usted quien desarrolló la habilidad de viajar en el tiempo, entonces todo encajaría.”

Kanda A y B guardaron silencio. No lo entendían bien, pero al parecer esa tal habilidad EMP se refería a algo como poderes sobrenaturales. ¿Yo? ¿Un superdotado? Qué tontería. Eso suena a manga.

“El señor A está tres días en el futuro, y el señor B, tres días en el pasado. Ambos se desplazaron en el mismo intervalo de tiempo. Como ya dije, no creo que eso sea una coincidencia.”

Sanae lo dijo con tono suave:

“¿Qué tal esta hipótesis? Supongamos que Kanda N, el que existía el día diez, despertó la habilidad de desplazarse en el espacio-tiempo. Y que se enfrentó a un problema imposible de resolver por sí solo. Ya sea de forma consciente o inconsciente, tal vez pensó: ‘Ojalá hubiera otros dos yo’. Y esa voluntad terminó por atraer a sus ‘otros yo’ del pasado y del futuro.”

“Entonces... ¿esto es cosa de Kanda N?”

“No puedo asegurarlo. Tal vez fue obra de alguno de los tres... o de todos ustedes.”

Colocando con delicadeza su taza sobre el platillo, Sanae dijo:

“¿Por qué no se dan un baño? ¿Quién quiere entrar primero?”

Kanda A y B volvieron a cruzar miradas. No esperaban recibir tan buena atención. Después de haber estado empapados por la lluvia, era una oferta muy bienvenida.

“Después está bien. Entra tú primero.”

“No, eso sí que no. Ya bastante con haberme aparecido así de la nada, como para ser el primero en meterse al baño. Yo me baño al final.”

“¿Entonces quién va al final, tú o yo?”

“No importa, mientras no tengamos que bañarnos juntos. Meterse a bañar con uno mismo es... raro.”

“Totalmente.”

En la discusión de los dos, Sanae volvió a intervenir:

“Entonces, con su permiso, me adelantaré. Ah, y...”

Sanae dudó un poco, cosa rara en ella, y con timidez añadió:

“Si es posible... les agradecería que no intentaran espiarme. Aún no tengo cifras físicas que me permitan mostrarme con confianza ante los demás...”

Kanda A y B sacudieron la cabeza con tanta energía que parecía que el contenido de sus cerebros se estaba revolviendo.

“Eso jamás pasaría. Si este tipo siquiera lo intentara, lo detendría a golpes.”

Se le adelantó Kanda B, y Kanda A apretó los dientes:

“Yo estaré vigilando. Nunca se sabe lo que este idiota podría hacer si lo dejas solo.”

Kanda A y B se miraron con desconfianza, intentando leer las verdaderas intenciones en los ojos del otro, y al mismo tiempo se dieron cuenta de que esos mismos pensamientos estaban también en lo más profundo de su propio interior.

Después de todo, yo soy un cobarde.

Mientras Sanae se bañaba, Kanda A y B miraban la televisión en silencio, sin razón alguna. Aunque intentaran conversar, el tema moría al instante.

“La cena estuvo deliciosa.”

“Sí.”

“

“Parecía comida de restaurante.”

“Eso es cierto.”

“.....”

Cuando Sanae apareció, ya con el pijama puesto y el cabello húmedo, ambos sintieron cómo se les aceleraba el pulso. Decidieron el turno del baño con un “Mira para allá” y se dirigieron al baño, sorprendidos por lo amplio que era. Pensándolo bien, había sido un día agotador, tanto física como mentalmente. Se sumergieron en el agua con calma, disfrutando del momento.

Al salir, Sanae les ofreció té de cebada bien frío. Los dos se encogieron de miedo y respeto. Ya ni siquiera era una cuestión de haber recibido comida y techo por una noche: esta deuda tenía que saldarse de algún modo. Sin decirlo en voz alta, ambos Kanda lo grabaron en su corazón.

Cuando ya era hora de dormir, desviaron la mirada del pijama de Sanae y dijeron:

“Voy a vigilarlo para que no haga ninguna estupidez.”

“¿Qué dijiste, imbécil? ¿No serás tú el que está pensando algo raro?”

“¿Algo raro? ¿Como qué? A ver, dilo.”

“¡Ni de broma! ¡Dilo tú!”

“A mí no me importa”, dijo Sanae.

Kanda A y B se quedaron paralizados. Sanae no dejó de sonreír, con una expresión tenue como una luz fluorescente.

“Si tuviera que ponerlo en palabras, sería algo como que alguno de ustedes, o los dos, se arrastran hasta mi habitación mientras duermo para atacarme por sorpresa. Pero no me molestaría. Nunca he entendido por qué los problemas derivados del género deberían ser considerados problemas en primer lugar.”

Kanda B susurró al oído de Kanda A:

“¿Qué es género?”

“No sé.”

Sanae, aún sonriente, remató con la frase decisiva:

“Pero si algo así llegara a pasar, seguramente me volvería muy habladora con Umibihara-san. ¿Les parece bien?”

En la mente de ambos apareció, en negritas y fuente gótica, la palabra **“Desesperación”**.

“Eso me tranquiliza. Con eso, este tipo ya no se atreverá a hacer nada. No tiene el valor.”

“Lamentablemente, es cierto.”

Sanae desapareció en su dormitorio. Los dos Kanda se acostaron en la sala, cada uno en la posición que más le acomodaba.

Todos los muebles eran nuevos. Debía gustarle mucho la limpieza, porque no había ni una mota de polvo en el suelo de madera. Recordaron que los vasos y platos parecían recién comprados.

Kanda A se cubrió con una toalla-manta que Sanae les había llevado. Era una noche de junio, húmeda y calurosa. El aire pegajoso hacía que sudaran. No hacía falta encender el aire acondicionado, pero al menos en modo deshumidificador estaría bien. Tomó el control remoto y lo apuntó hacia el aparato. Entonces se dio cuenta de algo: ese gesto había sido completamente natural. Lo había hecho sin mirar, como si supiera exactamente dónde estaba el aire acondicionado. A pesar de no tener recuerdos, su cuerpo lo recordaba. Ya había hecho ese gesto antes. Probablemente aquí. Como Kanda B.

Kanda B ya estaba hecho un ovillo sobre la mullida alfombra, sin mostrar señal de sospecha.

Cubiertos por sus mantas, los dos Kenichirō Kanda cerraron los ojos.

Cayeron dormidos en cuestión de segundos, como por arte de magia.

Hubo un instante en que pensaron que, tal vez, al despertar estarían de vuelta en su tiempo original. Pero claro, las cosas nunca avanzan tan convenientemente como uno espera. Los dos Kenichirō Kanda recibieron la mañana en el lujoso living de Hoshina Sanae. Era la mañana del once de junio.

Una cafetera que parecía carísima comenzó a esparcir su fragancia elegante, disipando la somnolencia de Kanda A y B y dejando espacio solo al apetito.

“Buenos días.”

Vestida con uniforme, Sanae hizo una reverencia perfecta, como una empleada de hotel, al darles la bienvenida.

Una mesa digna de aplausos.

Cruasán tostado con un poco de dorado, café turco, huevo estrellado con tocino grueso y un huevo hervido. Ensalada de lechuga con tomates cherry, y hasta una sopa potage que claramente no era instantánea.

Comparado con su típico desayuno de tostadas y té japonés, esto era como la diferencia entre un gorrión y un pavo real. No derramaron lágrimas de emoción, pero Kanda A y B devoraron el desayuno preparado por Sanae con una intensidad que merecía el efecto de sonido “¡gatsu gatsu!”.

“Tal vez se trate de un desplazamiento entre mundos paralelos.”

Mientras pelaba un huevo cocido, Sanae ofreció una nueva interpretación.

“Es decir, el señor Kanda B podría haber venido de un mundo que está ‘tres días por detrás’ de este, mientras que el señor A vendría de un mundo ‘tres días por delante’. En ese caso, no sería un desplazamiento vertical en el tiempo, sino un desplazamiento horizontal entre mundos. Es fascinante.”

“Me da igual cuál sea.”

“No es lo mismo. Si se trata de mundos paralelos, entonces no habría posibilidad de que ocurra una paradoja temporal. Al menos en cuanto al tiempo, no surgiría ninguna contradicción.”

“¿En serio?”

“Sí. Pero en ese caso, en ambos mundos se habrían quedado sin su Kenichirō Kanda. En esos lugares, seguramente ustedes serían considerados desaparecidos. Y si algún día pudieran regresar, lo harían arrastrando consigo el desfase temporal correspondiente. Por ejemplo, si el señor A pasa tres días aquí, al volver estaría en el día dieciséis allá. Y el señor B volvería al día diez.”

“Me duele la cabeza como si se me partiera. ¿Será un dolor fantasma?”

“Quién sabe.”

“Claro que no tengo forma de demostrarlo... Pero si lograron venir, creo que también deben poder regresar. Soy optimista.”

“Porque no te pasa a ti.”

Pensó que tal vez sus palabras la ofenderían, pero Sanae solo le respondió con una sonrisa discreta. Como si no conociera otra expresión que no fuera esa.

“Debo irme a la escuela. ¿Qué harán ustedes dos?”

Ambos Kanda lo pensaron con seriedad antes de dar sus respectivas respuestas.

“Voy a casa de Yuki,” dijo Kanda B. “Si pudiera ver a Mii directamente, sería ideal, pero si no, hablar con su mamá también serviría. Seguro es la forma más rápida de saber qué pasó. Aunque Yuki no lo sepa, puede que se lo haya dicho a su madre.”

“¿Y cómo piensas meterte? ¿Le dirás que te saltaste la escuela?” preguntó Kanda A.

“La mamá de Yuki no se preocupa por esas cosas. Es toda una natural.”

“También es cierto.”

Kanda A asintió con facilidad.

“Yo iré al pueblo vecino. Hay algo que no me deja tranquilo. Oto Tōko... Me sigue dando vueltas.”

“No vayas a tocar el timbre de su casa como un idiota. Seguro que ahora mismo la policía está por todas partes. Si andas de vago por ahí, te van a detener para interrogarte.”

“No soy tan tonto. Ni siquiera me acercaré. Solo la observaré desde lejos.”

“Entonces está bien.”

“Pero... hay un problema.”

“¿Qué pasa?”

“No tengo dinero. Si pago el tren de ida y vuelta, me quedo sin un centavo.”

Sanae soltó una risita.

“No se preocupen. Les prestaré.”

En ese momento, los dos Kenichirō Kanda recibieron de Hoshina Sanae un préstamo de cinco mil yenes cada uno.

“Te lo devolveré sin falta.”

Lo dijeron al unísono, inclinándose con tanta fuerza frente a ella que casi cayeron de rodillas.

“Perdón por hacerte cargo de todo.”

“No se preocupen. Lo tomo como un gasto de cortesía. En algún momento, en algún lugar, podrán devolvérmelo. Cualquiera de los dos.”

Después, Sanae les tendió un par de llaves idénticas.

“Son copias de esta habitación. Por favor, asegúrense de cerrar bien cuando salgan. Últimamente ha habido varios robos.”

También les entregó dos papelitos arrancados de un bloc de notas.

“Este es el número de teléfono de la casa. Úsenlo si necesitan llamar por alguna razón.”

Kanda A y B pensaron que estaba demasiado preparada para todo, pero igual aceptaron con gratitud.

“De verdad, gracias por todo.”

“No hay de qué.”

“Entonces, cuiden bien la casa, por favor.” Sanae hizo una reverencia con un “Peko”, colgó su mochila al hombro, y se marchó agitando ligeramente la mano libre.

“ ” “ ”

Los dos Kanda miraban la puerta cerrada, pensando exactamente lo mismo. Pero como no podían decirlo en voz alta, solo lo expresaron con puntos suspensivos: “Si la hermana mayor de las gemelas vecinas tuviera aunque sea la milésima parte del encanto de esa chica...”

Aunque sepas que estás solo, hay cosas que simplemente no se pueden decir.

Con su gorra de béisbol y gafas sin aumento, Kanda B salió del departamento de Sanae. Después de todo, daba reparo andar merodeando por su vecindario a estas horas, cuando en teoría debería estar en la escuela. Intentaba conscientemente corregir su actitud sigilosa, forzándose a aparentar naturalidad, mientras se paraba frente a una casa bien conocida.

La casa de las Umibihara, construida hace más de diez años, justo al lado de los Kanda. Podía recorrerla con los ojos cerrados. Era el hogar de las hermanas Yuki y Mitsuki, a quienes conocía a la perfección. Ya a estas alturas, no tenía caso dudar. Kanda B pulsó el timbre con gesto familiar.

“¡Siiiiii!”

La voz que respondió fue escandalosamente alegre. La madre de las Umibihara tenía un aire joven, tanto en apariencia como en actitud, y desbordaba un encanto misterioso que la hacía parecer de edad indefinida. Recordó que, cuando una vez le preguntaron su edad, ella contestó algo como: “En este mundo hay mucha gente que nunca revela su edad”, evadiendo la respuesta. ¿A qué mundo se refería? ¿Al de las amas de casa a tiempo completo?

“Soy yo. Eh...”

“¡Siiiiii!”

Unos segundos después, la puerta se abrió. Apareció la madre de las Umibihara. Al ver a Kanda B, lo primero que dijo fue:

“¿Y la escuela?”

Era natural que la madre de las Umibihara sospechara. Yuki tenía la costumbre de ir a clases junto con Kenichirō Kanda. Si Yuki había ido a la escuela, significaba que el Kanda N de ese momento también lo había hecho. Así que, en teoría, él no podía estar aquí. De hecho, el Kanda N de este momento probablemente estaba recibiendo clases en su aula.

Pero sin perder la calma, Kanda B soltó la frase que ya tenía preparada:

“Es que hoy es el aniversario de la fundación de la escuela.”

“¿Ah, sí? Pero Yuki se fue tan contenta a clases.”

“Es que es un aniversario especial solo para mi clase. Por desgracia, ella está en la clase de al lado, así que no aplica para ella.”

“Qué escuela tan rara.”

Aceptó la explicación con una facilidad increíble. Qué suerte. Justo cuando buscaba con qué excusa lograr entrar, fue la madre quien dio el primer paso:

“¿Viniste a ver a Mitsuki?”

La suerte estaba de su lado.

“Sí. Me preocupé por ella... No estaba para andar en la escuela.”

“Pasa, pasa. Seguro se va a alegrar.”

La casa de la familia Umibihara no tenía el típico olor a “casa ajena”. Para Kenichirō Kanda, era prácticamente como un segundo hogar. Siguió a la madre de las Umibihara hacia el interior. Subieron las escaleras y al fondo, girando a la izquierda, estaba la habitación de Mitsuki. Justo enfrente, la habitación de Yuki.

La madre de las Umibihara tocó la puerta de su hija y dijo:

“Mitsukiiii, voy a entrar.”

Dicho eso, deslizó la puerta.

La habitación, de unos ocho tatamis, estaba en penumbra por las cortinas cerradas. Mitsuki estaba acurrucada en la cama, mirando distraídamente algo que parecía una libreta gruesa. Llevaba un pijama con estampado de vaca. Seguramente pensaba que solo su madre estaba allí, porque al ver a Kanda B, se giró y exclamó:

“¡¿Eh, eh??!”

Abrazó la libreta con fuerza y se escondió rápidamente bajo las sábanas. Se formó un bulto redondeado. Se cubrió por completo hasta la cabeza. Parecía una tortuga, pensó Kanda B.

“Ken-kun vino a verte. Sal de ahí, anda.”

La madre intentó descubrirla jalando la sábana, pero Mitsuki se aferraba con fuerza al borde del cobertor. La colcha se sacudía de un lado a otro.

“.....”

“¡Ay, ya!”

Resignada con una rapidez extrema, la madre sonrió a Kanda B:

“Te la dejo a ti. Quédate el tiempo que quieras.”

Se fue con paso ligero, marcando un ritmo con sus pisadas al bajar por las escaleras. Kanda B esperó a que el sonido se desvaneciera, y entonces intentó decir algo al bulto en la cama. Pero no se le ocurrió nada. Maldición, había venido solo por impulso, sin pensar demasiado. Tal vez debió preparar alguna línea.

“Ejem.”

Carraspeó para aclararse la garganta, y fingiendo calma, dijo:

“Oye, sobre lo de ayer...”

La colcha se movió levemente. Tras una pequeña pausa de silencio, escuchó una voz apagada:

“...Ajá.”

Era una respuesta difícil de interpretar. Ese “ajá” podía ser afirmativo o simplemente una muletilla. Si era afirmativo, ¿a qué se refería exactamente? ¿A lo que ocurrió ayer? ¿Y qué fue exactamente lo que hablaron ella y Kanda N ayer?

¿Qué debía decir ahora?

Kanda B se quedó pensativo, y pasaron unos minutos en silencio.

“.....”

Quizá fue la incomodidad del silencio lo que hizo que Mitsuki sacara la cara con timidez desde dentro de la sábana. Pero al notar que Kanda B la miraba, volvió a esconderse de inmediato. Cada vez más parecía una tortuga.

“Oye, Mii. Sobre por qué no fuiste hoy a la escuela...”

Desde dentro del bulto se notaba un leve movimiento. La atmósfera era tensa.

“...Ajá.”

“¿Es algo que no puedes contarme?”

Los movimientos bajo las sábanas se detuvieron de golpe.

“...Ajá.”

“¿Tampoco puedes decírselo a Yuki?”

“...Ajá.”

“¿Entonces a quién sí puedes contárselo?”

“.....”

“¿Es algo que no puedes contarle a nadie?”

“...Ajá.”

Kanda B hizo un chasquido con la lengua, solo dentro de su boca. Como lo sospechaba, a Mii probablemente le había pasado algo que no quería imaginar, algo hecho por alguien en algún lugar.

Sin mirar directamente, dejó que su vista se posara sobre las sábanas celestes que se movían un poco. Así era Mitsuki Umibihara una chica que despertaba el instinto de protección. Desde siempre, solía seguir a Yuki y a él a todas partes, como una gatita obediente. Bueno, no es que existan gatos que hagan caso, así que era mucho más adorable que su gato Kurof. Una hermana que le quedaba grande a Yuki, y que para él también era como una hermanita.

Pensando en esas cosas, Kanda B adoptó un tono más serio y profundo:

“Déjame a mí.”

Los movimientos bajo las sábanas cesaron al instante.

“.....”

Mitsuki contenía la respiración, hecha un ovillo.

Quizá era cosa de los genes, pero las hermanas se parecían mucho. Mitsuki ahora se veía exactamente como Yuki tres años atrás. Incluso el peinado era el mismo. Solo la personalidad era opuesta. Tal vez por tener una hermana tan agresiva como ejemplo negativo, Mitsuki había crecido como una chica tranquila y dulce. A ella le quedaba mejor describirla como “kawaii” escrito en hiragana.

“De todos modos... eso, yo me encargo. Quiero que Mii se recupere pronto. Si no, yo también... bueno, me pondría algo deprimido.”

Además, si ella no mejoraba, Yuki seguramente se le aparecería todos los días, pensó Kanda B.

“Nos vemos. Juega con Kurof otro día.”

Kanda B dio unos pasos para salir de la habitación, hizo un amague de abrir la puerta, y se giró rápidamente. Mitsuki, que justo había asomado medio rostro, volvió a cubrirse de golpe. Abrió la puerta, salió al pasillo y, justo antes de cerrarla, hizo otro amague. Mitsuki se escondió de inmediato. Lo repitió tres veces más. Cada vez, la cabecita de Mitsuki aparecía y desaparecía. La cuarta vez, ella ya no cayó en la trampa.

Justo antes de cerrar completamente la puerta, escuchó un “kufu”, una risa ahogada.



Mientras bajaba las escaleras con una sensación de incomodidad difícil de explicar, Kanda B encontró a la madre de las hermanas Umibihara tomando té mientras leía una revista para amas de casa en el comedor.

“¿Ya te vas?”

“Eh... sí, más o menos.”

“Deberías quedarte un rato más. ¿Te dijo por qué no fue a la escuela?”

“Para nada.”

“¿Verdad? Es un problema.”

Aunque lo decía con una sonrisa, no era un tema para tomarse tan a la ligera.

“Bueno, está en esa edad, ¿no? Seguro tiene sus rollos.”

La madre de Umibihara era, de lejos, la más despreocupada. Kanda B sintió una leve punzada de irritación.

“No todo puede explicarse con eso de ‘cosas de la edad’, ¿sabe?”

La señora Umibihara soltó una risa alegre, sin mostrar ninguna preocupación, y cerró un ojo en broma.

“¿Quieres té?”

“...Sí, por favor.”

Aproximadamente al mismo tiempo.

Lo primero que compró Kanda A con el dinero que le prestó Sanae fueron unos periódicos. Tomó tres de diferentes editoriales en una tienda de conveniencia y se sentó en una banca del parque frente a la estación para leerlos. Pasó las páginas con rapidez, buscando algún reporte detallado sobre el caso de desaparición de Oto Tōko, y lo encontró en una esquina de la sección social.

Al juzgar en conjunto, no había más información que la que había escuchado en la televisión el día anterior. Básicamente, se trataba de que una niña llamada Oto Tōko había desaparecido camino a casa, y que no se podía descartar la posibilidad de un secuestro. Lo destacable era que, a pesar de que había varios testigos cerca en ese momento, todos habían dado testimonios imprecisos. Aunque se tratara de niños de la misma edad que Oto Tōko, siendo alumnos de quinto de primaria, deberían tener la capacidad de describir lo que vieron con cierta precisión. Y si de verdad vieron a su amiga llevada por un extraño justo frente a ellos, no deberían olvidarlo tan fácilmente.

Sin embargo, ninguno pudo recordar ninguna característica del posible secuestrador, ni siquiera si era hombre o mujer. No es que sus versiones difirieran: simplemente no sabían nada. Que ni siquiera pudieran decir de qué color era la ropa que llevaba el sujeto ya era algo fuera de lo normal. Tanto los niños, como quienes los interrogaron, como el propio periodista que escribió el artículo, parecían completamente desconcertados. Era una historia realmente extraña.

“Bueno, pero la mía también es bastante más rara...”

Si comparaba el haber saltado en el tiempo hacia el pasado sin entender cómo, ni recordar claramente lo que iba a ocurrir, tal vez esto del caso Oto Tōko todavía era más realista. Además, él tenía una pérdida repentina de memoria y no comprendía por qué esa chica le inquietaba tanto. Le preocupaba Mitsuki también, claro, pero lo que más quería en ese momento era resolver esa niebla en su interior. Al menos Mitsuki no estaba desaparecida. Podía verla cuando quisiera.

Pensando en eso, Kanda A abordó el tren.

Con una transferencia tras viajar en la línea privada, Kanda A descendió en el centro principal de la ciudad vecina. En su mayoría residencial, era un lugar agradable para vivir, con mucho verde y un aire general de comodidad. Por eso, la presencia de noticias policiales como secuestros o desapariciones parecía fuera de lugar. Y más aún con el cielo despejado y brillante, muy distinto al día lluvioso anterior.

En las noticias de televisión y periódico no se había mencionado una dirección específica, pero no debía haber muchas familias con el apellido “Oto” en el barrio “KoreKore” de la ciudad “Nanina”. Usando la guía telefónica pública del área, encontró que efectivamente solo había una familia con ese apellido.

Aun así, no podía ir directamente a tocar la puerta. No porque Kanda B se lo hubiera advertido, sino porque él mismo era consciente de su situación actual. Y eso lo entendía B también, por eso no había insistido. Al fin y al cabo, sus pensamientos eran los mismos.

“Pero aun así...”

Había esperado que al menos algo le sonara familiar al llegar, pero no era el caso. Todo el lugar le era completamente desconocido. Estaba seguro de que nunca había caminado por esa calle. Ni siquiera la más mínima señal de ese sentimiento que tuvo al ver el rostro de Oto Tōko en la televisión.

Estaba claramente alejado del centro de todo. Aquí no había ninguna pista. Sin duda alguna.

¿Será que no tiene nada que ver su llegada desde el futuro con el caso de Oto Tōko? Si es así, ¿por qué sintió esa agitación al ver su rostro?

“No tengo ni idea...”

Kanda A se golpeó la cabeza con el puño. No porque esperara que eso desbloqueara algún recuerdo, sino porque tenía esa costumbre cuando se sentía frustrado. Le ayudaba a calmarse antes de llegar al punto de querer golpear a alguien más. Aunque bueno, también sería válido golpear a Kanda B, ya que él también era parte de sí mismo.

*

Había quedado atrapado en una larga charla con la madre de Umibihara. Mitsuki no bajó en ningún momento, y a Kanda B le sirvieron tres tazas de té y cuatro pastelitos de arroz que habían sobrado.

“Yare yare...”

Después de despedirse de la madre de las Umibihara, levantó la vista al cielo y observó las nubes durante tres segundos antes de murmurar:

“¿Y ahora qué hago...?”

Kanda N estaría en la escuela, y Kanda A debía de andar por la ciudad vecina a esta hora. Aunque paseara por ahí, no se toparía con ninguno de los dos. Pero tampoco tenía a dónde ir. Mitsuki casi no dijo nada, y aún no tenía datos suficientes para buscar al culpable de lo que fuera que le pasó.

Mientras buscaba con la vista algo que pudiera servir de pista, su mirada se cruzó con su propia casa.

*

En una estación de transferencia, mientras caminaba por el andén, Kanda A se detuvo de golpe. Del otro lado de la plataforma, dentro de la línea blanca, estaba el rostro que había visto ayer y hoy frente al espejo, y ya estaba harto de verlo.

Con un bolso en la mano y una expresión extrañamente seria, miraba en dirección al tren. No cabía duda: era Kenichirō Kanda.

No hacía falta pensarlo. No era Kanda B. Debía ser Kanda N. Si fuera B, estaría con gorra y gafas de sol, disfrazado. Este Kanda llevaba el uniforme de verano de la preparatoria y cargaba su maletín escolar.

Kanda A se escondió con naturalidad tras una columna. Kanda N no parecía haberlo notado. Pero ¿a dónde rayos iba ese tipo? ¿Se estaba saltando clases?

El tren que parecía estar esperando iba en la dirección opuesta a su casa. Tal vez llegó hasta allí con un tren local y ahora esperaba un expreso. Era una dirección que él mismo casi nunca tomaba. No llevaba al centro de la ciudad, ni había mucho para divertirse por ahí. Bueno, había una playa, y recordaba que en verano las hermanas Umibihara lo llevaban allí.

Pero no era época de playa, y no tenía sentido que alguien se bajara a mitad de clases solo para ir a ver el mar, por más buen clima que hiciera.

Se escuchó el anuncio de que el tren en dirección contraria llegaría al andén vecino. Kanda B terminó su vacilación en menos de un segundo y se dirigió hacia el puente elevado para cruzar las vías. Todavía era demasiado pronto para echarse a correr. Llegaría a tiempo sin necesidad de apresurarse.

Necesitaba saber a dónde se dirigía Kanda N.

*

Kanda B dudó un momento. ¿Debería regresar al departamento de Sanae o pasar por su casa? A esa hora sus padres no estarían. Además, tenía que recuperar aquel cuchillo que había traído Kanda A. Sí, primero debía ir a su habitación. ¡Vamos!

“¡Oye tú!”

Un grito a todo volumen le hizo marcar un ritmo doble con el corazón. Se dio vuelta.

“¡Maldición!”

Con su uniforme de verano, Yuki estaba plantada como una estatua, con una mano en la cintura y la otra sujetando su bolso. Kanda B, claramente alterado, preguntó:

“¿Qué haces tú aquí? ¿Y la escuela?”

“¡Eso te lo pregunto yo! ¿Por qué estás aquí? ¿Te saliste sin permiso? ¿Y qué es esa pinta? ¿Un disfraz?”

“¿Quién se salió sin permiso? Oye, eso quiere decir que... eh, espera... ¿no estoy en la escuela ahora mismo?”

“¡No trates de engañarme!”

Yuki dio un paso al frente, acortando la distancia. Era la distancia perfecta para una patada media. Kanda B, por reflejo, retrocedió un poco la cintura.

“Ajá... Fuiste a ver cómo estaba Mitsuki, ¿verdad? ¡Con que sí fue culpa tuya! Me preocupé y salí de la escuela, y mira, ¡justo como pensaba!”

¿Su intuición era buena o mala? Lo había malinterpretado con toda precisión. Como tenía parte de razón, no podía negarlo del todo. Y tampoco se le ocurría una buena excusa.

Esto era malo. Si seguía así, terminaría repitiendo lo de ayer. Y si era lanzado de espaldas sobre el asfalto en vez de su habitación, esta vez sí moriría. Tenía que asegurarse de que, como mucho, solo recibiera una patada voladora.

Entonces, Kanda B tomó una decisión desesperada y echó a correr directo hacia Yuki.

“¡!”

Sorprendida, Yuki abrió los ojos, pero medio segundo después ya había bajado su centro de gravedad y alzado ambos brazos. Era una de las posiciones básicas del estilo de artes marciales que llevaba años practicando. Kanda B lo sabía por experiencia: no había una sola vez en los últimos diez años en la que un ataque suyo hubiera funcionado contra ella. Ya no importaba. Era todo o nada.

“¡Toma esto!”

Con un grito de guerra, fingió que iba a golpearla. Yuki levantó un poco la guardia. Ese era el objetivo desde el principio. Con el puño aún en alto, Kanda B lanzó un grito aún más fuerte:

“¡Uoooooooooh!”

Y pasó como una flecha justo por el costado de Yuki.

“¡Hey, tú! ¡No huyas, idiota!”

No pensaba escucharla. Yuki corría rápido, pero él también. Lo único en lo que superaba a los demás en deportes era en las carreras de velocidad. Estaba seguro de que era más rápido que Yuki... al menos para escapar. Ella no

necesitaba huir porque era fuerte. Él, en cambio, ya había aprendido desde hace mucho que lo mejor era huir antes de que la pelea comenzara. Qué patético.

La voz de su amiga de la infancia se fue perdiendo en la distancia. Yuki también sabía que si no salía bien desde el primer paso, ya no lo alcanzaría. Ambos conocían perfectamente los movimientos del otro.

Por supuesto, eso no significaba que Yuki fuera a rendirse. Iría a lugares donde él no pudiera escapar, como su habitación, el baño o el inodoro, y le daría su merecida venganza. Probablemente esta misma noche. Pero a quien iban a castigar sería a Kanda N, no a él. Así que mejor dejarle ese paquete.

“¡Waaaagh!”

Como castigo por tener pensamientos tan convenientes, le cayó la ira divina. El zapato deportivo de Yuki, cual misil antiaéreo, le explotó en la nuca. ¡Dos veces! Perdió el equilibrio y cayó torpemente, haciendo una especie de deslizamiento de cabeza sobre el asfalto. Yuki corrió hacia él con sus calcetas puestas y le pisó la espalda.

“¡Gwaaah!”

Sintió cómo su columna vertebral crujía.

“¡Pensar que puedes huir de mí es lo más ridículo que he oído! ¡Ya me sé tus patrones de conducta de memoria! ¡Ahora vas a explicarme todo! ¿Por qué te saliste de la escuela? ¿Por qué estás vestido como un idiota? ¿Qué le hiciste a Mitsuki? ¿Y dónde estuviste el ocho y el nueve? ¡Habla!”

Al oír esa última frase, Kanda B se olvidó del dolor por un instante. ¿Qué había dicho?

“¿Qué con el ocho y el nueve?”

“¡Me tienes harta! ¿Vas a seguir haciéndote el tonto? Esta mañana hablé con tú mamá, ¿sabes? Me dijo que estuviste fuera todo el fin de semana sin avisar. ¡¿Dónde demonios te quedaste?! ¡Estoy muuuuy interesada en saberlo!”

Kanda B intentó torcer el cuello para mirar a Yuki, que aún lo usaba de taburete.

“¡Oye, no mires! ¡Cerdo pervertido!”

La planta de su calcetín blanco le aplastó la nuca contra el suelo. Todo su peso recaía sobre su cuello y espalda. Le dieron ganas de hacer un comentario como “parece que subiste de peso”, pero aún le tenía aprecio a su vida, así que prefirió quedarse callado.

“¡Ay, ay, ay!”

Ni siquiera tuvo espacio para el sarcasmo. Como si fuera una tabla de masaje de bambú, Yuki le pisoteaba la espalda con fuerza, hasta que por fin retiró el pie. Entonces tomó su muñeca y se la torció hacia atrás.

“¡Vamos, levántate! ¡Fingir que estás muerto no servirá! ¡Te vas a venir a mi casa! ¡Y no pararé hasta que le pidas perdón a Mitsuki! ¡Voy a apretarte cada punto doloroso del cuerpo uno por uno!”

¡Grrrk! Mientras intentaba levantarlo con una llave de brazo, Kanda B se aflojó como un gato atropellado, sin moverse ni un centímetro. Ni siquiera reaccionó cuando Yuki probó torcerle un poco el brazo.

“Oye... no te duermas aquí...”

Ese era el momento que había estado esperando: el instante en que la voz de Yuki empezó a sonar con un leve tinte de preocupación. Kenichirō Kanda no dejaría pasar una oportunidad así. Aprovechó el momento en que ella aflojó la presión y le soltó la mano, dio un salto de más de un metro hacia atrás, solo con el impulso de los tobillos.

“¡Aaaah, maldito!”

Ya era demasiado tarde para quejarse. Kanda B recogió los dos zapatos de Yuki, que estaban prediciendo lluvia para mañana desde el suelo, y sin decir palabra echó a correr. Por muy rápida que fuera Yuki, sin zapatos no lo alcanzaría.

Sintió una intensa sed de sangre. Kanda B, confiando solo en su intuición y en el momento exacto, giró la cabeza de lado. Justo a tiempo para que el bolso escolar de Yuki pasara girando a centímetros, como si fuera un tiro al blanco en una competencia de tiro al plato.

“¡Eres un idiota Kenichirō! ¡Esto no va a quedar así! ¡Devuélveme los zapatos, ¿me oíste?!”

Eso está por verse. Sonriendo con malicia en su interior, Kanda B juntó las palmas mentalmente, como si ofreciera una plegaria por el alma de Kanda N, que seguramente sería quien terminaría recibiendo la ira ardiente de Yuki.

*

Pretendiendo estar sumido en sus pensamientos, aunque en realidad parecía que solo pensaba en qué iba a almorzar mañana en la cafetería, Kanda A observaba de reojo el perfil de Kanda N, quien se sujetaba de una agarradera y miraba por la ventana en el vagón anterior.

“¿Así que esa es mi cara?” pensó Kanda A. “Juraría que tenía una cara un poco más decente que esa...”

De pronto se dio cuenta. Ya fuera B o N, ver un rostro idéntico al suyo le resultaba extrañamente incómodo. Y es que ahora podía observar, como si fuera otra persona, algo que normalmente nadie puede ver: su propio yo desde una perspectiva externa. Todo por culpa de este supuesto viaje temporal.

El Kanda que está ahí parado, con cara de tonto, es “yo”, pero visto desde afuera. Es la imagen que los demás ven de mí. Así que la impresión que me da Kanda N ahora mismo... es la misma que le doy a los demás.

“Así que esa es la impresión que dejo...”

Kanda A ajustó el agarre de la agarradera y tomó una decisión: la próxima vez que viajara solo en tren, trataría de mantener una expresión más decente.

Kanda N bajó en la primera estación donde se detenía el tren rápido después de pasar cinco o seis estaciones. Era una ciudad lo bastante desarrollada como

para tener parada de tren exprés, pero su crecimiento se debía más a la industria que al comercio. Era un distrito donde se alineaban fábricas de autopartes, que en otro tiempo prosperaron, pero ahora parecían asfixiadas por un viento de crisis sin horizonte a la vista.

Su boleto no cubría ese tramo, así que tuvo que hacer una breve parada para pagar la diferencia, pero logró salir de la estación a tiempo para no perder de vista a Kanda N.

Imitándolo con torpeza, Kanda A comenzó a seguirlo a distancia, cuidando de no parecer sospechoso. Kanda N, ya fuera de la estación, tomó rumbo norte.

Lo que apareció ante sus ojos fue un edificio blanco que desentonaba entre las deterioradas viviendas de alquiler: una flamante torre de departamentos de estancia semanal. Kanda A reconoció el nombre, era una de esas cadenas conocidas; incluso había una igual cerca de su estación. Tal vez por eso le parecía familiar.

Kanda N parecía interesado en ese edificio. Estaba plantado en una esquina, observando hacia la entrada. Más que observar... parecía estar vigilando. ¿Qué pretendía, venir hasta aquí solo para hacer una guardia?

Aunque solo podía verle la espalda, Kanda A podía intuir cierto grado de determinación en su vigilancia. Y como se trataba de "sí mismo", aunque fuera otro yo, podía entender ese tipo de cosas.

Durante aproximadamente media hora, Kanda N no se movió. Solo una vez miró hacia donde Kanda A se ocultaba entre unos arbustos, lo que lo puso nervioso, pero aparentemente no se dio cuenta y volvió a mirar al frente, sin volverse de nuevo. Aunque lo hubiera notado, Kanda A llevaba una especie de disfraz improvisado, y a esa distancia no se distinguía bien el rostro.

Aun así, no entendía nada. ¿Estaba esperando a que alguien saliera? ¿Quería seguirlo? ¿Yo voy a terminar siguiéndolo a él mientras él sigue a otro? ¿Doble persecución?

*

Mientras Kanda A se ahogaba en dudas, Kanda N finalmente se movió. Comenzó a alejarse de él. Kanda A miró a su alrededor, se aseguró de que no hubiera gente cerca, y salió del matorral para seguirlo de nuevo.

A doscientos metros de distancia, reanudó la extraña persecución.

Mientras tanto, tras haber escapado exitosamente de Yuki, Kanda B se detuvo frente a la estación, en dirección opuesta a su casa, para recuperar el aliento. Había conseguido despistarla, pero correr a toda velocidad por el centro de la ciudad quizás había sido demasiado llamativo. Esperaba no haber sido visto por alguien conocido... tal vez debió pensar en un disfraz menos reconocible. Yuki lo había descubierto con solo verle la espalda, después de todo.

“Hmm...”

Además, Yuki había dicho algo que no podía ignorar: al parecer, no volvió a casa el sábado ni el domingo, es decir, los días ocho y nueve. Aunque antes se había quedado jugando toda la noche con sus amigos, hacerlo dos días seguidos sin avisar a sus padres... eso ya era raro incluso para él.

“¿Qué estaba haciendo el ‘yo de ahora’ esos días?”

Mientras introducía una moneda en una máquina expendedora, Kanda B pensaba en ese otro yo. ¿Estaría bien Kanda A? Si se encontraba por casualidad con Yuki, podrían meterse en un buen lío. Incluso Yuki sospecharía al ver a alguien idéntico a él pero con otra ropa. Y Mitsuki podría culparlo por todo. Visto objetivamente, lo que hacían era bastante sospechoso. Y por si fuera poco, Kanda N también estaba actuando raro. ¿Faltar a clases? No es que nunca lo hubiera hecho, pero no era común. Faltar justo después de estar dos noches fuera sin avisar... era un pésimo momento.

“¿Tendrá algo que ver con que nosotros estemos aquí?”

Refunfuñó mientras presionaba el botón de una bebida deportiva.

Quería saber cómo iba a reaccionar Kanda N cuando lo confrontaran por lo que había hecho hoy. Esperaba que, por el bien de todos, actuara con la cabeza fría y no levantara sospechas en Yuki.

“Y ahora, ¿qué hago con esto...?”

Miró hacia los zapatos de baloncesto femeninos que colgaban de su mano. Al lado de la máquina expendedora había un basurero para latas vacías.

*

Kanda N, por su parte, había rodeado el edificio caminando una vuelta entera, solo para volver a pararse en la misma esquina y vigilar la entrada otra vez. Si estaba esperando que alguien saliera, ese comportamiento era contradictorio. Parecía simplemente estar observando el edificio.

Mientras Kanda A se rascaba la cabeza con desconcierto, Kanda N volvió a moverse, repitiendo exactamente la misma vuelta, y luego regresó al mismo lugar. Luego de quedarse ahí parado por otros diez minutos, por fin terminó su contemplación arquitectónica y se fue en otra dirección. Kanda A se apresuró a esconderse otra vez entre los árboles, con cara de que no había pasado nada.

Kanda N comenzó a regresar por el mismo camino por el que había venido desde la estación. Kanda A dudó un momento. ¿Debería seguirlo? ¿O aprovechar para investigar el edificio? ¿Qué había ahí? ¿Qué lo tenía tan interesado?

“Veamos...”

Probablemente, Kanda N solo iba de vuelta a la estación donde se bajó. No había forma de que justo pasara un tren en ese momento exacto, pero si tenía que alcanzarlo, podía recuperar el tiempo perdido corriendo un poco. Aun así, la curiosidad por lo que había en ese edificio de estancias semanales no lo dejaba en paz.

Decidido, Kanda A dio la espalda a Kanda N, que se alejaba, y apresuró el paso hacia el edificio. Dobló la esquina donde Kanda N había estado apostado, y se dirigió hacia la entrada del flamante edificio blanco de concreto, que relucía con fuerza, acorde a lo reciente de su construcción.

En ese instante, un sonido metálico, como un “¡Gong!”, resonó dentro de su cabeza, y un impacto que pareció físico sacudió la médula de su cerebro.

No te acerques a este lugar.

Alguien lo estaba advirtiéndolo. Fue como si una luz roja de alarma se encendiera en su mente con la palabra “¡PRECAUCIÓN!” parpadeando con violencia. Era una sensación primitiva, una alarma tan profunda como el miedo instintivo que los animales sienten hacia el fuego o los niños hacia la oscuridad. Un terror primigenio recorrió su espalda. Su conciencia se tiñó por completo con un color de rechazo.

Este edificio es peligroso. Debo alejarme de aquí de inmediato.

Sus pies se giraron por sí solos. Corrió. No sabía por qué. No entendía por qué estaba corriendo. Solo sabía que quería huir de ese lugar.

“Uf... qué... ¿eh?”

Cuando se dio cuenta, Kanda A estaba de pie otra vez en la esquina. Podía sentir los latidos de su corazón claramente acelerados.

“¿Qué fue eso...?”

Miró hacia arriba, confundido. Allí estaba el edificio, un típico complejo de renta, completamente ordinario, recortado contra el cielo azul y pacífico como único fondo.

Kanda A volvió a intentarlo. El resultado fue el mismo. Solo con acercarse a la entrada, su mente se inundaba de rojo y un pánico visceral lo hacía salir huyendo sin control. Lo intentó una tercera vez, y una vez más terminó escapando con el corazón palpitando. Finalmente se rindió. No importaba lo que hiciera, no podía acercarse a ese edificio. Ni siquiera podía cruzar el umbral.

“¿Qué demonios es este lugar...? ¿Una mansión embrujada?”

Murmuró mientras se secaba el sudor frío de la frente. Entonces, por fin, cayó en cuenta: desde que Kanda N se había marchado, había perdido bastante tiempo.

“¡Maldición!”

¿Cuántos minutos habían pasado ya? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Alcanzaría a llegar antes de que Kanda N tomara el tren?

Kanda A salió corriendo a toda velocidad hacia la estación. En la máquina expendedora de boletos, que tardaba en soltar los pasajes, aporreó el botón del importe hasta obtener un boleto al azar. Luego irrumpió en el andén con una entrada tan aparatosa que parecía lanzarse. Ignorando las miradas de los demás pasajeros, barrió con la vista ambos andenes.

Por si acaso, los recorrió de punta a punta. Pero no había ni rastro de Kanda N. Solo el sonido del tren alejándose se desvanecía en la distancia.

Era el tren que regresaba hacia la ciudad donde vivía la familia Kanda.

Interceptor 4

La naturaleza individual de cada ser humano está influenciada por el entorno específico en el que él o ella ha crecido.

Por ejemplo, si se separara a un par de gemelos monocigóticos recién nacidos y se les permitiera crecer por completo en ambientes completamente distintos, esos dos poseedores de un mismo código genético deberían adquirir personalidades diferentes. Habiendo crecido en lugares distintos y bajo condiciones diferentes, sus aficiones, preferencias, tipo ideal de pareja, música favorita, sueños de futuro, ambiciones ocultas, ideologías con las que simpatizan, destinos turísticos a los que les gustaría ir e incluso su opinión sobre la capa de loam del Kanto difícilmente podrían coincidir por completo.

Pongámoslo de forma simple: incluso si existiera un clon humano creado a partir del ADN de Hitler o de Napoleón, es evidente que cuando ese clon creciera, no llevaría a cabo expediciones militares en Francia o Rusia. No obstante, cuando se trata de dos individuos que han nacido y crecido en la misma época, en el mismo entorno, y en el mismo lugar, no se puede garantizar lo mismo.

Veamos, por ejemplo, el caso de Kenichirō Kanda A y B. No hay duda de que son la misma persona. Uno es un ser humano del pasado que proviene de tres días atrás, y el otro, uno del futuro que viene de tres días después. Interpretándolo literalmente, Kanda A sería la versión de Kanda B seis días más adelante, por lo que debería tener seis días más de experiencia acumulada. Sin embargo, Kanda A no recuerda claramente esos seis días. En ese sentido, Kanda A no puede tener una mentalidad distinta a la de Kanda B.

Ahora bien, ¿un ser humano puede realmente adquirir una nueva cualidad especial en tan solo seis días? Compárese uno mismo de hace seis días con el de hoy. La diferencia no debería ser significativa.

En un periodo de menos de una semana, lo normal es que la sensibilidad o la forma de pensar de uno no cambie. Claro que existen excepciones. Por ejemplo, el concepto mismo del universo para muchas personas ha cambiado por completo antes y después de conocer la constante de Hubble.

En este punto, Kanda A y B emprendieron acciones por separado. Es interesante preguntarse si estos dos, que comparten exactamente la misma mentalidad en este momento, comenzarán a cambiar debido al flujo temporal que seguirán a partir de ahora... o si permanecerán igual.

Capítulo 4

Cuando Kanda A regresó a la casa de Hoshina, Kanda B ya se encontraba descansando en la sala.

"Hey."

Kanda B bebió directamente de una botella de jugo de vegetales y preguntó:

"¿Descubriste algo?"

"Si tengo que decirlo... cada vez entiendo menos."

"Yo igual."

"¿Y Hoshina?"

"Debe seguir en la escuela."

Kanda A miró el reloj de pared antiguo para confirmar la hora. Su reloj de pulsera seguía marcando una hora del futuro, sin haberse ajustado al horario de aquí. Del mismo modo, el reloj de Kanda B iba con tres días de atraso. Lo único que los diferenciaba para los demás era ese reloj, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a ajustar su hora al presente.

Sentían que si cambiaban la hora de sus relojes, ya no podrían volver a su tiempo original.

"Dame algo de tomar también."

Ante la petición de Kanda A,

"No hay."

respondió Kanda B sin dudar, y Kanda A lo fulminó con la mirada.

"¿Y qué hay en esa bolsa del conbini?"

"Los zapatos rotos de Yuki. Pensé tirarlos, pero me da miedo lo que venga después."

"¿La viste? ¿No es eso un problema?"

"Podría serlo. Pero salí corriendo en cuanto pude, así que seguro está bien."

Mientras lo decía, Kanda B miró el objeto que Kanda A sostenía con una mano.

"¿Y eso qué es?"

"Una videocasetera. La compré para grabar los noticieros. Ese aparato que está debajo del televisor es una videocasetera, ¿no?"

Kanda A arrojó sobre el sofá un paquete con dos cintas vírgenes de 120 minutos, con la etiqueta de una tienda de electrónica, y le preguntó a Kanda B:

"Entonces, ¿cómo te fue con Mii?"

"Sobre eso...", dijo Kanda B, acomodándose de nuevo con las piernas cruzadas.

"¿Por cuál parte empezamos?"

Era obvio: iban a intercambiar la información que habían visto y oído durante el día. Kanda A le arrebató la botella a medio terminar por un lado y dijo:

"Entonces empezaré yo. La verdad es que..."

Mientras compartían el jugo de vegetales, ambos se acercaron cara a cara y comenzaron a hablar por turnos.

Lo único que lograron averiguar a lo largo del día, mientras andaban sigilosamente de un lado a otro, fue que "no sabían qué le había pasado a Mitsuki", que "no sabían cuándo ni dónde se habían reunido con Oto Tōko", que "Kanda N había salido de la escuela sin permiso y estaba vigilando algún edificio de departamentos, pero no sabían por qué", y que "al final, no sabían por qué ellos estaban ahí ahora mismo". Es decir, lo único que supieron con certeza fue que aún no sabían nada.

Y sin embargo, el misterio se había ampliado.

"¿El 8 y el 9? ¿Qué hicimos esos dos días?"

Kanda A frunció el ceño.

"Aunque me lo preguntes... no puedo decir más que no lo recuerdo."

"¿Otra vez con eso? ¿No tienes nada más que decir?", preguntó Kanda B.

"No, no lo tengo", respondió Kanda A.

"Pero bien que te acordaste de la cara y el nombre de esa chica. Cuando se trata de mujeres, tienes una memoria sorprendentemente buena, ¿eh?"

"No es que lo recordara. Solo me resultaba familiar."

"¿Y por qué a mí no me suena de nada?"

"No tengo idea."

"Pensar que tú eres mi yo del futuro me deprime."

"Yo, al darme cuenta de que tú eres mi yo del pasado, me dan ganas de pedir una disculpa con indemnización."

"Desde ayer no dejas de decir tonterías peores que las de un niño de kínder. ¿Y ahora qué? ¿Un edificio embrujado? Explica de una maldita vez, que no se entiende nada."

"¡No puedo! ¡Ni yo mismo lo entiendo! Si tan fácil es, ¡hazlo tú!"

"Es natural que no sepa nada. Yo soy del pasado. No puedo hacerme responsable ni tengo por qué saber lo que el 'yo' actual o tú hayan hecho."

"¿Qué bonito te zafas! ¿Solo te importa estar bien tú? ¿No tienes un mínimo de sentido de la responsabilidad social?"

"Gracias por adelantado. Esto me ha servido para reflexionar sobre mí mismo. No pienso convertirme en alguien como tú."

"Me encantaría decirte que te mueras, pero esa frase es mía. Si algún día me topo con un tipo que me saque de quicio, pensaré en ti para desquitarme."

"Cállate, idiota. Todo esto es culpa tuya. No hay duda. ¡Imbécil! ¡Y encima hiciste algo con Mii, pedazo de mierda!"

"¡Cállate tú y muérete!"

"¡El que debería morirse eres tú!"

Hace ya bastante tiempo, Kenichirō Kanda pensó que sería útil tener otro yo. Lo sintió así cuando alquiló cinco películas en la renta y todas resultaron ser un fiasco. Si existiera alguien con exactamente la misma estructura mental que él, bastaría con ver solo lo que ese otro recomendara como interesante. Así no perdería tiempo viendo basura, no gastaría dinero y hasta sería bueno para su salud mental. Quería un robot clon. Así podría usar su tiempo limitado de manera eficiente... o eso pensaba.

Pero al enfrentarse en la realidad con otro yo, resultó ser un tipo que le sacaba de quicio con solo verlo. Hablar con él lo irritaba aún más. Le costaba creer que ese idiota fuera él mismo. Pensar que un alien o algo así se había hecho pasar por él era una opción mucho más aceptable. Eso pensaban los dos.

Cuando Sanae regresó a casa, vio a los dos forcejeando en la sala.

"Fufu."

Soltó una risita.

"Voy a cambiarme."

Dicho eso, se metió en su cuarto y regresó vistiendo un vestido-camisa verde musgo.

Para entonces, Kanda A y B ya se habían separado y estaban sentados con las piernas cruzadas, visiblemente molestos. Sanae se dirigió brevemente a la cocina y regresó con tazas de té y una tetera para el número justo de personas.

Colocó la bandeja sobre la mesa y se sentó cuidadosamente en seiza, como si fuera a empezar una clase de caligrafía.

Mientras servía té en las tazas, Sanae comenzó a hablar sobre aquello que más querían saber Kanda A y B.

“Hoy, el señor Kanda N vino a la escuela.”

“...” “...”, los dos.

“Nos cruzamos la mirada varias veces, pero no hablamos. Puede que nuestras miradas se cruzaran porque yo no dejaba de observarlo fijamente. Por cierto, el señor Kanda N no asistió a las clases de la tarde.”

“...Me lo imaginaba.”

Murmuró Kanda A con desinterés, mientras Kanda B preguntó:

“¿No dijo adónde iba?”

“No me mencionó nada.”

“Seguro no le dijo a nadie. Ni Yuki sabía nada.”

“Pero cuando me miró, parecía tener algo que quería decirme. Al menos así lo sentí yo. El señor Kanda N, por su parte... bueno, no estoy segura de si esta comparación es adecuada, pero me dio la impresión de que tenía una expresión como de rencor.”

“¿Rencor? ¿Rencor por qué?”

“Tal vez porque Yuki lo regañó después de lo de ayer. Y quizás piense que fue por culpa nuestra que escapamos... ¿eh? Pero, ¿él sabe eso?”

“¿Lo sabe?”

“Debe saberlo.”

Sanae asintió.

“Es casi seguro. Porque el Kanda del pasado, o sea, usted, el señor Kanda B, se convertirá en el señor Kanda N dentro de tres días. Por eso pienso que el señor Kanda N conserva bien los recuerdos del Kanda B actual. Para el señor N, las acciones que hizo hace tres días son ahora las que se le han devuelto a su persona del presente. Y creo que él es muy consciente de eso.”

Kanda B levantó la mano y le mostró la palma a Sanae.

“Un momento. Esto ya se está volviendo confuso. Yo estoy en este momento aquí, y Kanda N también está aquí. Entonces, esto... ¿qué significa?”

“Sí, eso significa que usted volverá a su tiempo original. Y se convertirá en el señor Kanda N.”

“¿Y los recuerdos? Si regreso al pasado, ¿no me pasará como a este tipo, que perdió la memoria?”

“Usted es originalmente una persona del pasado. Si vino al futuro desde el pasado, y luego vuelve a su línea de tiempo original, el saldo es neutro. Así que probablemente conservará sus recuerdos. Ir del presente hacia el pasado es una violación del principio de causalidad temporal. Pero venir del pasado al presente solo convierte el futuro en algo incierto, y el futuro, por definición, ya es incierto, así que no hay problema. Si una persona del pasado regresa a su tiempo después de haber venido al presente, simplemente está volviendo a su eje temporal natural, por lo que quizás eso no distorsione los resultados. O, en todo caso, tal vez el hecho de que usted, el señor Kanda B, pierda sus recuerdos, sea algo que este 'tiempo' considera inconveniente. Son solo hipótesis, disculpen.”

“No tienes por qué disculparte, Hoshina. El problema es... ¿de quién es la culpa? ¿De Kanda N?”

Kanda B lo miró, y Kanda A encogió los hombros.

“Digamos que la culpa es de él. Así lo dejamos.”

“Pero él también soy yo, ¿no? O sea que al final nosotros tenemos la culpa.”

“No digas ‘nosotros’. Yo no tengo la culpa. Aún no he hecho nada. Aunque vaya a hacerlo más adelante, el yo de ahora es inocente.”

“¿Otra vez evadiendo responsabilidades? Eres un caso perdido.”

“¡Cállate, tú, colador de recuerdos!”

“¡Todo esto me pasó porque tú vas a hacer algo más adelante!”

“¡Cómo voy a encargarme también del futuro! ¡No me eches la culpa!”

Fufu.

Sanae se cubrió los labios con el puño cerrado, dejando escapar una risa que no pudo contener.

“Me parece muy divertido.”

“¿Qué te parece divertido?”, dijeron Kanda A y B, deteniendo el movimiento de sus brazos, que ya estaban a punto de agarrarse mutuamente, para mirar el rostro blanco de Sanae.

“Si me pasara algo como a ustedes dos, y me encontrara con otra yo, seguro pensaría que es una persona insoportablemente fastidiosa. Las personas tienden a apartar la vista de las partes de sí mismas que no les gustan. Si no lo hicieran, acabarían dañando su salud mental. Mirarse tal como uno es y aceptarse completamente es algo de gran valor. Solo alguien con un alma angelical o, por el contrario, alguien astutamente malicioso como un demonio, o alguien que simplemente no piensa en nada, podría hacerlo. Es lo normal.”

Y añadió, levantando su taza:

“Pelear también es una forma de comunicación. Cuando uno pelea, está intentando tener algún tipo de contacto con el otro. En cambio, cuando uno ni siquiera siente ganas de reaccionar ante el otro, es porque en realidad lo desprecia y lo considera inferior.”

Kanda A y B se miraron fijamente.

“¿Será cierto?”

“Quién sabe.”

“En fin”, dijo Sanae girando la taza entre sus manos.

“¿Qué es lo que está investigando el señor Kanda N? Creo que podría estar relacionado con Mitsuki-san o con Tōko-san. Si logramos observar y seguir los movimientos del señor N, quizás podamos resolver al menos uno de estos dos misterios.”

“La cosa de Oto Tōko... me suena a que podríamos dejarlo en manos de la policía”, dijo Kanda B.

“Claro que no. Si podemos ser de ayuda en algo, deberíamos hacer lo que podamos”, dijo Kanda A.

“¿Estás diciendo que a Mii la dejas de lado?”

“No dije eso. Eso lo investigaremos por nuestra cuenta. Pero ignorar un posible caso de secuestro, en el que tal vez yo sepa algo, me remuerde la conciencia.”

“Todavía no está confirmado que haya sido un secuestro, ¿o sí?”

“Al menos no parece que sea una simple niña perdida. Tengo ese presentimiento... estoy casi seguro...”

Kanda A se quedó a medias, y Kanda B se encogió de hombros. Aun así, podía leer con bastante claridad lo que sentía Kanda A. Él también tenía compasión por terceros sin relación directa. Por ejemplo, Mii. Aunque ella estaba demasiado cerca como para llamarla “extraña”, pensar que alguien la estaba haciendo llorar le revolvía el estómago. Si la chica llamada Oto Tōko estaba en una situación similar, seguramente sentiría lo mismo. Ese impulso en su interior... ¿acaso no es una reacción natural? ¿O es que simplemente quiere creerse una buena persona?

Mientras los dos Kenichirō Kanda pensaban en silencio, Sanae los observaba con una mirada como si mirara directamente al sol.

Sanae dijo que saldría a comprar los ingredientes para la cena, y esa vez fue Kanda A quien decidió acompañarla. Ante la insistencia de A, B comentó:

“Oye... bueno, está bien. Pero que no los vea nadie, ¿sí? Especialmente los de la escuela, mi mamá o alguien de la familia Umibihara.”

“Ya lo sé. Lo tendré presente.”

Se puso unos lentes oscuros baratos y un gorro tipo hanchin ladeado sobre la cabeza.

“¿Qué tal? ¿Crees que se note que soy yo?”

Más rápido que mirarse al espejo era preguntarle a sí mismo. Kanda B frunció el entrecejo.

“Yuki fue capaz de reconocermelo solo por la espalda. ¿Por qué no te dibujas un bigote? Con plumón. ¿Quieres que te lo haga yo?”

“No, gracias. Si se pone fea la cosa, diré que solo soy alguien que se le parece. Dicen que cada persona tiene tres dobles en el mundo.”

Tal vez hubiera sido mejor que se tratara de un doble, pensó Kanda B. Eso daría un desenlace mucho más lógico y realista. Sería mucho más fácil de explicar que hablar de viajes o saltos en el tiempo. Aunque la posibilidad de que tres personas idénticas coincidieran en la misma ciudad fuera astronómicamente baja, seguía siendo preferible a aceptar que estaban allí por algún fenómeno irreal estilo pseudopoderes. La diferencia era tan grande como entre la comida de Yuki y la de Sanae.

“Le encargo la casa mientras no estoy.”

Sanae hizo la petición con suma cortesía, y Kanda B respondió levantando una mano.

“Déjame a mí.”

Kanda A también hizo un encargo.

“Si dan alguna noticia sobre ese caso de secuestro en la tele, grábala. La cinta ya está puesta en la videocasetera.”

“Sí, sí. Pareces un fanático de los noticieros.”

“Y si puedes, graba todos los canales que estén dando algo. Si se empalman, graba uno y apunta lo que digan en el otro.”

“Qué tipo tan exigente. Está bien, ya lo entendí. Haré lo que pueda.”

En junio, el sol se pone tarde. Cuando Kanda A salió del cuarto junto a Sanae, la luz del sol poniente lo obligó a entrecerrar los ojos. El atardecer. La Tierra gira incansablemente alrededor del Sol y el tiempo sigue fluyendo. Y sin que el planeta haya empezado a girar en sentido contrario, él había viajado al pasado, y ahora iba a hacer las compras para la cena con una compañera de clase que apenas conocía pero que resultaba curiosamente amigable. Kanda A pensaba si algún día volvería su vida normal.

En el camino, Kanda A le preguntó a Sanae:

“Oye, Hoshina... ¿por qué eres tan buena con nosotros? Quiero decir, nos metimos de la nada a tu casa y...”

Mientras caminaba medio paso detrás de él con una canasta de compras colgada del brazo, Sanae respondió en voz baja:

“Porque es muy interesante. Extremadamente emocionante. Yo soy la única persona que ha interactuado con el tú del futuro, el tú del pasado y el tú del presente. Es una situación increíblemente rara. Desde un punto de vista intelectual, me siento muy afortunada de estar en esta situación.”

“¿No te estamos molestando?”

“No es ninguna molestia. Aunque quizás le pese a usted, yo lo estoy disfrutando. No hay ningún problema.”

“Pero aun así...”

“No entiendo qué le preocupa. No debería darle tantas vueltas. Creo que lo mejor sería que se relajara. Me haría un favor si lo hiciera.”

Si ella lo decía... Kanda A miró de reojo a su compañera de clase, cuya amabilidad estaba a tope. ¿Será que tiene los nervios insensibles, o que confía plenamente en que ellos no son peligrosos? ¿O tal vez sabe que con solo mencionar a Yuki, ellos se quedarán paralizados? Quién sabe...

Kanda A cambió de tema.

“...He estado pensando. Yo vine del día trece al día diez, ¿cierto? Y desde ayer, el futuro a partir del día diez se volvió incierto, y por eso mis recuerdos también se volvieron borrosos.”

“Esa fue mi suposición.”

“Entonces, ¿qué pasa con los recuerdos del día siete al diez? Solo viajé tres días al pasado. Pero los recuerdos que desaparecieron fueron seis días. No cuadra la cuenta. Además, ¿por qué solo el rostro y el nombre de Oto Tōko me resultan familiares? ¿Por qué no perdí la memoria por completo? Es algo que no puedo entender.”

Sanae respondió sin tomarse tiempo para pensar, como si ya tuviera preparada la respuesta.

“Al viajar de tu futuro al pasado, el futuro a partir del día diez se volvió cuántico. Pero el hecho de que tú hayas vivido ese futuro sigue siendo una experiencia real. Has percibido una de las infinitas posibilidades. Sin embargo, ese futuro cuántico se ha dispersado dentro de un rango tan vasto que, a tu nivel de percepción, no puedes recuperarlo por completo. Es como intentar encontrar una sola partícula de oro en medio de un desierto de cien hectáreas. Entre todo eso, la partícula de oro que quedó por casualidad fue, probablemente, Oto Tōko-san.”



Eso quiere decir que, entre los muchos futuros posibles, había uno en el que existía el elemento llamado Oto Tōko, y en ese futuro yo—Kenichirō Kanda—llegué a conocerla en algún momento, y algo de eso quedó grabado en alguna parte de mí. Y luego, cuando volví al pasado y vi esa noticia por casualidad, el yo actual—Kanda A—revivió apenas un fragmento de un recuerdo de un futuro aún no vivido, y sintió esa especie de déjà vu... ¿es eso lo que pasó? No lo entiendo. No tiene sentido. No me da la cabeza.

Kanda A solo expresó lo poco que creía haber entendido.

“¿Entonces también existe un futuro en el que nunca conocí a esa chica?”

“Como regresaste al pasado, el futuro a partir del día diez fue reiniciado. Cualquier futuro es posible ahora. Las posibilidades son infinitas.”

“Infinitas, huh...”

“Usted está saliendo con Yuki Umibihara, ¿cierto?”

“...Bueno, al menos Yuki parece pensar eso.”

“Y desde hace mucho tiempo.”

“Eso parece.”

“Por ahora, no hay señales de que haya problemas en su relación con Yuki. Pero eso no garantiza que esa relación continúe en el futuro sin romperse. Puede que usted se pelee con Umibihara-san, y llegue a formar una relación significativa conmigo. Usted y yo nos hemos encontrado así, cara a cara. Qué pasará más adelante aún no se ha decidido, ya que el futuro se encuentra disperso.”

Podía parecer una obviedad. Yuki había sido parte de su vida familiar desde antes de que tuviera conciencia. Era como el agua del grifo: siempre ahí, como si fuera natural. No podía ni imaginar un mundo en el que Yuki ya no existiera. Su relación era como la de un imán poderoso con una barra de hierro. Muchos de sus recuerdos estaban ligados a Yuki. Y seguramente seguiría así mientras su cuerpo aguantara.

Kanda A lanzó una mirada descarada al perfil de Sanae. Un rostro blanco, suave y sereno. Esa chica, cuyo rostro parecía tener una sonrisa como estado normal, tenía una expresión que hacía pensar que nunca en su vida había mostrado enfado. Viéndola bien, era bastante linda. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Estaban en la misma clase y nunca había reparado en ella. Kanda A se sintió avergonzado por ello. Aunque avergonzarse no servía de nada ahora, no podía evitar sentir algo de culpa.

“¿Tú no tienes novio?”

Como si hubiera notado su mirada, Sanae lo miró de reojo y respondió:

“No existe tal persona.”

“Hmm.”

No supo qué decir después. Cuando hablaba con Yuki, las palabras salían solas, una tras otra, pero en momentos así no se le ocurría nada. Tal vez por haber estado demasiado involucrado con esa chica violenta, ahora no sabía cómo tratar con una persona tranquila como Sanae.

Podría ser una oportunidad única en la vida.

“Primero compremos la carne. Vamos.”

Con un paso ligero y etéreo, como un alma flotante, Sanae se dirigió a la entrada del supermercado, y Kanda A la siguió.

No se dio cuenta de que Sanae no había respondido por completo a su pregunta... hasta mucho después—cuando se encontró completamente solo.

“Ah.”

Apenas habían salido del área de cajas, y Sanae se detuvo.

“Olvidé comprar algo. Lo siento, ¿podrías cuidar las bolsas mientras voy por ello?”

“Ah, sí, claro...”

“Te lo encargo.”

Le entregó a Kanda A una bolsa blanca llena hasta el tope y regresó al fondo del supermercado, como un pétalo arrastrado por una suave brisa.

Y justo en ese instante, cuando su figura casi desaparecía de la vista...

“¿Qué estás haciendo aquí, eh?”

Una voz familiar golpeó sus oídos, y Kanda A se giró por reflejo. Frente a él estaba un rostro conocido, el de Yuki Umibihara, con su expresión de siempre.

“¡¿Geh?!”

“Qué raro. Se supone que estabas en casa hasta hace nada. ¿Qué haces tan lejos? ¿Y esa facha? ¿Eso es lo que está de moda en tu cabeza o qué? ¿Acaso eres idiota?”

Yuki llevaba colgada al hombro una bolsa de deporte grande. Al verla, Kanda A recordó que cerca de ahí había un dōjō de artes marciales tradicionales al que Yuki asistía. ¡Rayos!

Se abrió una ventana invisible sobre la cabeza de Kanda A, y comenzaron a desfilarse opciones a toda velocidad. Opción 1: huir. Opción 2: pelear. Opción 3: explicar. Opción 4: hacerme pasar por Kanda N. Opción 5: ...

“¡¿Haaa!?”

Eligió una de las opciones más lejanas en la lista, justo la que le había comentado a Kanda B: hacerse pasar por un extraño parecido.

“Disculpe, pero creo que me está confundiendo con otra persona.”

Intentó hablar con voz grave y seria. Yuki frunció el ceño con fuerza.

“¡No te hagas el loco! Acabas de poner cara de ‘¡geh!’, ¿verdad? ¿A que sí?”

“No sé de qué me habla. No tengo el gusto de conocerla.”

“¿Tú en serio... crees que voy a confundir a otra persona contigo!?”

“Pues... si lo dice así, no sé qué más decirle. Estoy muy desconcertado.”

“¡Te voy a golpear!”

Los ojos de Yuki adoptaron esa expresión entrecerrada que indicaba que hablaba en serio, y soltó la bolsa de deporte. Al verla descender lentamente hacia el suelo, Kanda A pensó: *cuando toque el suelo, este será mi fin*. Apretó el abdomen anticipando el golpe.

Una voz salvadora llegó desde atrás.

“Es mi hermano.”

“¿¡Eh!?”

Yuki ya estaba por lanzarse cuando esa frase la detuvo en seco. Dio un paso en falso como si hubiera sido jalada desde el vacío. Kanda A giró el torso y miró hacia atrás.

Sanae, con un paquete de tofu en las manos, sonreía con dulzura.

“Este caballero es un familiar mío. Usted está equivocada. Aunque se parezca mucho a alguien que conoce, le aseguro que no tiene absolutamente nada que ver. Si lo observa bien, notará que hay pequeñas diferencias.”

Yuki se quedó con la boca abierta. Su mirada, que se había quedado fija en la sonrisa de Sanae, se deslizó lentamente de vuelta hacia Kanda A. Sus cejas se fruncieron.

Sanae colocó el paquete de tofu dentro de la bolsa del supermercado que llevaba Kanda A, y luego entrelazó su brazo con el izquierdo de él.

“Hermano. Tenemos que volver a casa. Nuestro otro hermano debe estar esperando impacientemente. Vámonos.”

“...A-ah, sí, claro.”

Sanae hizo una reverencia a Yuki y dijo:

“Se ha confundido de persona.”

Entonces tiró suavemente del brazo de Kanda A. Yuki murmuró:

“Eh... uh... ¿en serio?”

Miró fijamente a Kanda A con desconfianza, ladeó un poco la cabeza y dijo:

“Ahora que lo dices... puede que sí... sea un error...”

“Así es. Solo se parecen, pero no es la misma persona.”

“Uuh...”

Yuki guardó silencio. Al ver que sus ojos ya no mostraban intención de atacar, Kanda A soltó un suspiro en su interior. Por fin, Yuki desvió la mirada.

“...Perdón, me equivoqué.”

Recogió la bolsa que había dejado caer y se fue. Solo miró hacia atrás una vez, ladeando la cabeza mientras se alejaba. Kanda A pensó que, para tratarse de Yuki, se había retirado con bastante calma. Debía ser que la actuación de Sanae fue perfecta. Él solo no lo habría logrado.

“Fue... un poco divertido.”

A su izquierda, Sanae lo miraba desde abajo y sonreía.

“Es una chica encantadora. Hacen buena pareja.”

“¿Quién sabe?” Kanda A se encogió de hombros, y fue entonces cuando se dio cuenta de que Sanae aún tenía su brazo tomado. Justo cuando lo notó, ella se apartó suavemente y soltó una risita.

Cuando regresaron con las compras, encontraron a Kanda B tirado frente al televisor, con el control remoto en la mano y vestido de forma desaliñada. Al parecer, sí había cumplido con la tarea de grabar el noticiero.

“No hay avances en la investigación.”

Kanda B se incorporó un poco y reportó:

“La cinta fue una pérdida de tiempo. No hay nueva información, ni sospechosos, ni pistas sobre el paradero de Oto Tōko. El equipo de investigación empieza a mostrar signos de frustración.”

“...Ya veo.”

Kanda A respondió con frialdad. En el fondo, ya lo presentía. Tal vez era algo que su subconsciente intuía, pero sentía que no era un caso que se resolvería tan fácilmente. Solo esperaba que el destino de Oto Tōko no fuera el peor posible...

Sanae recibió la bolsa del supermercado de manos de Kanda A, se tambaleó un poco por el peso y dijo:

“Hoy habrá sukiyaki. ¿Cómo les gustaría el sabor?”

“Con más salsa de soya y poca azúcar”, dijo Kanda B.

“Entendido. Me gustaría que me diera cantidades más específicas, pero intentaré cocinarlo guiándome por una intuición flexible. Haré lo posible por mantenerme dentro de un margen de error aceptable. Si sienten que le falta algo, pueden ajustar la cantidad a su gusto.”

El sukiyaki que preparó Sanae, por alguna razón, resultó milagrosamente delicioso. Sabía a sukiyaki del futuro, como si fuera de dentro de cien años. Con lágrimas en los ojos, Kanda A y B no paraban de servirse más arroz. Era un platillo tan exquisito que hacía desaparecer de su mente cualquier palabra como “moderación” o “cortesía”.

“Enséñale a cocinar a Yuki algún día, por favor.”

Kanda B le pidió con toda seriedad a Sanae, sin dejar de mover los palillos.

“Yo también te lo ruego. Si puedes, enséñame a mí también. Cuando todo este caos termine.”

Dijo Kanda A, apartando con los palillos los de B que invadían su territorio en la mesa.

“Está bien.”

Sanae asintió con tranquilidad, mirando a los dos chicos que devoraban su comida casera como si estuviera viendo a sus nietos por primera vez. Cuando inclinó ligeramente la cabeza, en un ángulo que ellos no podían ver, un brillo diferente cruzó por sus ojos. Ninguno de los dos Kenichirō Kanda lo notó.

Después del baño, tal como la noche anterior, Sanae se sentó sin preocuparse demasiado con su pijama puesto frente a los Kanda A y B, quienes estaban en ropa interior y camiseta, cada uno tirado en el suelo del salón. Con una expresión completamente serena, sostuvo con ambas manos un vaso de té de cebada.

“Lo que me intriga es lo siguiente: ¿a cuál de los dos casos estará prestando atención Kanda N?”

“¿Casos?”

“Me refiero al caso de Mitsuki-san y al caso de Oto Tōko-san.”

“El de Mii aún no es un caso como tal, ¿no?” dijo Kanda A.

“Quizá tú te preocupas más por esa niña de primaria, pero a mí, honestamente, me importa más Mii que cualquier extraña. Seguro Kanda N también piensa así.”

“¿Y tú cómo sabes eso?”

“Porque es lo lógico. Sea secuestro o no, eso es trabajo de la policía. Quien debe preocuparse es la gente cercana a la niña. ¿Por qué ‘yo’ debería andar investigando eso?”

“No lo sé... Pero espera, Oto Tōko fue secuestrada el día ocho... ¡ah!”

Kanda A cayó en cuenta, y B también.

“¡Claro! Se supone que ‘yo’ pasé la noche fuera los días ocho y nueve, ¿no? Entonces, ¿eso significa que me convertí en el secuestrador en ese momento...?”

“¡Espera! No te adelantes. Aún no está confirmado...”

“Quiero creer que no... pero ¿y si no fue coincidencia?”

“¿Si no fue coincidencia, entonces qué?”

“...¿Tú lo que quieres es hacerme parecer el culpable?”

“¿Me permiten?”

Sanae sonrió dulcemente.

“Es una cuestión básica, pero... pensar que Kenichirō Kanda estuvo en este mundo durante los días ocho y nueve me resulta, desde mi punto de vista, algo bastante dudoso. ¿Por qué suponen que sí estaba?”

“Pues, porque lo normal sería que yo existiera también en ese momento.”

“Actualmente ustedes se encuentran bajo fenómenos que están muy lejos de lo normal. Que durante esos dos días no hayan existido en este mundo no me parece nada extraño.”

“¿En serio?”, pensaron los dos Kanda al mirarse entre sí.

“Que Kanda B esté aquí es prueba de ello. Si él saltó del día siete al diez y no ha regresado aún, entonces durante los días ocho y nueve, el ‘Kenichirō Kanda’ que debía existir simplemente no estaba en ninguna parte del universo. ¿No es así?”

“Eh... ¿de verdad...? Entonces espera, ¿yo a qué momento voy a regresar? ¿No era al siete?”

“No necesariamente. Sé con certeza que Kanda N estuvo presente ayer, así que es seguro que volvió en algún punto antes de la tarde del día diez, pero no puedo

precisar más. Tal vez volvió directamente al diez, o al ocho o nueve. Incluso podría haber regresado a algún punto anterior al siete.”

“¿No hay nada más concreto...?”

“Lo siento.”

Sanae bajó la cabeza, con su cabello negro húmedo cayéndole por los lados.

“Lo único que puedo hacer por ahora es suponer hasta ese nivel. Me avergüenza no poder ser de más ayuda.”

Al verla hablar así, con tanta tristeza, Kanda A y B se apresuraron a decir:

“No te preocupes en absoluto. Con que nos hayas dejado quedarnos aquí ya es más que suficiente, ¿cierto?, ¿cierto?”

“S-sí, por supuesto, desde luego, es lo mínimo. No tienes nada de qué disculparte, Sanae. Nada en absoluto.”

Sanae soltó una pequeña risa y dijo:

“Gracias. Que me digan eso me llena de gratitud hasta el punto de sentirme en deuda.”

Cada vez que Sanae hablaba, Kanda A y B sentían algo difícil de describir. Esta chica era perfecta como amortiguador emocional. Solo con tenerla delante, cualquier conflicto parecía ridículo. No querían hacerle sentir emociones negativas. Querían seguir viendo su rostro sonriente así, por siempre.

Tras una pausa, Kanda B habló:

“Pero dime una cosa: ¿por qué Kanda N no ha intentado acercarse a nosotros? Si está metido en algo, ¿no sería más fácil enfrentarlo los tres juntos?”

“¿No será que no sabe que nosotros estamos aquí en este momento?”

“¿Y por qué entonces, cuando ayer estábamos los dos en la habitación, no regresó a casa? Después de dejar a Mii, ¿adónde se fue sin volver? ¿Qué motivo tiene para eso?”

“Ni idea.”

“¿Y si intentamos contactar con Kanda N de forma indirecta mañana? Tal vez nos diga algo. No es posible que él esté completamente desconectado del fenómeno de su propio viaje en el tiempo. Kanda N debería saberlo. Tal vez incluso conozca toda la verdad.”

“Si la sabe, ¡que lo diga de una vez! Qué tipo tan desconsiderado.”

Sanae ladeó la cabeza suavemente.

“Seguramente tiene alguna razón para no hacerlo. Así como se necesita una razón para actuar, también hay razones para no actuar. Yo creo que ustedes, Kenichirō Kanda, merecen cierto reconocimiento por su capacidad de acción y de juicio. Lo normal sería caer en un estado de confusión total.”

Kanda A pensó que, bueno, en los primeros minutos sí habían entrado bastante en pánico. Al mirar a Kanda B, vio que también él parecía sorprendido de haber sido elogiado. Ayer, cuando se encontraron por primera vez en su habitación, fue B quien se calmó primero, pero seguramente también se había alterado bastante. Después de todo, si él mismo lo había hecho, no había forma de que el otro no.

Al menos ese nivel de autoevaluación sí lo tenía Kanda A. Lo de la “capacidad de acción”... eso ya era otra historia.

Interceptor 5

El mundo es finito; no existe nada verdaderamente infinito en este mundo. Y aunque algo así existiera, su concepto sería imposible de percibir para el ser humano. En el instante en que uno reconoce un objeto como “infinito”, ese objeto queda definido dentro del marco del propio término “infinito”. Todo concepto susceptible de ser percibido está, por el hecho mismo de poder ser reconocido, limitado: es, por tanto, finito. El ser humano no puede percibir realmente el concepto de “infinito”. Todo en este mundo tiene un límite. No hay forma de escapar de esa atadura. Ni siquiera el fluir del tiempo.

Todo fenómeno tiene un principio que lo origina, y una conclusión que lo define al llegar a su fin.

Sea por obra de la naturaleza... o por intervención deliberada.

Capítulo 5

12 de junio, por la mañana.

A estas alturas, lo que más les inquietaba era Kanda N. Si lograban entender sus movimientos, Kanda A y B podrían tener al fin una base sobre la cual decidir cómo actuar.

Mientras comían un desayuno tradicional japonés preparado por Sanae, ambos le pidieron que observara si Kanda N estaba asistiendo normalmente a clases o si volvía a escaparse. Sanae aceptó encantada:

“Les llamaré desde mi teléfono celular mientras esté en la escuela. Casi nadie llama a esta casa, así que pueden contestar con total tranquilidad. Si el teléfono suena, es cien por ciento seguro que soy yo.”

Dicho en un tono que sonaba algo solitario.

“Entonces, me voy a la escuela. Les encargo la casa.”

“¡Que te vaya bien!”, respondieron a coro Kanda A y B al verla salir.

Lo único que podían hacer era esperar... o lavar los trastes. Una vez que limpiaron los platos y los metieron al lavavajillas, se quedaron completamente sin tareas.

“¿Qué estamos haciendo con nuestras vidas... en casa ajena?”

“Comiendo gratis y hasta recibiendo propina. Parecemos los maridos mantenidos de una peluquera.”

“¿Tanto así? No, esto ya es ser unos mantenidos. Parásitos.”

“No podemos quedarnos aquí para siempre. Algún día tendremos que irnos.”

“Cuando llegue el momento, nos metemos a casa de mis papás. Decimos que en realidad éramos trillizos, pero el obstetra era un torpe y nos mezcló con otras familias. ¿Qué tal?”

“Ni los mangas cómicos usan historias tan malas hoy en día. Mejor jugamos a un todo o nada por el puesto de hijo mayor en la familia Kanda.”
“¿Qué tal si ensayamos una vida de tres personas en un solo papel?”

Kanda A encendió la televisión como ya era costumbre, cambiando frenéticamente de canal para ver si había alguna noticia sobre Oto Tōko. Kanda B lo miraba con una mezcla de resignación y lástima desde el sofá, donde se había recostado. Esa sala era realmente cómoda. Le gustaría volver algún día sin que hubiera circunstancias tan extrañas. Si podía, evitando que Yuki lo notara.

“Hey.”

Kanda B rompió el silencio de treinta minutos. Habló desde su posición recostada:

“Es sobre Sanae. ¿Qué opinas de ella?”

“¿De qué hablas?”

Kanda A lanzó el control remoto. Ya no era hora de noticieros en ningún canal. Lo único que daban eran programas suaves para amas de casa o repeticiones de dramas de mediodía.

“¿No crees que es una chica genial?” preguntó Kanda B de nuevo.
“Por supuesto que lo creo”, respondió Kanda A sin dudar.

Kanda B insistió:

“En ese caso... ¿por qué no te cambias de bando y dejas a Yuki?”

Kanda A soltó una risa por la nariz.

“Buena idea. Para ser tú, eso fue brillante.”

Ambos sabían que era una broma. Si no lo fuera, ninguno se atrevería a decirlo. Aunque fueran la misma persona, no lo dirían. No podrían.

Kanda B continuó:

“Dado que tú eres ‘mi yo del futuro’, solo lo estoy proponiendo. Al final, lo que tú hagas ahora podría cambiar mi futuro también.”

“Si vas a decir eso, entonces haz tú algo al respecto. Vuelve a tu pasado y aprende de esto. Dale a Yuki su merecido y termina con ella. Yo no puedo. Un trauma de costillas rotas no se cura fácil.”

“Ni yo podría hacerlo. Si hubiera podido, ya lo habría hecho.”

“Hablas como si realmente lo hubieras considerado.”

“Bueno, tú tampoco estás tan decidido.”

Una conversación trivial. Pero considerando que hasta ahora cada charla entre ellos terminaba casi en una pelea a muerte, era evidente que en estos dos días ambos Kenichirō Kanda habían aprendido algo.

“Qué lenta está esa llamada...”

“Recién terminó la primera hora de clases. Tranquilo.”

“Estoy tranquilo. Solo estoy aburrido.”

“Ya veo.”

Mientras miraban un programa de variedades para amas de casa que ni siquiera querían ver, Kanda A rompió el silencio otra vez:

“Quería preguntarte algo.”

“¿Qué cosa?”

Kanda A se acomodó para mirar a Kanda B y le dijo:

“Tú viniste del día siete al diez, ¿cierto? ¿Esperabas encontrarte contigo mismo? Si saltaste del siete al diez, entonces no deberías haber estado ni en el ocho ni en el nueve... ni siquiera en el mismo diez. No hay presente ni futuro para ti. Deberías ser el único tú. ¿Por qué esperabas ver al ‘yo del diez’?”

El razonamiento de Kanda A era el siguiente:

Al viajar del siete al diez, en el momento exacto del salto, Kenichirō Kanda desaparece temporalmente del mundo. Cuando llega al diez, vuelve a aparecer. Pero en ningún momento debería haber dos versiones de sí mismo. Si viaja hacia el futuro, no debería haber duplicados.

Solo si alguien viene del futuro al pasado es posible un encuentro entre dos versiones de uno mismo. Pero eso también es problemático. Si el yo del pasado se encuentra con su yo futuro, eventualmente tendrá que repetir ese proceso y viajar al pasado. Sería un bucle sin fin: pasado → futuro → pasado, repitiéndose eternamente. Y eso significaría que ya no habría ninguna versión de sí mismo más allá del trece...

Kanda B puso cara de que se daba cuenta de eso por primera vez.

“Eso es... espera, ¿por qué era, exactamente? Ahora que lo mencionas... ah, sí, había un manga de un robot con forma de gato que tenía una historia parecida. Iban al futuro con una máquina del tiempo, traían a su ‘yo’ del futuro y regresaban al presente con él. Supongo que pensé en algo así.”

“Ah, ya me acordé. Lo leí cuando era un crío. ¿En qué tomo salía eso?”

“No me acuerdo hasta ese punto... Bueno, eso da igual. Lo que importa es que, aunque abra el cajón de mi cuarto, no va a haber una máquina del tiempo esperándome. ¿Cómo se supone que voy a volver, eh?”

“Según lo que dijo Hoshina... ¿era algo de habilidades EMP? Si de verdad tengo ese superpoder, esa capacidad de moverme en el tiempo, y por eso terminé así, entonces quizás en algún momento vuelva a activarse de pronto, *¡bwaaah!*, y me regrese a mi época.”

“Como si fuera una máquina del tiempo en tiempo real... Pero ¿de qué sirve eso? O sea, tú viniste desde el futuro, y estás como si nada, como un tonto de palo. Si ni siquiera tienes recuerdos, ¿de qué sirve regresar al pasado? Solo sería una boca más que alimentar.”

“No me lo digas...”

Kanda A bajó la mirada hacia su muñeca izquierda. La pantalla del reloj digital marcaba el 15 de junio. El día actual era el 12 de junio. El tiempo del que venía era el 13 de junio. O sea, mañana.

“¿Eh?”

Espera un momento, pensó Kanda A, con una sensación de mareo en la cabeza. Se supone que vine del 13. Entonces... ¿qué pasa cuando llegue de nuevo el 13, justo a la hora en la que hice el salto temporal? ¿Qué me pasará a mí, el que ahora está aquí? ¿Acaso volveré a saltar al 10? Eso sería un bucle eterno. No... si yo llego a ese punto otra vez, ¿qué pasa con Kanda B y Kanda N? ¿Se quedan ambos existiendo más allá del 13? No puede ser. Si Kanda N está aquí, eso quiere decir que Kanda B regresó al pasado...

Mientras Kanda A giraba con esfuerzo el resorte oxidado de su cerebro, Kanda B comentaba con total calma:

“Si ya no hay forma de volver, ni modo. Vamos con la historia de que somos trillizos. Nos aferramos al cariño de nuestros padres.”

“No sé si estén muy contentos con otro hijo inútil más...”

Respondió Kanda A, distraído. Pero en ese momento, un sonido interrumpió sus pensamientos y tapó incluso el audio de la televisión. **RRRRRRR**. Era el tono de llamada del teléfono inalámbrico, colocado junto al televisor.

Kanda B se levantó y contestó. Kanda A se acercó de inmediato y se puso casi a la par, tan cerca que sus orejas casi se tocaban.

—Sobre Kanda N —dijo Sanae con su tono habitual—. Esta mañana estuvo en clase. Pero en cuanto terminó la primera hora, se retiró discretamente y salió de la escuela sin que nadie lo notara. En este momento va camino a la estación. Yo lo estoy siguiendo a unos 150 metros de distancia.

Se escuchaba por el fondo el anuncio de un trabajador de estación.

“¿Se salió de la escuela? ¿Adónde planea ir?”

“Seguro al mismo lugar de ayer.”

“Vamos tras él. La estación está cerca. Si salimos ahora, lo alcanzamos.”

“Sí. No hay razón para quedarnos aquí.”

En la mente de Kanda A apareció la imagen de un edificio reciente: el departamento embrujado. El extraño inmueble que, según decían, había despertado el interés de Kanda N. Con solo recordarlo, le recorrió un escalofrío por la espalda. Como si una voz de rechazo le retumbara directamente en lo más profundo del cráneo. Tal vez sí era un fantasma. Si ya existen los saltos en el tiempo, los fantasmas tampoco deberían sorprender.

Acordaron encontrarse con Sanae junto al gran reloj que estaba justo pasando los torniquetes de la estación. Dejaron el teléfono y salieron a toda prisa hacia la entrada.

Sanae, al reconocerlos, alzó una mano y les sonrió. Kanda A y B iban vestidos como el día anterior: A con boina y lentes oscuros; B con gorra de béisbol y gafas de pasta gruesa. Como tenían la misma estatura y complexión, no parecían tanto disfrazados como dos versiones diferentes del mismo look. Las camisas y los pantalones de algodón eran iguales, solo variaban en color.

“¿Y él?”

Al escuchar la pregunta de Kanda B, Sanae respondió:

“Sigue en el andén. Parece que no alcanzó el tren por unos segundos. El siguiente llega en treinta segundos.”

“Vamos.”

Kanda A tomó la delantera. Sabía con certeza en qué andén estaba Kanda N. Bajaron corriendo por las escaleras, y sí: allí estaba. Uniforme puesto, maletín colgando, de pie junto a la línea blanca, con expresión ausente. Era la misma escena que Kanda A había visto el día anterior.

Se ubicaron en el extremo opuesto del andén, y desde allí los tres observaron al tercer Kenichirō Kanda. Kanda B, que lo veía por primera vez, no podía evitar mirarlo descaradamente.

“No lo mires tanto. ¿Y si se da cuenta?”

Quien respondió no fue B, sino Sanae:

“No pasará nada.”

Los dos se quedaron mirándola. Con su rostro blanco y su suave sonrisa, Sanae dijo:

“El Kanda que está allí o sabe que lo estamos siguiendo o no lo sabe. Pero en este caso, da igual. Si Kanda N es la versión futura de Kanda B, entonces él ya sabe que estamos aquí. Si lo sabe y se comporta como si no se diera cuenta, es porque cuando él estaba en la misma posición que Kanda B, es decir, en su pasado, no tuvo contacto con nosotros en este momento. Por eso, ahora que es Kanda N, no puede tener contacto con nosotros sin alterar su pasado.”

Sanae hablaba de estas cosas con una vivacidad muy particular.

“Por otro lado, si no lo sabe, entonces puede que no sea Kanda B... o, como tú mismo, Kanda A, puede que haya perdido parte de su memoria. En ese caso, como no tiene que preocuparse por su pasado, puede notarnos y contactarnos, y solo cambiaría el futuro. En esta línea temporal, al menos, el único que tiene libertad total es Kanda N.”

“Eh... o sea...”

Kanda A se tocó la frente con el dedo.

“O sea, si yo voy ahora con él y le digo ‘qué onda’, no pasaría nada, ¿no?”

“Kanda N no tendría problema. Pero tú sí podrías.”

“¿Por qué?”

“Para ti, este momento es presente... pero también pasado. Tú viniste desde el futuro por algo que ocurrió el día 13. Si alteras algo entre el 10 y el 13 que evite esa causa, tal vez nunca termines viajando al pasado. Se generaría una paradoja.”

Kanda B intervino.

“Pero oye, ¿no dijiste tú, Hoshina, que cuando uno viaja al pasado, el futuro se vuelve incierto? Lo dijiste anteayer, ¿no?”

“No es que desaparezca, solo se dispersa. Además, eso también es solo una hipótesis, no es algo confirmado. Lo siento.”

El tren llegó levantando una ráfaga de viento. Las puertas del vagón marrón chocolate se abrieron con suavidad, y los pasajeros comenzaron a entrar y salir. Mientras observaban la espalda de Kanda N, los tres subieron tres vagones más atrás. Como era una hora intermedia, no había muchos pasajeros.

“Dos días seguidos faltando a clases... ¿acaso ya me di por vencido con lo de la universidad? ¿Y mis méritos internos qué? ¿Quién me los va a devolver?”

Kanda B refunfuñaba, molesto. Kanda A pensaba lo mismo, pero en ese momento no tenía cabeza para palabras. ¿A dónde se dirigía Kanda N? Si iba al edificio embrujado, ¿qué motivo tendría? ¿Cuál era su objetivo? La inquietud lo invadía. Tal vez fue precisamente por involucrarse con ese edificio que empezó a saltar en el tiempo...

“¿No quieres sentarte?”

La voz de Sanae lo trajo de vuelta a la realidad. Señaló con el dedo un asiento y le sonrió con una expresión que parecía indicar que no existía nada inquietante en este mundo. Una sonrisa que casi lograba apaciguar el alma.

Kanda A y B se dejaron caer en el asiento rojo oscuro, uno a cada lado de Sanae. Estirando el cuello, lograban ver a Kanda N parado, agarrado del pasamanos, a través de varios cristales.

Solo hicieron un transbordo, el mismo que el día anterior. Kanda N parecía dirigirse, otra vez, al mismo lugar. Durante todo el trayecto, no miró ni una vez hacia atrás. Solo observaba al frente. No sabían si lo hacía a propósito o si era mera coincidencia.

Unos quince minutos después, bajaron en una estación cuyo nombre Kanda B conocía, pero en la que nunca había descendido. A su lado estaba Sanae, y más allá de su cabeza, el rostro con gafas oscuras de Kanda A, mostrando una expresión complicada. Cuando cruzaron la mirada, este dijo:

“Definitivamente va hacia allí.”

“El edificio embrujado, ¿eh? ¿No tienes un nombre más decente para eso?”

“¿Y tú cómo lo llamarías?”

“Eh... bueno... pues...”

“¡Se te acabó el tiempo! Adiós.”

“Vaya, ni siquiera me dejas pensar. Seguro tienes que decir algo más acertado que tú.”

“Ya cállate.”

Kanda A se ajustó las gafas golpeando el puente con el dedo. Como eran baratas, la sensación al usarlas era pésima.

Kanda N, aún con su uniforme escolar, dobló la esquina hacia una zona industrial. Los tres lo seguían a unos cientos de metros. Tal vez tres personas siguiéndolo era demasiado, pero nadie dijo nada. Kanda A y B ni lo pensaron, y aunque Sanae quizás lo notó, no lo mencionó. Tal vez simplemente disfrutaba de andar en grupo. De hecho, sonreía alegremente todo el camino. Si esto fuera solo un juego de detectives estaría bien. Pero

para Kanda A y B no era un juego, ni algo ajeno. No podían disfrutarlo. Estaban siguiéndose a sí mismos. Aunque sonara a broma, no daba risa. Y como ellos eran los protagonistas de esa broma, menos aún. Tal vez por eso Sanae se reía.

Kanda N no se daba la vuelta, ni mostraba señales de haber notado que lo seguían. Caminaba tranquilo, sin apurarse. Kanda A no apartaba la vista de su espalda, siguiendo un camino ya conocido desde el día anterior. Kanda B, que caminaba por primera vez por esa zona, iba mirando a su alrededor mientras lo seguía.

“Ya casi llegamos”, murmuró Kanda A.

A lo lejos, Kanda N se detuvo. Y justo allí estaba el mismo edificio blanco de departamentos en renta. Kanda N se había detenido en la misma esquina que el día anterior.

Los tres, incluyendo a Sanae, se ocultaron a medias tras un árbol algo alejado de los arbustos donde Kanda A se había escondido el día anterior.

“¿Qué tiene de aterrador ese edificio? ¡Si se ve recién construido!”

Kanda B miró a Kanda A con sospecha.

“No es que dé miedo. Tampoco es que haya visto un fantasma. Es difícil de explicar. Simplemente... no se puede entrar. Sientes como si una voz te advirtiera que no lo hagas... aunque en realidad no escuchas nada.”

“¿Y eso qué tiene de paranormal?”

“¿Kanda N ha estado ahí todo este tiempo?”, preguntó Sanae.

“No, también ha estado dando vueltas por los alrededores. Es raro. Parecía evitar acercarse demasiado, pero al mismo tiempo daba la impresión de estar esperando a alguien. Aunque al final se fue como si nada...”

“¿Conoces a alguien que viva ahí? Yo no. Aunque quizás, como soy del pasado, aún no lo he conocido. Tal vez tú o N sí lo conocen.”

“Ni idea.”

“¿No te acuerdas nada?”

“Eso sí... es verdad.”

Sanae, con el dedo índice en el labio inferior, comentó:

“Puedo hacerme una idea de qué está investigando Kanda N.”

Sonrió.

“Debe ser algo relacionado con Mitsuki o con Oto Tōko. Creo que, en ese edificio, vive alguien vinculado con al menos uno de esos dos casos. Lo que quiere decir...”

Sanae se detuvo, y movió su rostro sereno de un lado a otro, mirando a Kanda A y B por igual. Siempre hacía eso: asegurarse de verlos a ambos con el mismo tiempo y atención, como si tratara de no ser injusta con ninguno.

Tras mirar a ambos por igual, Sanae concluyó:

“El culpable está allí.”

Por un instante, Kanda A y B pensaron que no habían oído bien. Luego entendieron, y al comprenderlo, quedaron completamente sobrecogidos.

“¿El culpable?”

Kanda B abrió mucho los ojos.

“¿Culpable de qué?”, preguntó Kanda A, abriendo la boca.

“Por supuesto”, dijo Sanae con una sonrisa apenas temblorosa, “me refiero al culpable que hizo llorar a Mitsuki-san, o bien, al culpable del secuestro de Oto Tōko-san.”

“Pero ¿cómo sabe Kanda N dónde vive ese culpable? ¿Lo descubrió por su cuenta?”, preguntó Kanda A, quien pensaba en el secuestrador como el culpable.

“Eso...”, murmuró Sanae, bajando la vista con un gesto apenado.

“¿No será que se lo contó Mii?”, aventuró Kanda B, refiriéndose con ‘culpable’ a alguien que le hizo daño a Mitsuki.

“Tal vez alguien que vive en ese edificio le hizo algo horrible a Mii. Seguro es eso.”

“Esa posibilidad también existe.”

Sanae miró a ambos Kenichirō Kanda con la mirada alzada. La sonrisa había vuelto. Recién entonces, Kanda A y B notaron que esa sonrisa era el gesto básico de Sanae. Era su expresión por defecto. Incluso si se enterara de que el planeta se partirá en dos mañana, probablemente pondría cara de ligera preocupación por un momento... y luego volvería a esa sonrisa.

Kanda B dijo:

“¿Y si se lo contó Mii? ¿Recuerdas lo que dijo Yuki el día diez, cuando nos vimos por primera vez? Que Kanda N metió a Mii bajo su paraguas y regresó con ella. Si hablaron en el camino y ella le dijo algo, todo encajaría, ¿no?”

Kanda A frunció el ceño.

“¿Y si le pasó algo? ¿De verdad crees que Mii diría algo así tan a la ligera? ¿Y además, justo a mí? No, eso suena raro... A ver, tú fuiste a verla, ¿no? ¿No fue que no te quiso contar nada?”

Kanda B se quedó callado.

Cierto. Mitsuki, enredada en su cama como una tortuga, había asentido cuando él le preguntó si era algo que no podía contarle a nadie. Lo que significaba que probablemente tampoco le había dicho nada a Kanda N. Sin embargo...

“Aun así, suena más lógico que esté investigando lo de Mii que lo de Oto Tōko. ¿Qué necesidad tendría de investigar eso? Además, ¿cómo iba a descubrir algo que ni siquiera la policía ha podido resolver? ¿Qué podría averiguar ‘yo’, siendo solo un tipo común?”

“Tal vez se enteró por casualidad.”

“¿Por casualidad? ¿Qué clase de casualidad sería esa? Bueno... incluso si le doy el beneficio de la duda, lo lógico sería reportarlo a la policía de inmediato. ¿Qué piensa hacer él solo?”

“Tal vez quiere jugar al héroe. Querrá hacer el papel del adolescente valiente que rescata a la chica secuestrada.”

“¿Tú harías algo así? Porque yo paso.”

“Yo también paso. Y para empezar, no creo que algo tan grande le saliera bien.”

“¿Verdad? Y como Kanda N también soy ‘yo’, debe pensar igual. Así que probablemente esto no tiene nada que ver con el secuestro.”

“Quién sabe...”

Al mirar a Sanae, ella observaba el edificio con una expresión un poco más seria. Tan leve, que si uno no estuviera acostumbrado a su sonrisa natural, ni siquiera lo habría notado.

Su rostro pálido, con una sonrisa reducida apenas en un cinco por ciento, se volvió hacia Kanda A, y parpadeó.

“Alguien ha salido.”

“¿Eh?”

“Del edificio. Pero es extraño. Muy extraño. Hay fenómenos inexplicables desbordando por los alrededores de ese edificio.”

Kanda A y B enfocaron su atención en la entrada del edificio.

“¿Ah?”

“¿Qué es eso?”

Los dos Kanda al unísono pusieron cara de asombro. Lo que estaban viendo escapaba a su capacidad de descripción.

Varias siluetas humanas salieron del edificio. Pero no eran personas como tales. Eran algo que solo podía describirse como “alguien”. Algo así como sombras sin color. Apenas si se distinguía que tenían forma humana. Los rasgos faciales, la altura, incluso el ancho del cuerpo, eran difusos, casi inidentificables. Cuanto más intentaban enfocar la vista, más se desdibujaban.

Era como cuando uno intenta ver una basurita en el ojo y esta se desliza fuera del campo de visión. Así, no lograban captar bien esas siluetas. Fue solo gracias a la advertencia de Sanae que lograron darse cuenta de que ahí había... algo que se parecía vagamente a un ser humano.

“El *Image Scrambler* está en funcionamiento. Es una habilidad que, dentro de cierto rango, hace que la información corporal de determinadas personas sea reconocida de forma errónea. Esa habilidad impide que otros capten cualquier tipo de información óptica de quienes se encuentran bajo su efecto. Ni siquiera yo puedo distinguir los rasgos de esas personas.”

“¿Image... qué?”

“Es un tipo de habilidad EMP. Genera un campo mediante percepción extrasensorial, que interfiere intencionadamente con la percepción externa de la apariencia de quienes están dentro del campo. Es una habilidad llamada *Image Scrambler*. El campo, conocido como *IS Field*, actúa con una fuerza considerable, cubriendo un radio de varios cientos de metros.”

“...No lo entiendo del todo, pero ¿eso es lo que son esas personas medio invisibles?”

“Nuestros ojos sí captan los datos de sus cuerpos en la retina. Pero la información que llega a través del nervio óptico es bloqueada para que el

cerebro no pueda procesarla. Deben estar aplicando un tipo de enmascaramiento parcial. Esa es la verdadera identidad de esos señores intransparentes.”

“Ya veo... con razón.”

Kanda A asintió. En el caso del secuestro de Oto Tōko, los testimonios oculares no tenían ni un ápice de credibilidad, y era por eso. Los culpables debieron haber usado esa habilidad también en ese momento. Así no había forma de que alguien pudiera describir a los sospechosos. Eran humanos, sí, pero no se podía decir absolutamente nada sobre sus características.

“Vaya forma de entenderlo, Hoshina.”

“Como siempre, es solo una hipótesis.”

“Ya eso es impresionante. Eres lista.”

“La inteligencia y el conocimiento no son lo mismo. No importa cuánta información se posea: sin un sistema para procesarla, uno no es más que un simple dispositivo de almacenamiento. Lo importante no es acumular datos sin propósito, sino cómo se procesan y qué resultado se obtiene.”

“Y en este caso, ¿qué se supone que debemos sacar como resultado?”

“Idiota, precisamente por eso hay que pensar.”

“Pero al menos ya quedó claro.”

Kanda A habló con firmeza. Este era el momento de afirmarlo sin titubeos. No había duda alguna.

“Ellos son los secuestradores. Lo que significa que Kanda N ha estado saliendo ayer y hoy para investigar el caso de Oto Tōko. ¿Qué tal? ¡Tenía razón!”

“No presumas. Si de verdad fueras tú mismo, deberías haberlo sabido desde el principio. Pero como un tonto lo olvidaste, acabamos en esta situación. ¡Reflexiona!”



Kanda A no respondió. Si hacer autocrítica hiciera volver la memoria, lo haría las veces que fuera. Pero no sabía ni siquiera qué debía reflexionar. No se puede reflexionar sobre algo que no se comprende. Por eso no reflexionó. Así que dijo otra cosa:

“Eso sí que es útil. Puedes atracar un banco sin máscara.”

“Sí. Muchas habilidades EMP son ideales para el crimen.”

Sanae bajó aún más el volumen de su ya suave voz, con un tono melancólico.

“Ah, claro. Por eso hay que mantenerlos encerrados, ¿no?”

“Exactamente. Entre los usuarios de habilidades EMP hay la misma proporción de personas malintencionadas que en el resto del mundo.”

“Con razón los policías comunes no podrían hacer nada.”

“No es solo eso. Incluso si alguien con una habilidad EMP—por ejemplo, alguien que puede manipular objetos a distancia—hiciera que el corazón de alguien se detuviera desde lejos de forma intencional, no podría procesarse como un caso criminal.”

“¿Porque no deja pruebas?”

“Incluso si las dejara. Aún no existen leyes que regulen el uso de habilidades EMP. Y sin leyes que lo contemplen, no se puede juzgar como ilegal. Así que no se puede hacer nada.”

Kanda B murmuró con rabia contenida:

“Entonces pueden hacer lo que les dé la gana. ¿Por qué no hacen una ley o lo que sea de una vez?”

“De cara al público”, dijo Sanae bajando la mirada, “las habilidades EMP oficialmente ‘no existen’. Por eso no hay leyes sobre ellas.”

“Qué locura... ¿Entonces esos tipos pueden hacer fechorías como si nada?”

“Claro que no todos son malos. Los malintencionados son una minoría. El verdadero problema es otro grupo: aquellos que, aunque actuando con buenas intenciones, están a punto de usar sus habilidades abiertamente.”

“¿Buenas intenciones?”

“Me refiero a quienes desean utilizar su poder especial para ayudar al mundo. No están completamente equivocados, por eso mismo hay muchos usuarios de EMP que simpatizan con esa idea bajo la superficie.”

“Suena como algo bueno. ¿Pero no está bien?”

“No está mal. Pero ellos se están precipitando. Para que las habilidades EMP lleguen a ser comunes, aún se necesita una acumulación considerable de tiempo.”

Por qué Sanae sabía todo eso, en ese momento Kenichirō Kanda no se lo cuestionó. O más bien, no tuvo tiempo de hacerlo. Había algo más que requería toda su atención.

Las figuras misteriosas frente al edificio comenzaron a moverse.

Parecía que el último de ellos acababa de salir del vestíbulo. Llevaba algo consigo. Un bulto visiblemente voluminoso. Como una enorme maleta con ruedas, el tipo que uno usaría para viajar al extranjero. Parecía que estaba repleta hasta el tope. Tanto, que daba la impresión de que podría haber una persona pequeña dentro.

“Oye...”

“Sí.”

Mientras Kanda A y B se daban codazos, desde la esquina de la calle apareció deslizándose una figura borrosa y grande que se detuvo con suavidad. Era más o menos del tamaño de una furgoneta, eso al menos podía notarse, pero no estaba claro si realmente era un vehículo. Aunque si afinabas el oído, sí se oía algo como el motor de gasolina arrastrado por el viento. No podían asegurarlo, pero parecía un coche.

Las figuras borrosas que salieron del edificio fantasma fueron subiendo una a una al vehículo, como si fueran un espejismo. Pudo contarse que eran seis en total. Pero su aspecto, la forma del vehículo, su color, la marca, la matrícula... nada se podía distinguir. Era como si fuera un coche fantasma. Como si los cerebros de Kanda A y B se negaran a descifrar lo que sus retinas captaban. Como si la imagen captada se viera forzada a pasar por un filtro de camuflaje antes de llegar a su cabeza. Era frustrante.

“Así no hay forma de saber quiénes son esos tipos.”

“Podríamos investigar quién rentó ese apartamento... Pero seguro usaron identidades falsas.”

“Vamos tras ellos.”

“¿Cómo?”

El sonido del escape creció. El vehículo borroso se puso en marcha y se alejó rápidamente en dirección opuesta.

Kanda A miró a ambos lados de la calle, nervioso:

“¿Dónde hay un taxi? Tenemos que seguirlos.”

“No va a pasar uno justo ahora, hombre...”

“Entonces, ¿por qué Kanda N está ahí parado sin hacer nada? Debería ser él quien los siguiera, ¿no?”

“Yo tampoco entiendo lo que pasa por su cabeza. Menos que tú incluso.”

Kanda N seguía en el mismo lugar, sin moverse, observando la trayectoria del vehículo con calma. No parecía alterado en lo más mínimo. De hecho, su serenidad daba la impresión de que él sí podía ver el vehículo con claridad. Pero desde lejos, era imposible confirmarlo.

Kanda A tuvo un mal presentimiento. Se llevó una mano a la espalda y dijo:

“Oye, escóndanse. Rápido. Va a venir hacia aquí.”

“¿Qué demonios estamos haciendo...?”

Mientras se reía entre dientes, Sanae se agachó bajo los árboles, y Kanda A y B la imitaron. Kanda B, con la cabeza baja, murmuró:

“¿Y si llamamos a la policía?”

“Baja la voz. Cállate.”

Kanda A le empujó la cabeza hacia abajo y miró por entre las hojas. Conteniendo la respiración, los tres observaron cómo Kanda N pasaba caminando frente a ellos con paso tranquilo. No corría ni parecía apurado, como si solo saliera de madrugada a comprar pan dulce en una tienda de conveniencia.

Esperaron un minuto, luego Kanda A se incorporó y salió de entre los árboles. Kanda B y Sanae lo siguieron. Kanda B tenía el ceño fruncido. Le molestaba sentir que Kanda A, que era exactamente igual a él, tomaba el control de todo. Era desagradable ser dirigido por alguien con su misma cara.

“¿Lo seguimos?”

Preguntó Kanda B. Kanda A miró en dirección al coche que se había desvanecido y luego a donde se alejaba Kanda N:

“El coche ya no podemos alcanzarlo. Si vamos tras alguien, es tras N.”

“¿No deberíamos llamar al 110?”

Sugirió Kanda B. Kanda A se encogió de hombros.

“¿Y cómo se supone que vamos a denunciar esto? Solo podemos decir algo como: ‘Unos sujetos que parecen humanos pero que no se ven bien, probablemente humanos, se llevaron a Oto Tōko a algún lado...’. Si nos preguntan cómo eran, no podremos responder. ¿Y cómo explicamos lo nuestro? ‘Venimos del pasado y del futuro’, ¿y qué policía va a creernos?”

“Hmph. Llamamos de forma anónima. Da igual quiénes seamos. Es muy probable que Oto Tōko haya estado retenida en ese edificio. Con solo eso, basta.”

Kanda A no tuvo más remedio que asentir. Tenía sentido hacer al menos eso. Incluso si la policía no lo tomaba en serio, sería su responsabilidad. Ellos, como ciudadanos, habrían cumplido con su deber. Evaluar e investigar era trabajo de la policía.

“¿Quieren que llame yo?”

Sanae habló con voz discreta.

“Lo haré desde un teléfono público cercano. Diré que en esa dirección había personas sospechosas haciendo cosas sospechosas. También mencionaré que parece que Tōko-san estaba ahí.”

“Hazlo. Nosotros seguiremos a N.”

Dejando esas palabras a Sanae, Kanda A echó a andar, girando la muñeca hacia Kanda B como diciendo “ven”. Kanda B chasqueó la lengua, pero no tenía más opción que seguirlo.

Los dos Kenichirō Kanda saltaron fuera de los arbustos y pisaron el asfalto en dirección a la silueta con uniforme de verano que se alejaba tambaleante por las callejuelas rumbo a la estación.

Cuando ambos se voltearon a mirar, vieron a Sanae saludando con la mano, como una persona en el muelle que despide a un barco que zarpa.

Contrario a lo que pensaban, Kanda N se dirigió directamente a la estación, subió al tren sin más rodeos, y se bajó en la estación de siempre. Luego volvió a casa caminando en línea recta, sin desviarse en absoluto.

“Aburrido.”

Era el camino de regreso tras haberlo seguido. Aunque regresaban por la misma zona, su destino no era la casa de Kanda N, sino el departamento de Sanae. ¿Cuándo podrían volver a entrar a su propia casa?

“No te quejes.”

Kanda A le lanzó esa advertencia con voz indiferente al refunfuñante Kanda B.

“Puede que él esté actuando según algún plan profundo. Al menos ya tenemos un indicio relacionado con el caso de la desaparición de Oto Tōko.”

“Solo lo estuvimos mirando sin hacer nada. ¿Cómo pretende resolver algo así? Tal vez se ha decidido a ser solo un espectador.”

Si la hipótesis de Sanae era correcta, entonces la figura actual de Kanda N acabaría siendo la de Kanda B. Como tal, Kanda B prefería que su yo del futuro tuviera más iniciativa y actuara con algo de estilo. Por otro lado, Kanda A, sin recuerdos, no sabía qué pensaba N ni qué hacía. Y si al llegar al futuro los acontecimientos se volvían inciertos, entonces tanto él como N tendrían cierto margen de libertad en sus acciones. Es decir, él podía hacer lo que quisiera. El futuro se desarrollaría en consecuencia.

La única duda era si realmente podría volver al momento original. Si eso dependía de las acciones de Kanda N, lo mejor sería actuar con cautela. En cuanto a no saber qué hacer, Kanda A y B estaban igual.

Se reunieron con Sanae en la salida de la estación. Sanae movía brazos y piernas con energía, y saludó a los dos con una sonrisa. Y lo primero que dijo fue:

“¿Qué desean para la cena de hoy?”

Miró alternativamente los rostros de ambos mientras preguntaba.

Anteayer, había ido de compras con Kanda B; ayer, con Kanda A. Hoy, eran los tres juntos. Ambos empezaban a cuestionarse si realmente valía la pena el disfraz de gorra y gafas oscuras. Después de todo, Yuki los había reconocido al instante. ¿Tal vez deberían dibujarse un bigote? ¿O raparse por completo?

Cambiarse el color del cabello violaría las normas escolares, así que no era una opción.

Kanda B, levantando un paquete de carne de cerdo en tiras, dijo:

“Por cierto, ¿por qué rayos esos tipos secuestraron a Oto Tōko?”

Kanda A revisó la fecha de empaque de la carne molida en oferta y la metió en la cesta:

“Ni idea. No parece que haya sido por dinero... Era una chica linda, quizá había algún tipo con esos gustos...”

Sanae, con un muslo de pollo en la mano, se giró hacia ellos:

“Es un hecho que del lado contrario hay involucrados con habilidades EMP. Eso nos permite suponer que todo el caso está relacionado con esas habilidades. Lo que nos lleva a pensar que Oto Tōko-san también poseía alguna habilidad especial.”

“¿En serio?”

“Probablemente. Tal vez se trate de un poder útil para ellos. O bien, podría tratarse de un secuestro por encargo, cometido por una red de intermediarios. Piénsenlo: solo con la habilidad de la imagen distorsionada, ya hay muchos usos posibles.”

“Se puede usar para cosas muy malas.”

“Habrá muchas personas que desearían tener ese tipo de habilidades. Podemos suponer que Oto Tōko-san fue una víctima de eso.”

“Eso no se puede permitir.”

Kanda B expresó su indignación, y Kanda A asintió con gravedad.

“Exactamente. Estoy segura de que el señor Kanda N siente lo mismo.”

“Si él piensa igual que yo, entonces es natural que se mueva por indignación moral,” dijo Kanda A.

“La indignación está bien, pero... ¿qué va a hacer con eso?” replicó Kanda B, desconfiado. Por supuesto, Kanda A no tenía respuesta. Sanae también inclinó la cabeza.

“No lo sé. Pero que N está intentando hacer algo, de eso no hay duda.”

Y como siempre, su sonrisa.

“Ya lo sabremos. El tiempo resolverá todo.”

Mientras empujaban la cesta, iban arrojando dentro todo lo que Sanae les indicaba. Terminó siendo bastante cantidad, pero la cuenta saldría del monedero de Sanae. Aun así, por muy independiente que fuera y viviera en un departamento de lujo, no era que tuviera reservas infinitas.

“Lo devolveremos después.”

Dijo Kanda B.

“Comida, hospedaje y honorarios incluidos. Envíanos la factura cuando quieras.”

“No hace falta factura. Yo vendré a devolverlo por mi cuenta.”

Se metió Kanda A, y de paso le susurró algo a Kanda B.

“Oye, busquemos algún buen trabajo de medio tiempo, ¿no? Aunque sea por este fin de semana, algo corto con lo que podamos ganar algo.”

“Compremos una revista de clasificados al volver. Tal vez algo como ayudar en una mudanza o en alguna obra. De todos modos, seguro va a ser trabajo físico.”

“¿No habrá algo como pasear perros o darle de comer a gatos? Suena fácil.”

“Si existe, seguro se llena de solicitudes. La competencia debe ser altísima. De todos modos, necesitaremos una hoja de vida.”

“¿Y si en la parte de habilidades especiales pongo ‘viajes en el tiempo’? A lo mejor les hace gracia.”

“Si yo fuera el que contrata, no aceptaría a alguien que escribiera eso. Qué idiota.”

Sanae, que caminaba delante de los dos Kenichirō Kanda entre los estantes del supermercado, se giró de repente y dijo:

“No se preocupen por el dinero de la comida. Es en serio. Me la estoy pasando muy bien. Me da mucho gusto cocinar, y solo con estar presente durante una comida con varios más, puedo sumergirme en una sensación muy agradable.”

¿Será que para Sanae, tres personas ya son suficientes? Kanda A y B se miraron, tanteando la reacción del otro.

“Bueno... si lo dices así, entonces...”

“Oye. O sea, bueno... claro que vamos a devolverte lo que hemos gastado. Cuando todo esto se resuelva.”

“Sí. Y si alguna vez necesitas algo, Sanae, dínoslo. Te ayudaremos con lo que podamos.”

“Gracias. En ese momento, sin falta, les pediré su ayuda.”

“Claro. Todo lo que no sea dinero, puedo prestarlo. Brazos, piernas, lo que necesites.”

Sanae se rió en silencio, sin abrir la boca, y dijo:

“Entonces, te tomaré la palabra.”

E hizo una reverencia tan correcta que casi parecía de ceremonia.

Esa noche cenaron comida china.

Kanda A y B se ofrecieron a ayudar, pero Sanae rechazó amablemente la propuesta. Se movió por la cocina con una eficiencia admirable, preparando como por arte de magia un banquete de platos chinos apilados uno tras otro. El sabor también parecía salido de un hechizo: una delicia más allá de la comprensión humana. Daba la impresión de que tenía alguna droga secreta como ingrediente especial.

Probablemente cada platillo tenía un nombre difícil de pronunciar, pero Kenichirō Kanda no era gourmet ni tenía conocimientos culinarios, ni siquiera mucho interés. Mientras se pudiera comer, eso era suficiente.

Kanda A y B movían los palillos a toda velocidad, tratando de meter la mayor cantidad posible de comida en sus estómagos. Era como una competencia: “si lo va a comer él, mejor me lo como yo”. Cuando uno le quitaba al otro el último trozo que planeaba agarrar, casi podía sentirse una intención asesina.

Mientras Sanae los miraba con expresión divertida, los dos parecían concursantes que pasarían sin problemas las rondas preliminares de una competencia de comelones. Ambos pensaban que probablemente no volverían a tener otra oportunidad de comer comida china tan buena.

Después de la cena, Sanae les sirvió algo llamado café turco. No sabían en qué se diferenciaba del café normal, pero igual lo elogiaron con entusiasmo. En realidad, todo lo que preparaba Sanae merecía un “10” sin pensarlo. Era tan bueno que ni siquiera podían encontrar las palabras para describirlo... porque simplemente les faltaba vocabulario.

Después de atiborrarse de comida, los tres aprovecharon el momento para tener una charla relajada. Al menos por esa noche, merecían un descanso de los temas complicados. Habían pasado muchas cosas. Y aunque no llevaban ni tres días en ese departamento, ya habían vivido una cantidad absurda de eventos difíciles de entender.

Las noticias se podían revisar después, ya que el videograbador las estaba registrando. Había tiempo para pensar más tarde.

Se dedicaron a conversar tonterías. De todo lo que hablaron, lo que más le gustó a Sanae fue la historia de Kurof. Siempre que se habla de mascotas, los dueños tienden a volverse muy habladores, y Kanda A y B no fueron la excepción.

Había sido un gato negro abandonado que encontraron dentro de una caja hace unos años. Kurof, siendo aún un gatito, era una cosita encantadora y adorable. Toda la familia se turnaba para darle leche con biberón, y dormía hecho bolita sobre las rodillas de Kenichirō por las noches. Con el tiempo creció rápido, y ya como adulto se comportaba como un joven malcriado, como si fuera el dueño de la casa. Antes parecía que jugaban con él; ahora, los humanos eran los que jugaban para él. Cuando tenía hambre, iba a despertarlos alrededor de las cuatro de la mañana, lamiéndoles la cara o mordisqueándoles la nariz. Molesto, pero adorable. Con los gatos todo se perdona.

Ahora Kurof parecía estar más encariñado con Mitsuki que con su propio dueño. Pero claro, Mitsuki tenía un montón de juguetes y accesorios que le encantaban al gato...

“Qué lindo.”

Sanae sonrió alegre.

“Yo nunca he tenido un gato. Que te despierte un gato hambriento por las mañanas es uno de mis pequeños sueños. Quiero un gato travieso y lleno de energía.”

“¿Y por qué no adoptas uno? Hay un montón por ahí. Kurof también era un gato callejero. Ahora se pavonea como si fuera el amo de la casa.”

“En este edificio no se permiten mascotas.”

Sanae respondió con tristeza.

“No solo gatos. Nunca he tenido una mascota en mi vida. Es algo que me genera mucha admiración. Tener otra vida junto a la mía... eso es algo que de verdad deseo.”

Levantó la cabeza y miró a los dos Kanda con sus ojos color pardo.

“Por eso, ahora me siento feliz. Que mis palabras provoquen reacciones, que tenga compañía... es una experiencia muy valiosa para mí.”

En ese momento, los dos Kanda pensaron lo mismo: ¿No será que para Sanae somos como mascotas?

¿Un reemplazo de animales para no sentirse sola viviendo sola? ¿Será por eso por lo que se esmera tanto en cuidarnos?

“ ... ”

Ambos compartieron el mismo pensamiento, en silencio.

Pero bueno... no sería tan grave. Comparado con ser un parásito, tener el estatus de “animal de compañía” puede ser un retroceso en la cadena biológica, pero tal vez mejoraría la opinión que los demás tienen de uno... ¿o no? Bueno, de todos modos, era una situación penosa. Pero había que tomar en serio las palabras de Sanae, comprometerse a mejorar la situación, y hacer todo lo posible por corresponder.

Si iban a causarle molestias, al menos que no se convirtieran en una carga.

“Si te parece bien, puedo traer a Kurof un día de estos. Acarícialo todo lo que quieras mientras nosotros lo mantenemos quieto. Es mestizo, pero su pelaje es bastante agradable.”

Sanae mostró una expresión de alegría pura.

El orden para bañarse fue: Sanae, Kanda B, y finalmente Kanda A. Mientras los otros se bañaban, Kanda A aprovechó para revisar las noticias, esperando encontrar novedades sobre el caso de Oto Tōko.

No hubo avances. Al contrario, notó que el tema estaba recibiendo cada vez menos cobertura. El mundo no se detiene por un solo caso. Los nuevos incidentes se suceden uno tras otro y sepultan a los anteriores. La información abunda en el mundo, pero cuando uno quiere saber justo eso que considera vital, ya es demasiado tarde. El dato deseado ha pasado la desembocadura y se ha perdido en el mar de lo olvidado.

Las rocas que siguen rodando pronto se vuelven guijarros, se erosionan y desaparecen sin que nadie vuelva a recordarlas.

“Ya salí”, dijo Kanda B, entrando a la sala en camiseta y pantalones cortos, secándose el cabello con una toalla. Kanda A le cedió el turno y se dirigió al baño.

Sanae, que había sido la primera en bañarse, estaba sentada en el sofá con las piernas juntas, vestida con su pijama y tomando té de cebada.

Poco después, el sonido amortiguado de la ducha comenzó a llegar con eco a los oídos de Kanda B y Sanae desde el baño.

Y entonces ocurrió. Justo cuando Kanda A, terminando su baño relámpago al estilo “agua de cuervo” —una expresión japonesa para referirse a duchas rápidas—, salió chorreando gotas desde las puntas del cabello, vestido igual que B, sucedió.

Sonó el teléfono.

Kanda B se irguió con un respingo. Sanae, arrastrando las pantuflas con un “patapatá”, se acercó al aparato junto al televisor y levantó el auricular.

Asintiendo varias veces, Sanae parecía responder afirmativamente a su interlocutor. Kanda B la observó, con la duda de que supuestamente nadie debería estar llamando a esa casa. Pero entonces, Sanae se volvió hacia ellos y dijo:

“Es para ustedes.”

Extendió el auricular de forma completamente natural. Ese gesto hizo que por un momento pareciera una figura congelada a medio levantarse.

“¿Eh?”

No debería haber nadie que supiera que estábamos aquí. No se lo hemos dicho a nadie. Los únicos que podrían saberlo son...

Kanda A y B intercambiaron pensamientos solo con los ojos.

“¿Tienes alguna idea?”

“Ni idea. ¿Quién será?”

“Quién sabe. ¿Qué hacemos?”

“Contesta tú primero.”

“Antes de eso...”

Kanda A movió solo los labios sin emitir voz, preguntándole a Sanae: “¿Quién es?”

Sanae simplemente sonrió. Solo asintió, como diciendo que no había de qué preocuparse.

Kanda B fue el primero en moverse. Tomó el auricular de manos de Sanae.

“...¿Hola?”

“Hey. No sé si decir “mucho gusto” o “gracias por todo hasta ahora”, pero en fin... encantado.”

Era una voz que le resultaba familiar.

“¿Quién eres?”

“Soy yo. Tú. Kenichirō Kanda. Puedes llamarme Kanda N. Tú eres el B, ¿cierto?”

Kanda B quedó pasmado. Kanda A le preguntaba con los labios “¿Quién es?”, pero no tenía margen para responder. Le preguntó directamente al del teléfono:

“¿Cómo sabes eso?”

“Yo también lo pregunté alguna vez. Pero bueno, eso no importa ahora. Escucha con atención lo que voy a decir. No lo olvides, ¿sí?”

“Espera, ¿de qué hablas?”

“No puedo explicarlo. Escucha bien. Mañana a las nueve de la mañana, ven al lugar que voy a decirte ahora. Así te ahorras seguirme otra vez. Mañana yo estaré ahí.”

“...Oye, espera.”

Sin darle oportunidad de replicar, Kanda N empezó a soltar la dirección y el camino a seguir de forma atropellada. Kanda B, reaccionando por instinto, tomó una hoja de notas junto al teléfono y garabateó con un bolígrafo.

“¿Lo memorizaste? Bah, ni hace falta que lo diga. Seguro lo estás anotando.”

“Oye, tú...”

“Y dile algo al otro yo... a A. Aunque probablemente sea en vano, por si acaso. Pase lo que pase mañana, no intervengan. No salten desde un lado de repente. Eso es todo.”

“¡Espera! Tú sabes quiénes somos, ¿verdad?”

“Claro que sí. Yo soy el tú de antes. Yo era Kanda B. Hasta hace tres días.”

“¡Explícate bien!”

“Eso no puedo hacerlo. Porque ni yo lo entiendo. Lo único que sé es lo que debo hacer ahora. Recuerda bien lo que te dije. Porque tarde o temprano, tú también tendrás que decir lo mismo. Nos vemos.”

“¡No cuelgues, idiota!”

“Ah, cierto... gracias a eso lo recordé. No me llamen a casa. No voy a contestar. Y también apagué el celular—lo acabo de hacer. No puedo decir por qué. Como te dije, ni yo lo entiendo. Quizá mañana todo tenga sentido. Tengo esperanza. Bueno, eso era todo.”

Click.

El auricular comenzó a emitir el sonido de línea cortada. El tipo llamado Kanda N habló todo lo que quiso y colgó. ¿De verdad era N? ¿Cómo supo que estábamos aquí? ¿Cómo sabía que yo soy B?

“Oye, ¿quién era?” preguntó Kanda A, frunciendo el ceño. Kanda B colgó el auricular, respiró hondo y volvió al sofá, donde lo esperaban Sanae y Kanda A.

¿Cómo se suponía que debía explicar esto?

Al final, Kanda B decidió contar tal cual lo que había dicho el supuesto Kanda N al otro lado del teléfono.

“¿Qué demonios...?”

Kanda A frunció el ceño al recibir la hoja con la dirección escrita a toda prisa por B.

“¿Qué dirección es esta? Y con esta letra tan fea no se entiende nada. ¿Qué estación dijo que era?”

Kanda B le respondió el nombre de la estación que había oído.

“Y según dijo, desde ahí se camina unos quince minutos al sur hasta un embarcadero. Parece que es una zona con muchos almacenes.”

“Nada que ver con ese edificio de departamentos. ¿Un puerto, eh? Un muelle con bodegas...” dijo Kanda A.

“Ese tal T-2 parece ser el número del almacén. Dice que vayamos ahí mañana. ¿Qué vamos a hacer?”

“¿Qué vamos a hacer...? Pues ir, no queda de otra. No tenemos otro lugar al que ir... Aunque eso de un almacén en el puerto, ¿será la guarida del grupo de secuestradores?”

“Si fuera así, sería una idea demasiado obvia. Hoy en día nadie usaría un lugar tan fácil de identificar como base secreta. ¿No será que están planeando escapar por mar?”

“¿Y su carga sería Oto Tōko? Pero entonces, ¿de qué utilidad podría serles esa niña...? Ah, claro, podría ser una persona con poderes psíquicos... Hmm, en ese caso, ¿estamos hablando de trata de personas?”
“Suenas como una suposición repugnante. Pero incluso si así fuera, ¿qué vamos a hacer nosotros una vez que llegemos...?”

Mientras hablaba, Kanda B se dio cuenta de algo.

“No me digas...”

“Probablemente”, respondió Kanda A frunciendo el ceño.

“Se cree un héroe, ¿no? Seguro piensa ir a rescatar a Tōko como si fuera una escena de película. Y como no se siente con la fuerza suficiente para hacerlo solo, quiere que nosotros lo ayudemos.”

“¿Se cree el protagonista de una película? Oye, ¿yo era así de idiota?”

“Yo diría que no, pero no puedo hablar por tu futuro.”

“Tú *eres* mi futuro.”

La discusión ya no tenía ni fuerza. Incluso el intercambio de pullas empezaba a desgastarse.

“Será mejor avisar a la policía desde el lugar, el mismo día”, propuso Sanae.

“Si por casualidad no pasa nada, entonces no será necesario hacer la llamada. Podemos esperar hasta que ocurra algún movimiento.”

Los dos Kanda intercambiaron miradas con Sanae.

“¿Tú también piensas ir, Hoshina?”

“Por supuesto. No quiero que me dejen fuera.”

No les desagradó su respuesta. Pero tampoco se sentían como para disfrutarla. Había demasiado en qué pensar, y ni Kanda A ni B sabían por dónde empezar. En más de una ocasión, mientras trataban de pensar por dónde empezar a pensar, el tiempo pasaba inmutable, llevándolos al mismo resultado que si no hubieran pensado nada. En ese caso, ¿no sería mejor no pensar desde el principio? Sería una pérdida de tiempo. Pero por otro lado, si por pensar que es inútil no hacen nada, eso sí que sería un verdadero desperdicio de tiempo. Entonces, ¿qué es lo que deberían estar pensando?

Y mientras le daban vueltas a todo eso, llegó la hora de dormir. Sanae desapareció en dirección a su dormitorio.

Interceptor 6

Las personas, en su afán de explorar, perseguir y anhelar resultados, tienden con frecuencia a omitir el proceso. El proceso no se refiere al simple paso del tiempo, sino a lo que uno realiza dentro de ese tiempo limitado. Sin embargo, aunque los resultados están conectados temporalmente con el proceso, no siempre lo están en términos de acciones concretas. Por ello, las personas tienen la costumbre de apartar la vista del proceso mientras buscan los resultados. Si el proceso no conduce al resultado, ¿qué sentido podría tener? Por supuesto, no tiene ninguno.

Y sin embargo, independientemente de si uno lo desea o no, el resultado temporal siempre llega de forma equitativa para todos, abriendo la puerta sin siquiera tocarla. Una vez abierta, no se tiene la libertad de elegir la esencia de lo que hay detrás. Simplemente llega. La valoración sobre si ese visitante tiene relevancia, eficacia o utilidad depende de los valores y capacidades individuales. No existe un sistema de valores absoluto en el mundo, ni un criterio de juicio unificado. Si existiera otra persona con valores y criterios de juicio exactamente iguales a los tuyos, esa persona podría considerarse ya como tú mismo.

Los dos Kenichirō Kanda se han encontrado consigo mismos... y están comenzando a transformarse.

Capítulo 6

Se despertaron a las seis de la mañana. De forma extraña, el instante en que abrieron los ojos fue suficiente para ahuyentar al sueño y aclarar por completo la conciencia de Kanda A y B. Hacía mucho tiempo que no tenían un despertar tan nítido. Seguramente fue la llamada telefónica de Kanda N la noche anterior lo que los había activado. Sin embargo, seguían sin acostumbrarse a que la primera cara que veían al despertar no estuviera invertida a izquierda y derecha, pero siguiera siendo la suya propia. ¿Cuándo se acostumbrarían? Con ese pensamiento, ambos Kanda sintieron un ligero escalofrío. Ni siquiera tenían ganas de decir “buenos días”.

¿Qué clase de día sería hoy? Por fin, Kanda N había dado señales de querer involucrarse en su relación, y parecía que por fin conocerían al tercer “yo”. Ya era bastante con dos, ¿ahora querían sumar otro más?

“Bueno, da igual.”

Ambos Kanda pensaron lo mismo sin decirlo en voz alta. Si iban a caer, que al menos fuera cayendo hacia adelante.

Se apresuraron a llegar al lavabo, y al abrir la puerta vieron a Sanae en pijama con el cepillo de dientes en la boca. Giró la cabeza hacia ellos mientras se cepillaba con energía y les hizo una leve reverencia solo con la cabeza.

“Buenos días.” ×2.

Después de enjuagarse la boca, Sanae les regaló una sonrisa suave y encantadora, tan apropiada para la mañana que uno querría creer que así debían empezar todos los días.

“Buenos días. El desayuno ya está listo. Pueden pasar directamente al comedor.”

“Sí, gracias.” ×2.

Ambos ya se estaban empezando a acostumbrar a esta vida en común. Mientras se cepillaban los dientes uno al lado del otro, sus cabezas ya albergaban la idea de que quizá podrían seguir con esta rutina un poco más. Pero también sentían, con firmeza, que no podían quedarse así para siempre. En realidad, si solo existiera uno de ellos, ni siquiera estarían ahí. Aunque tampoco podían negar que tener compañía no estaba del todo mal. Fue justo cuando estaban divagando así que la imagen de Yuki se les vino a la mente, y ambos sacudieron la cabeza al mismo tiempo.

Como dormían en camiseta y calzoncillos, cambiarse era cuestión de segundos. Se vistieron con camisas de distinto color y pantalones de algodón antes de sentarse a la mesa.

Sobre la mesa, el desayuno estaba dispuesto con tal abundancia que parecía sacado de un hotel de lujo. Para Kanda A y B, que jamás habían comido un desayuno de hotel, era algo profundamente conmovedor. Y eso que ya era el tercer día seguido.

Para Kanda A, sin embargo, el 13 de junio tenía un significado más serio que para Kanda B. Era el día que marcaba el reloj cuando llegó por primera vez a esta línea temporal. Fue por algo que ocurrió ese día que saltó tres días atrás... o eso parecía. No estaba del todo seguro de si ese "13" que él había visto era el mismo que el "13" de hoy. Pero considerando la llamada de Kanda N la noche anterior, era razonable pensar que algo iba a ocurrir. ¿Pasaría algo tan grande hoy que volvería a hacerle viajar en el tiempo?

Kanda A dejó de untar la mantequilla casera de Sanae sobre su tostada y se quedó pensativo.

El comportamiento de Kanda N era un cúmulo de incógnitas. Para empezar, ¿cómo fue que decidió involucrarse en el caso de Oto Tōko? Aún puedo entender lo mío. De alguna manera, su rostro y nombre se me quedaron grabados en un rincón incierto de la memoria. No sé por qué, pero precisamente por no saberlo, quise averiguarlo. La noticia sobre la desaparición de Oto Tōko se emitió por primera vez anteayer, el día 10. Ella desapareció el día 9. ¿Cuándo lo supo Kanda N? Si fue antes del día 10, entonces

ya estaba involucrado de alguna forma. Kanda B y yo recordamos hasta después del recreo del día 7, así que si algo pasó, fue entre el 8 y el 9. Pero si, como yo, se enteró por la noticia del día 10... ¿también tenía esos recuerdos difusos al borde de la conciencia? ¿O acaso tenía recuerdos incluso más nítidos, como los del edificio fantasma?

No tengo idea.

Tal vez por estar tan absorto en sus pensamientos, midió mal la distancia al estirar la mano y volcó su taza de café. El aromático café con leche se derramó sobre el mantel y chorreó por el borde de la mesa.

“¡Ugh!”

Al gritar de repente, Kanda A asustó a Kanda B, que estaba sentado a su lado. Fue tan simple como eso: un sobresalto. Justo estaba por sorber su café con leche y lo terminó derramando por completo.

“¡Aaahh! ¡Está caliente, caliente, caliente, maldita sea!”

Mientras una gran mancha marrón se extendía por su camisa y pantalón, Kanda B se puso a dar saltitos.

“¡Maldito idiota, me quemé!”

“Lo siento.”

Kanda A se disculpó.

“He manchado el mantel. Lo siento, Sanae.”

Menos mal que el piso de la cocina era de madera. Si hubiera caído sobre la alfombra persa del salón, le habría dado algo. No sabía cuánto costaba, pero seguro que mucho. Sanae probablemente habría dicho “no pasa nada”, pero Kanda A tenía el corazón lo suficientemente pequeño como para preocuparse.

“¡Discúlpate conmigo!”

Mientras Kanda B gritaba de pie con las piernas abiertas, Sanae se le acercó con una toalla en la mano.

“¿Está bien?”

Mientras Sanae lo secaba, Kanda B se calmó de inmediato. Tenía una expresión incómoda mientras miraba hacia abajo la coronilla de Sanae, que presionaba la toalla sobre su ropa. Sanae dejó de frotar un momento, giró el cuello para mirarlo y dijo:

“Esa ropa hay que lavarla. De ropa de cambio... mmm, el uniforme ya debe estar seco.”

“Está bien. Lo que sea. Me da igual.”

Estaba completamente intimidado. “No es para menos”, pensó Kanda A. Cuando sus miradas se cruzaron, Kanda B se apartó de Sanae con gesto avergonzado. Lo entendía perfectamente.

“Espere un momento.”

Sanae sacó del armario un uniforme de verano perfectamente planchado. Estaba tan impecable que parecía recién salido de fábrica, como si hubiera viajado atrás en el tiempo. Le entregó la camisa y el pantalón, doblados con esmero.

“Deje la ropa usada en la lavadora. Yo me encargo. Y prepararé más café.”

“No, no hace falta. Ya deberíamos irnos, si no, no llegamos a las nueve.”

“Sí, tiene razón. Nos dio una hora exacta. No queremos llegar tarde.”

Antes de hablar, Sanae dudó por un segundo. Sus labios titubearon brevemente. Pero solo fue un instante.

“Entendido.”

Kanda B, ahora con su uniforme puesto por primera vez en tres días, regresó a la cocina.

"Ponerse esto hace que de verdad se sienta como si estuviéramos faltando a clases."

Mientras contemplaba con cierta emoción su camisa blanca almidonada, Kanda B escuchó a Kanda A decir:

"Es mejor que usar camisas de distinto color. Así es más fácil distinguirnos, ¿no?"

"Sí, pero ahora va a ser más difícil diferenciarnos de Kanda N... Y en este caso, ¿quién se supone que tiene que diferenciarnos?"

"Bueno, también es cierto."

Kanda A lo aceptó, y entonces recordó algo. Durante estos últimos días, Sanae no los había confundido ni una sola vez. A pesar de que los dos eran idénticos y técnicamente la misma persona, nunca sintió la necesidad de diferenciarlos cada vez que hablaba con ellos. Después de todo, parecía ser una chica muy perceptiva.

En ese momento lo pensó. Y al instante siguiente, olvidó que lo había pensado.

"¿No deberíamos llevar algo con nosotros?" preguntó Kanda A. Kanda B respondió:

"¿Qué quieres llevar exactamente?"

"No sé... Tengo la sensación de que estamos olvidando algo."

"Si fuéramos a irrumpir en el lugar necesitaríamos armas, pero ayer Kanda N dijo que no saliéramos de la nada."

"¿Pero entonces no vamos a hacer nada? ¿Para qué nos llamó Kanda N? ¿No era para que lo ayudáramos?"

"Quién sabe. Ni idea."

Calculando la distancia desde la estación, el destino estaba a menos de una hora. Por si acaso, los tres salieron de casa de Sanae a las siete y media. Kanda A, con

camisa de color y gafas de sol baratas, parecía un matón de tercera. Kanda B, ya resignado, caminaba con el uniforme escolar y el rostro descubierto, cruzando la acera con total desparpajo. Detrás de ellos venía Sanae, con un suéter de verano de manga tres cuartos y una falda plisada hasta las rodillas. Al parecer, también había decidido saltarse las clases ese día.

"Perdónanos, Hoshina."

Kanda B aminoró el paso y giró el cuello para mirarla.

"Te estamos arrastrando en esto. Si quieres, podemos ir solo nosotros dos."

"No, no hay problema."

respondió Sanae con esa sonrisa tan suya, capaz de infundir una tranquilidad absoluta a quien la viera.

"Ya llegados a este punto, dejarme fuera sería muy injusto. Mi deseo es presenciar el momento en que ustedes tres estén reunidos. ¿Qué pensarán ustedes dos al encontrarse con Kanda N? ¿Y qué pensará él de ustedes? Me parece muy interesante."

Kanda A se metió en la conversación:

"Pero si la cosa se pone peligrosa, puedes irte en cualquier momento, ¿vale? A juzgar por esos tipos—no Kanda N, sino esas sombras—parecen ser criminales de algún tipo."

"En ese caso, tú serás el que se interponga para proteger a Hoshina. Si esos tipos sacan algún arma, tú te conviertes en el escudo. Es una buena oportunidad para devolverle la hospitalidad."

"Que lo hagas tú. Además, no es solo una noche y una comida. Hoy se cumplen mínimo tres noches y cuatro días."

"No te pongas quisquilloso con las palabras. Qué falta de gracia."

"Cállate. ¿Y tú qué ganas haciéndote el gracioso aquí? Mejor piensa en chistes más elevados."

"¿Por qué tengo que tirar mis chistes contigo? Si total, ni sabes responderlos."

"¿Qué dijiste, bastardo? ¿Te crees un comediante profesional? ¿Qué clase de respuesta brillante puedes dar tú? ¿Quieres que suelte uno ahora mismo?"

"¡Dale, suéltalo! ¡A ver qué tienes!"

Mientras Kanda A y B se preparaban para montar un manzai de golpes con ellos mismos, alguien les tiró de las mangas. No podía ser otra que Sanae.

"Disculpen."

Y sí, como siempre, sonreía.

"Ya llegamos a la estación."

Sin darse cuenta, ya estaban ahí. Una masa de gente los miraba con ojos como si vieran a un par de niños tontos.

"¡Eh! ¡No somos espectáculo, largo de aquí!"...aunque no, Kanda A y B no comenzaron a gritar eso. Solo apartaron la mirada con incomodidad, se cruzaron con una expresión amable y una risa suave, y se apresuraron a seguir a Sanae, que se dirigía con paso ligero hacia la máquina expendedora de boletos.

Tanto los torniquetes como los andenes estaban llenos de estudiantes y trabajadores. Habían llegado justo en la hora pico. Gracias a eso, pasaban más desapercibidos, pero el tren rápido, atestado de pasajeros, seguía siendo igual de insoportable que siempre. Sanae, atrapada entre Kanda A y B, apenas ocupaba espacio. Aun así, parecía disfrutarlo. Se apoyaba en el cuerpo de Kanda Kenichirō y sonreía en silencio.

El aire acondicionado en ese vagón débilmente refrigerado apenas servía de algo. El sudor en las palmas que sostenían las agarraderas no era por nervios, sino por el calor, pensaban los Kanda.

Treinta minutos después, finalmente pudieron bajarse. Estaban en una ciudad cercana al mar, un nudo ferroviario donde varias líneas confluían. Era una zona comercial de considerable tamaño.

Ya lo habían revisado en un atlas antes de venir. Al norte, las montañas se alzaban cerca; al sur, el mar. El agua, turbia hasta el punto de parecer que podría cambiarte el color de la piel si te metías cinco minutos, se mecía con pereza. Tenía un color que te hacía pensar que si te entraba en la boca, en treinta segundos estarías con dolor de estómago. Una bahía típica de una zona industrial, adornada con gaviotas que no parecían preocuparse por la contaminación.

En contraste con el mar, la luz solar de mediados de junio golpeaba el suelo con intensidad, haciendo hervir los pigmentos de melanina de los transeúntes. El verano estaba cerca. El sonido de las olas era refrescante, y Kanda A y B recordaron el viaje anual a la playa con las dos familias. Este año también les tocaría observar cómo habían crecido Yuki y Mitsuki, pensaron, mirando al cielo.

¿Quién de los dos se encargaría este año?

Encontrar el almacén objetivo fue fácil. En medio de un conjunto de depósitos, destacaba claramente el número "T-2" pintado en grande. El trazo de la pintura envejecida le daba un aire antiguo. Era una estructura rectangular, como esperando su turno para recibir un contenedor.

"¿Qué hora es?" preguntó Kanda A. Sanae levantó su muñeca y le mostró el reloj.

"Las ocho con cuarenta y siete minutos y treinta y cinco segundos. Jueves trece de junio, cielo despejado. La probabilidad de lluvia para hoy es del cero por ciento."

Los tres estaban pegados a la pared de un almacén cercano, observando el punto designado por Kanda N. Kanda A y B estaban inusualmente callados, y Sanae también guardaba silencio, como si contuviera la respiración. ¿Estaría ella también sintiendo tensión? Sin embargo, su expresión era la de siempre: una leve sonrisa tranquila.

Kanda A la miró de reajo, con disimulo. Su rostro blanco y sereno estaba, en efecto, como de costumbre. Pero había algo, una mínima discrepancia. No lograba identificar qué era lo que se sentía fuera de lugar. El tiempo fue pasando mientras trataba de definir esa sensación, hasta que, tras unos quince minutos, el sonido de un vehículo comenzó a acercarse.

“ ... ”

Kanda B empujó con el codo el costado de Kanda A. Este le devolvió el empujón. Con ese gesto mudo decía: “Lo sé.”

Aquello llegó.

“...Ahí vienen.” ×2.

Un automóvil borroso como una sombra. Forma indefinida, modelo irreconocible, una máquina que aunque claramente estaba ahí, no se podía distinguir.

Del vehículo, que se detuvo en el muelle, bajaron figuras humanoides. Según Kanda A, eran seis personas con un gran baúl. Según Kanda B, eran ocho con un gran baúl. Sanae dijo que le parecieron entre seis o siete y su equipaje. Los Kanda aceptaron la visión de Sanae: para ellos, su vista y juicio eran superiores.

“Pero bueno...”

Kanda B dirigió la mirada a lo lejos.

“¿Dónde diablos está ese N? Ya son las nueve, ¿por qué no aparece si fue él quien nos citó? ¿Se echó para atrás el muy idiota?”

“No llegar puntual era parte de su rutina. Yuki solía pegarle por eso.”

“Yo sí llegaba a tiempo cuando era yo quien citaba.”

“Yo también... Espera, creo que ahí viene.”

Kanda A captó una silueta acercándose bajo el sol. B y Sanae también asomaron la cabeza para ver.

Un Kanda Kenichirō con uniforme de verano y mochila escolar caminaba lentamente por el borde del rompeolas. Estaba demasiado lejos para distinguir su expresión.

“¿Qué hacemos?” preguntó Kanda A.

Kanda B se frotó la barbilla pensativo.

“¿Vamos y lo confrontamos... o esperamos a que él venga? Ayer, por teléfono, dijo cosas que daban a entender que tenía recuerdos. Si sabe que estoy aquí, y si tiene algo que decir, seguro se nos acercará, ¿no?”

Sanae habló en voz baja desde atrás de los dos:

“Si el señor Kanda N está actuando en base a los recuerdos del señor B, entonces no deberíamos hacer nada innecesario. Él ya sabe lo que está por ocurrir. Se encargará de todo. Si cuando era el señor B vivió un mal desenlace y regresó al pasado, ahora intentará modificar los hechos para mejorarlos. Si, en cambio, viajó atrás con la intención de repetir un buen resultado, actuará tal cual lo vivió. En cualquier caso, lo único que podemos hacer es observar.”

Sin discutir, Kanda A y B aceptaron su razonamiento. Reanudaron la vigilancia pasiva sobre Kanda N. Por eso no notaron que, detrás de ellos, la sonrisa de Sanae se había tornado ligeramente opaca.

Kanda N, quien se había dirigido hacia el almacén T-2, se detuvo repentinamente tres almacenes antes. Tras mirar a su alrededor, se escondió en un callejón entre edificios, tal como ellos mismos estaban haciendo.

¿Estaba esperando algo? No volvía a salir.

Solo el tiempo pasaba. No sabían qué ocurría dentro del T-2, ni qué pretendía hacer Kanda N. Solo el reloj, con sus agujas y su pantalla digital, seguía avanzando.

A lo lejos, un barco hizo sonar su bocina. El mar, jalado por la fuerza gravitacional de la luna, golpeaba el rompeolas con ritmo constante.

Kanda B rechinó los dientes.

“Esto es irritante... ¿Qué demonios está pensando ese idiota?”

“¿Y si mejor entramos nosotros? Si estamos en un muelle, lo lógico es que estén por usar un barco. Deben de querer llevarse a Oto Tōko por mar.”

“¿No será que ya no es momento para quedarnos aquí quietos? Podríamos ir hasta dónde está ese yo y tomarlo del cuello—”

“No. Ya se mueve.”

Tal como dijo Sanae, Kanda N por fin reapareció. Salió del callejón entre almacenes. A medida que se acercaba, el rostro del tercer Kanda se hacía más nítido. A y B se sorprendieron. Kanda N tenía una expresión seria como nunca antes la habían visto.

“¿Yo puedo poner esa cara?” pensaron Kanda A y B, impresionados... y enseguida se alarmaron.

Que llevara la mochila en la mano izquierda, no tenía nada de malo. Nadie iba a cuestionar por qué había venido con eso hasta aquí. Pero el problema estaba en lo que llevaba en la mano derecha.

Ambos lo reconocieron al instante.

Un cuchillo pequeño, afilado, como de cocina o para frutas, sin funda, con su hoja blanca a la vista.

Parecía exactamente el mismo cuchillo que Kanda A había traído en aquella ocasión cuando irrumpió en el lugar.

Frente al almacén T-2, Kanda N se detuvo. Giró la cabeza en dirección a ellos.

Era la primera vez, desde que Kanda A y B habían llegado a este continuo temporal, que los tres Kanda Kenichirou se cruzaban la mirada.

Y entonces, Kanda N sonrió. Una sonrisa muda, como si lo supiera todo, como si hubiera recordado un chiste buenísimo.

Levantó la mano del cuchillo, agitándola como diciendo “vengan”, y luego—

Corrió hacia el interior del T-2, cuya puerta estaba a medio abrir.

Enseguida, múltiples voces se alzaron. Gritos interrogativos, alaridos de furia, chillidos—

Casi al mismo tiempo, Kanda A y B echaron a correr. Atravesaron el espacio entre almacenes, pasaron junto al vehículo camuflado en la percepción, y entraron al T-2 tras Kanda N—

Y vieron.

Múltiples siluetas borrosas. Las luces tenues del almacén apenas iluminaban el interior vacío con inestabilidad. En el centro había una gran figura parecida a un baúl gigantesco, del tamaño suficiente para que cupiera un niño humano.

Lo único claramente visible era la figura del tercer Kanda, su yo actual. Kanda N estaba... ¿en el suelo?

No. Fue solo un instante lo que lo pensaron.

Kanda N estaba luchando con alguien.

Kanda N y la figura borrosa rodaban por el suelo, forcejeando. Una mano difusa agarraba la muñeca en la que Kanda N sujetaba el cuchillo, en un forcejeo violento.

No había una sola persona en el lugar que no estuviera sorprendida. Tampoco parecía haber nadie que entendiera lo que estaba pasando. Tal vez Kanda N lo supiera, pero como nunca llegaron a escuchar su verdadera intención, eso quedó en el misterio.

“¿Qué...?” balbuceó Kanda B.

“...pasa?” murmuró Kanda A, igualmente atónito.

Pero hubo otros que se recuperaron antes del estupor. Las demás sombras, que se habían quedado congeladas ante la irrupción repentina, comenzaron a

moverse. Seguramente iban a ayudar a su compañero atacado por Kanda N. Y sin duda también estaban a punto de tomar medidas contra los recién llegados Kanda A y B.

“¡Tsk!”

Varias figuras se aproximaron rodeando a los dos. A pesar de estar tan cerca, seguían viéndose como sombras translúcidas, como si fueran espectros invisibles.

Un zumbido agudo llenó sus oídos. Si el instinto pudiera tener sonido, seguramente sería ese. Kanda A y B lo sintieron claramente: una fuerza invisible estaba a punto de dirigirse contra ellos. Kanda A recordó con nitidez el mismo terror directo que había sentido en el edificio embrujado.

Y entonces sucedió.

Una pequeña esfera luminosa, como una pelotita de ping pong, cruzó frente a ellos.

“_____”

Pensaron que era una alucinación, pero no lo era. Una pequeña llama azulada flotó suavemente frente a sus narices, cruzando en silencio, hasta que, con una curva ligera, se incrustó como si fuera absorbida por una de las sombras.

En ese instante, el aire pareció vibrar. Una onda invisible se expandió desde el punto de impacto. Kanda A sintió claramente aquella presión sin sonido. No era una ilusión.

“¡¿Ah?!”

Lo que se estrelló contra la pared y cayó al suelo fue un chico de la misma edad que los Kanda. Con los ojos cerrados, inconsciente, su rostro parecía el de cualquier adolescente promedio, el típico que podrías ver en un aula vecina del instituto.

El espacio volvió a la normalidad.

Las formas borrosas recuperaron su apariencia real. Kanda A observó a su alrededor y quedó boquiabierto. Kanda B también abrió la boca, sorprendido.

Todos los miembros del grupo de secuestradores eran chicos y chicas de apariencia estudiantil. Contando al que había caído desmayado, eran cinco hombres y dos mujeres. Nada en ellos parecía fuera de lo común. De hecho, el que más sospechoso parecía ahora era Kanda A, con esas gafas oscuras ridículas que no le quedaban.

“¿Estos son los que secuestraron a Oto Tōko?”

Kanda B lo dijo con incredulidad, y Kanda A no tuvo palabras para responder. La voz de Sanae les vino a la mente. El “image scrambler”, la habilidad EMP, esos poderes sobrenaturales que habían despertado en adolescentes.

Seguramente el inconsciente era quien había activado ese campo extraño. Al caer, el campo IS también había desaparecido.

Kanda A se daría cuenta de eso mucho más tarde. Por ahora solo podía quedarse parado, en shock. Lo mismo le pasaba a Kanda B. Incluso los secuestradores parecían sorprendidos al verse ahora visibles. Pero Kanda N no lo estaba. Tenía la cabeza lo bastante fría como para advertirles:

“¡Cuidado! ¡Estos no son normales!”

Todos reaccionaron casi al mismo tiempo. Aquel grito no solo les devolvió el juicio a Kanda A y B, sino también, irónicamente, a los mismos criminales.

Estos comprendieron en un instante que los tres Kenichirō Kanda no tenían habilidades de combate reales.

La esfera de luz no la había lanzado ninguno de los tres.

Todas las miradas se dirigieron entonces hacia la entrada del almacén, hacia las siluetas recortadas por el sol. Dos sombras negras estaban ahí, en contraluz. Una era alta, la otra era considerablemente más baja. Una tenía aspecto masculino, vestido con una larga bata; la otra era femenina, con el cabello lacio muy largo.

Ambas figuras caminaron con paso firme dentro del almacén, el sonido de sus zapatos resonando fuerte, mientras la luz interior revelaba sus cuerpos por completo.

El alto, vestido con bata blanca, tenía una expresión de burla, como si algo le causara mucha gracia. Miró a su alrededor y lanzó una voz estridente, como un gong metálico, a la chica que tenía al lado:

“¡Por fin llegó tu turno, Maiko-kun! ¡Aquí por fin puedes desatarte sin preocuparte por las miradas del público! ¡Aunque... qué lugar tan estrecho! ¡Y encima está oscuro! ¿Por qué será que siempre nos toca trabajar en estos sitios cochambrosos? ¡Maiko-kun! ¿Tuviste alguna clase de karma negativo en una vida pasada?”

“Lo que haya hecho en mi vida pasada no tiene nada que ver con usted, Jefe de Escuadrón.”

La chica, vestida de negro, respondió con una expresión visiblemente molesta.

“Pero puedo imaginar con facilidad que en su caso sí hubo algo reprochable. De otro modo, no habría explicación posible para que usted se haya convertido en una persona tan irritante. Y como siempre le recuerdo, llámeme por mi apellido, Kōmyōji.”

Sus ojos, oscuros como perlas negras, se dirigieron a Kanda A y B. Luego soltó un leve suspiro y dijo:

“Bueno, jefe. Aunque no me entusiasma mucho, supongo que es hora de empezar con la tarea que nos fue asignada. ¿Desde cuándo nos convertimos en un servicio de reparaciones exprés? Apenas si nos damos abasto con la caza de formas de pensamiento.”

“¡¿Y qué importa eso?! ¡Esto suena entretenido! ¡Estoy tan lleno de expectativas por el placer que se avecina, que el corazón me va a estallar! ¡Espero que estos sujetos sean más fuertes que esas formas de pensamiento de pacotilla!”

El hombre alto, al que llaman Jefe de Escuadrón, se dio media vuelta, infló el pecho y gritó:

“¡Ya era hora, Kanda-cual-sea! ¡Podrías haber empezado de una buena vez! ¡Nos hiciste esperar como idiotas entre bastidores!”

Se agitaba todo al hablar, como un científico loco, con aspecto de genio brillante pero de pésimo carácter, y la energía irritante de un inventor que solo empeora las cosas con cada nueva idea.

“¡Y ahora, señores criminales! ¡Sus actos constituyen un delito! Podría abrir el código penal y recitarles una por una todas las leyes que han violado, pero no tengo tiempo. ¡Esa chica pertenece a nuestro bando! No hace falta leerles sus derechos, ¿verdad? ¡Todos ustedes van a ir derechito al ‘Instituto!’”

El aire tembló.

Una fuerza invisible e inestable comenzaba a llenar el interior del almacén. Una presión intangible, como si oprimiera directamente el espíritu, cargaba de peso la conciencia de Kanda A y B. Era una sensación indescriptible. Como si de pronto el oxígeno hubiese desaparecido del aire a su alrededor, volviéndolo todo asfixiante.

El grupo reunido en el almacén se dispersó. Parecía claro que albergaban una hostilidad innegable hacia los dos de blanco y negro. Más aún, esa misma hostilidad se dirigía también contra Kanda A, B y N. No había duda.

“¡...Departamento de Seguridad!”

Uno del grupo gritó y levantó ambos brazos. Por algún motivo, Kanda A y B sintieron la aparición de un arma invisible, como si lo percibieran en la piel, o lo oyeran directamente dentro de sus cabezas.

“Nivel de peligro en aumento. Se solicita intervención inmediata.”

“Entendido.”

El que respondió fue el hombre de la bata blanca.

“Entonces procederemos como corresponde. Más tarde tendrás que contarnos tu historia, ‘¡Interceptor del continuo temporal!’”

Sombras negras, como enredaderas, surcaron el aire dejando estelas como rastros de movimiento. Un destello. Dos. Tres.

Los adolescentes, ahora privados de las capas de ocultación que les protegían el cuerpo, salieron disparados como si los hubieran repelido, y rodaron por el suelo.

En este momento, en el interior del almacén, múltiples látigos como zarcillos oscuros —negros como la tinta, similares a tentáculos o enredaderas— giraban y se arremolinaban, golpeando vigorosamente el suelo, las paredes, arrancando trozos de ambos. Aunque parecía que se movían de forma desordenada, cada uno de sus golpes impactaba con precisión contra los integrantes del grupo de secuestradores.



"¡Fufufu, ¡jajajaja! ¡Resistan más, por favor!"

El hombre de la bata blanca reía con entusiasmo, mientras a su lado se encontraba una joven vestida completamente de negro, con cabello tan oscuro como la noche. Extendió una mano al frente, alzando un dedo, y en la punta se encendió un tenue resplandor blanco que, en cuestión de segundos, se convirtió en esferas de luz que comenzaron a elevarse una tras otra.

Aquellos fuegos fatuos que volaban hacia los secuestradores y explotaban al impactar, eran obra suya.

Cuando bajaron la vista, notaron que en algún momento había aparecido un extraño patrón dibujado en el suelo. Líneas de luz oscura formaban nueve círculos concéntricos y un doble pentagrama. Un círculo mágico como salido de una luz negra mate. Los tentáculos oscuros parecían brotar de allí, extendiéndose hacia todas direcciones. El movimiento de esos látigos oscuros causaba en Kanda A un rechazo visceral, instintivo. No podía creer que algo tan desagradable no fuera malvado.

Sin embargo, esos tentáculos planos y los fuegos fatuos solo atacaban al grupo de los secuestradores. No se dirigían ni hacia él, ni hacia los otros Kanda Kenichirō, ni hacia Oto Tōko.

Ya habría tiempo de preguntarse si eran aliados o no.

Kanda A y B corrieron hacia el baúl. Junto a él había dos chicas. No había nada especial en ellas; parecían simples estudiantes de preparatoria.

"...¡!"

Una de ellas entrecerró los ojos. Se encendió una alerta.

Solicitando refuerzo.

"¡Hazlo tú misma, Interceptor! ¡Te prestaré mi poder! ¡Pero no soy tu marioneta!"

Gritó el hombre de la bata blanca hacia una dirección completamente opuesta.

Intervención en curso. Interrumpiendo parcialmente la técnica EMP del individuo: Shūsaku Miyano. — Proceso completado.

Un látigo negro azotó a la chica y la hizo volar por los aires. Luego, con el impulso de ese mismo movimiento, cortó el aire por encima del baúl. La segunda chica se dobló como una letra "L", volando varios metros antes de estrellarse contra la pared y quedar allí, como una muñeca rota.

Kanda A y B decidieron no pensar. Podrían hacerlo después. Ahora era momento de actuar.

El baúl era de un color caqui, sin adornos. La ilusión se había disipado, y ahora estaba claramente allí.

"¡Ábrelo rápido!"

"¡Ya voy!"

Kanda A agarró los seguros. Levantó la tapa.

"...Lo sabía."

Era la misma chica de la foto que habían mostrado en televisión. La imagen que había quedado grabada en el subconsciente de Kanda A, insistiendo en su existencia como un espectro. Oto Tōko.

La niña estaba atada de manos y pies, con una mordaza puesta, y miraba fijamente a los dos Kanda Kenichirō. En sus ojos solo había un color: miedo. Y más miedo.

¿Era cierto que Kanda N había estado actuando todo este tiempo solo para salvar a esta niña?

"¡Tsk, mierda!"

Kanda N, que estaba forcejeando con alguien, fue derribado con un tomoe-nage y cayó de espaldas. El atacante se levantó de inmediato y, como un rayo, se lanzó hacia Kanda A y B, que estaban intentando sacar a la niña del baúl. Esquivaba

los fuegos fatuos con ágiles movimientos. Parecía tener conocimientos de artes marciales. Su estilo recordaba mucho al de Yuki.

La división de roles se dio sin necesidad de palabras, en un instante.

Kanda B se interpuso, mientras Kanda A protegía a Oto Tōko. La niña, con los ojos abiertos de par en par, lo miraba fijamente. Quizás aún no entendía qué estaba pasando. No había tiempo para explicaciones. Kanda A volcó el baúl de lado y, tirando de ella, la sacó como pudo.

Por el rabillo del ojo, vio cómo el atacante chocaba contra Kanda B, y en menos de un segundo, lo arrojaba con un seoi-nage.

"¡Uuuaagh!"

Gracias a haber sido lanzado incontables veces por Yuki, Kanda B era experto en recibir caídas. Era una habilidad compartida por todos los Kenichirō Kanda. Incluso Kanda N. Mientras B rodaba por el suelo, N se reincorporó de inmediato y atacó como una liebre en fuga. En su mano derecha brillaba la hoja plateada de un cuchillo para frutas, tal como lo recordaban.

El enemigo esquivó el ataque con facilidad. Volvió a empezar el forcejeo. N alzó su brazo derecho, pero el atacante le sujetó la muñeca con la izquierda, y con la derecha intentó golpearle con un golpe de canto. N lo bloqueó con su otra mano, y empujó con el cuerpo para tumbarlo, pero recibió una patada en el abdomen que le torció el rostro del dolor.

Kanda A, consciente del mal momento por el que pasaba Kanda N, dejó a un lado su papel de protector.

"Ya estás a salvo."

Le susurró a la niña. Oto Tōko, con un rostro pequeño y demacrado por el miedo y el agotamiento, le devolvió la mirada. Kanda A no perdió más tiempo en desatarla. En vez de eso, fue a ayudar a Kanda N.

Kanda N forcejeaba con el atacante, tratando de evitar que le quitara el cuchillo. El enemigo, por su parte, también luchaba por arrebatarle el arma. Kanda A embistió al muchacho por la espalda, con el hombro por delante.

Ambos perdieron el equilibrio y cayeron. El brazo de Kanda N se liberó de pronto.

La mano derecha descendió con el cuchillo. La hoja brilló.

"¡—Tss!"

La punta del cuchillo cortó el brazo izquierdo de Kanda A, dejando una profunda herida. Un chorro de sangre se elevó como una neblina roja flotando en el aire.

"¡Oye!"

Gritó Kanda B.

Kanda A se sujetó el brazo izquierdo. El líquido caliente empapó su camisa y la pegó a su piel. Lo que no fue absorbido, chorreó hasta caer frente a Oto Tōko.

"....."

Parecía que la niña estaba gritando en silencio. Kanda A la miró, pálida, paralizada por el miedo y la confusión. Se agachó para tranquilizarla. Ella seguía con los ojos bien abiertos, temblando, sin poder dejar de mirar.

En ese momento, Kanda B intentaba levantarse, apoyándose con una mano en el suelo. Al inclinarse hacia adelante, una llave resbaló de su bolsillo y cayó.

Clack.

La llave rebotó al caer sobre el concreto, luego rodó unos centímetros.

".....¿Uh?"

Ese sonido fue como una señal. Kanda B sintió un fuerte mareo. Una sensación de flotación, como si toda la sangre en su cuerpo hubiera comenzado a fluir en

reversa. Kanda B recordó. *Yo conozco esta sensación*. La misma que sintió en el aula de clases después del castigo del día siete. Como un presagio de anemia, una niebla cubriéndole la vista...

Instintivamente, Kanda B miró a Kanda A. A lo observaba con una expresión tranquila, como si no sintiera nada. Por un instante, sus miradas se cruzaron.

Kanda A lo vio.

A Kanda B, que estaba por abrir la boca para decir algo. A punto de pronunciar: *Estoy bien, no te preocupes*. Kanda A se quedó sin palabras.

"¿O...?"

De pronto, la figura de Kanda B desapareció.

Al mismo tiempo, también desapareció la figura de Kanda N. Con su camisa blanca salpicada de sangre y el cuchillo manchado aún en la mano, con ese rostro desorientado.

Sin aviso, sin presagio, sin señal, sin palabras de despedida. Una desaparición total. Como si quisieran demostrar que hasta hace unos segundos realmente estuvieron allí, el aire llenó el espacio vacío que dejaron ambos, moviendo el cabello de Kanda A.

Ahora, el único que quedaba era Kenichirō Kanda. De pie, con la boca entreabierta, paralizado.

Escuchó un gemido ahogado y, sin pensar, bajó la mirada. La niña que los tres Kenichirō Kanda se habían propuesto rescatar estaba tendida de lado, con los ojos cerrados. Su rostro infantil, pálido como la muerte, se había congelado en una expresión de dolor.

Tōko había perdido el conocimiento.

Interceptor 7

Todo fenómeno en este mundo tiene un principio y un final. Solo cuando algo termina, el ser humano puede confirmar su resultado. Sin embargo, aceptar ese resultado o no depende de cada persona. Cuando un resultado inaceptable cae sobre uno mismo, la forma en que se reconozca o no como tal revela lo que esa persona realmente desea.

Por ejemplo, imaginemos a alguien que desea ingresar a cierta escuela en particular, y que se esfuerza y estudia con dedicación para lograrlo. Pero el resultado no cumple sus expectativas: recibe una notificación de rechazo por parte de la escuela. En este caso, incluso si no puede creer en ese resultado, está en su derecho. Si esa persona —hombre o mujer— se niega a aceptar la realidad que se le ha impuesto y la pone en duda, no debería ser criticada por nadie. Al menos, mientras se mantenga en el ámbito de su pensamiento. Solo cuando ese escepticismo se traduce en acciones concretas, es que sus palabras y actos se exponen al juicio de los demás.

Creer que el propio juicio personal es equivalente al juicio de toda la humanidad es una libertad... pero también un error. La subjetividad individual no puede convertirse en objetividad. Porque cada ser humano es distinto. Ahí reside el límite del ser humano: en el hecho de que no puede conocer el pensamiento de otro de forma completamente perfecta y absoluta. Por eso, debemos ser conscientes de la imperfección del lenguaje como medio de comunicación. Por más que uno intente expresarse con todas sus palabras, las personas nunca podrán comprenderse del todo en el verdadero sentido.

La razón es que no se puede explicar completamente un concepto con palabras, y porque existen tantos conceptos como personas en el mundo.

El momento del final ha llegado.

Capítulo 7

"¿Qué pasa, ya se acabó? ¡Yo aún no he jugado lo suficiente! ¿No hay refuerzos? ¿El jefe final? ¿El giro inesperado? ¡Aburrido! ¡Esto es muy aburrido, Maiko-kun!"

Mientras la voz del hombre de bata blanca resonaba en los tímpanos de Kanda A, este observaba con la mente en blanco cómo la sangre que goteaba de su brazo teñía su camisa de un rojo oscuro. El dolor no era tan intenso; el asombro había entumecido sus sentidos. Podía sentir cómo su sistema nervioso simpático estimulaba la secreción de adrenalina con diligencia.

Parecía que el caos que se desarrollaba ante sus ojos había llegado, al menos por ahora, a su fin. Al dirigir de nuevo su atención al entorno, las figuras borrosas habían desaparecido por completo. Solo quedaban él, el hombre de la bata blanca y la joven vestida de negro, de pie en el oscuro almacén. La figura de Oto Tōko también había desaparecido.

"¡No tienes por qué preocuparte por la niña!"

Desde cierta distancia, el hombre de rasgos peculiares agitó los brazos enérgicamente mientras lanzaba su voz al aire con fuerza.

"¡Uno de los nuestros la protegió sin que le rozara un solo rasguño! ¡Por algo irrumpimos justo antes! ¡Aunque, francamente, fue una situación exasperante! ¡Tener que esperar a que otros decidan el momento de entrar en acción es, para alguien como yo que encuentra sentido a la vida en no dejarse atar por nada ni nadie, como un juego absurdo en una obra de tercera!"

La muchacha de cabello negro, alisándose los mechones con los dedos, frunció los labios.

"En ese caso, ¿no habría sido mejor dejarlo en manos de otros? Si me hubiera tocado colaborar con otra persona, habría obtenido al menos un poco más de paz mental. Ha sido un sinsentido absoluto. Yo no soy ni la niñera ni la

guardiana del jefe. Lamento profundamente a quien decidió emparejarnos. ¿Quién habrá sido?"

Ignorando por completo las palabras de su compañera, el hombre de la bata blanca se acercó sin miramientos a Kanda A y le preguntó:

"Veamos... ¿Eres tú la víctima? Entonces, ¿dónde está el *interceptor*?"

La pregunta del hombre de cabello alborotado dejó confundido a Kanda A. Su mente apenas empezaba a reactivarse. Por fin dirigía su atención consciente a ese extraño dúo, con su marcado contraste de blanco y negro. Su brazo palpitaba. El líquido rojo que goteaba y formaba charcos sobre el suelo brotaba de su cuerpo. Empezaba a sentir cómo la fría sensación de entumecimiento se asentaba sobre su herida.

Con voz débil y arrastrada, Kanda A murmuró:

"¿Interceptor? ¿Qué es eso? ¿Yo soy la víctima? ¿De qué estás hablando?"

"¿No se presentó contigo con ese nombre? Esa joven de identidad desconocida que los condujo hasta esta etapa final. Nosotros la llamamos el *interceptor de la línea temporal*."

"No estarás hablando de Hoshina, ¿verdad?"

Desde su perspectiva, los más misteriosos eran ellos.

"Nos interesa poco el nombre que tú hayas aprendido. Los nombres no tienen importancia. Lo que importa es el papel que cada individuo cumple. Para nosotros, esa chica a la que tú conoces como Hoshina no es otra que el *interceptor de la línea temporal*."

El hombre de bata blanca se pavoneaba con grandilocuencia sin razón aparente. Kanda A no entendía nada. *Interceptor de la línea temporal*. Era la primera vez que escuchaba ese término.

Fue entonces cuando la joven vestida de negro, con expresión seria, se acercó. Era la misma chica de cabello largo que había lanzado las bolas de fuego. Kanda

A pensó, en un rincón de su mente, que probablemente odiaba al tipo de la bata blanca.

Ella lo miró como quien observa un teléfono con la batería descargada, y le tendió una mochila.

"Tenga. Esta mochila, ¿no es suya?"

Era el bolso escolar que había dejado atrás Kanda N. Pero también era suyo. Desde que había ingresado a preparatoria, había ido y vuelto con esa misma mochila. La tomó con su mano derecha, aún ilesa. Al tocar el asa, supo de inmediato que le pertenecía.

El hombre de bata blanca, parloteando solo, exclamó:

"¿Se esfumó? ¡Tiene sentido! ¡Está claro que no tenía el ánimo para enfrentarse a alguien como yo! ¡La próxima vez no escaparé, interceptor! ¡Cuando la atrape, hablaremos largo y tendido! ¿No crees, Maiko-kun?"

"A mí no me importa mucho, pero tengo interés. Me intriga saber qué intención tiene al estar presente en este mundo. ¿Será parte de alguna organización? No creo que sea una enemiga."

"¡Eso está por verse! ¡No te precipites, Maiko-kun! Yo sospecho que—"

"Jefe, deje sus grandes deducciones para alguien más que no sea yo, por favor. Ahora mismo, lo más urgente es explicar la situación a esta persona, quien está herida en nombre del deber, ¿no le parece? Y otra cosa: le agradecería que no me llame por mi nombre de pila con tanta familiaridad."

"¿Una revelación es lo que necesitas? ¡Muy bien! ¡Yo, Miyano Shūsaku, resolveré este misterio por completo! ¡Recuerda bien mi nombre, chico! ¡Soy el hombre destinado a convertirse en el mejor mago del sistema solar! ¡Yo soy el ojo revelador que ve todas las cosas! ¿Verdad que sí, Kōmyōji-kun?"

¿No acababa de decir que los nombres no tenían importancia? Antes de que Kanda A pudiera responder, la chica llamada Maiko Kōmyōji replicó:

"Solo de imaginar que el jefe puede verlo todo, me da la misma sensación que si tuviera un insecto metido dentro del cuello de la camisa."

Luego se volvió hacia Kanda A y, con una frialdad helada, declaró:

"Usted no posee ninguna habilidad EMP. Quien usó la capacidad de viajar en el tiempo no fue usted, sino Oto-san."

"¡Eso era lo que yo quería decir! ¡No es justo, Maiko-kun!"

Ignorando la protesta, la chica de negro continuó:

"Oto-san es una portadora de la habilidad de viajar en el tiempo. Sin embargo, no se transporta a sí misma, sino que posee la rara capacidad de enviar objetos o personas a través del tiempo de forma forzada. Es algo extremadamente inusual. Por eso, terminó siendo blanco de aquellos tipos extraños."

Kanda A tardó diez segundos en asimilar esas palabras. Oto Tōko era una viajera en el tiempo. Ella fue la secuestrada. Y la que posee el poder de enviar a otros a través del tiempo. Quienes viajaron en el tiempo fueron... nosotros.

Con expresión pasmada, Kanda A murmuró.

"Entonces, eso de que viajé en el tiempo fue..."

"Sí, fue obra de Oto-san. No necesariamente tenía que ser usted. A ella le bastaba con que fuera alguien que pudiera venir a rescatarla. Usted simplemente fue elegido al azar por la habilidad de Oto-san. Ah, pero le ruego que no la culpe. Ella activó su habilidad EMP sin ser consciente de ello."

El tono de esta chica de blanco y negro era tan pulcro y formal como el de Sanae, pero el matiz era completamente distinto. Cada palabra que pronunciaba estaba impregnada de ironía y hastío.

"En realidad, fue una suerte para usted. Como no tiene habilidades EMP, no hay razón para que venga a vivir a la academia panorámica donde nosotros residimos."

"No estés tan segura. La manifestación de habilidades EMP es completamente aleatoria. Este muchacho podría despertar sus poderes en cualquier momento. Si eso ocurre, ven a la Academia Tercera EMP. Te daré la bienvenida con gusto. Hay un jefe de dormitorio bastante decaído últimamente. Me gustaría que se hicieran amigos. Tal vez se lleven bien."

"¿Y en qué se basa para decir semejante cosa? Seguro que esa persona también tiene su punto de vista."

"Mi punto de vista es correcto por defecto y por siempre. ¿He dicho alguna vez algo incorrecto en el pasado? No, ¿verdad?"

"No pienso responder a eso."

Esta pareja de blanco y negro parecía considerar a Kanda A como si fuera una máquina expendedora averiada con un cartel colgado: completamente irrelevante.

Kanda A gritó:

"¡Oigan, ¿quiénes son ustedes?! ¡¿Por qué se metieron aquí?! ¡¿Y quiénes demonios eran esos tipos?!"

"A la primera pregunta responderé así: somos los que protegen el orden. A la segunda: porque nadie más que nosotros podía salvar a esa niña de esas personas sin escrúpulos. Y a la tercera, responderé también: ellos eran personas sin escrúpulos."

Ninguna respuesta era verdaderamente una respuesta. Kanda A no tenía ánimo de profundizar más. Había algo más que le preocupaba desde hace rato.

"Había otros dos como yo. ¿Dónde están? ¿A dónde desaparecieron?"

"Eso es obvio, ¿no? Viajaron en el tiempo. Ya deberías estar acostumbrado a eso, ¿no?"

"...Hoshina. Es cierto, ¿dónde está ella?"

"Hmmm..."

El hombre de bata blanca, el llamado jefe, se llevó los dedos a la barbilla.

"Para ti eso no es importante. No es algo alegre, claro, pero te lo aseguro: a partir de ahora, ya no tendrás más relación con esa misteriosa *interceptora de la línea temporal*. En ese sentido, te compadezco. A diferencia de nosotros, que llevamos una vida escolar llena de placer y entretenimiento, tú seguirás tu vida sin relación alguna con eso. Qué lástima."

"Eso no necesariamente es algo malo. Le agradecería que dejara de hablar con base en su punto de vista. No todos consideran la vida en el EMP como un entretenimiento. En lo personal... no, no es que lo disfrute, pero como parte de mi experiencia vital, pienso aprovechar lo vivido en el futuro. Además, he encontrado amigos valiosos y mentores que respeto. Aunque, por cierto, jefe, usted no está incluido entre esos mentores que respeto."

"Yo creo que esos hermanos simplemente han perdido su lugar en el mundo. El jefe de dormitorio debería ser más honesto consigo mismo."

"Se va a meter en problemas, ya verá. Aunque parezcan tranquilos, cuando Wakana-san se enoja, es incontrolable. Justamente porque no se enoja casi nunca, es aún más aterradora. Eran gemelas, después de todo, y comparten tendencias similares."

Estos dos hablaban de cosas que Kanda A desconocía por completo. Él se sentía como si lo hubieran dejado fuera, completamente excluido de la conversación. Era molesto.

Con una sonrisa extraña, el hombre de bata blanca dijo con tono inesperadamente serio:

"La parte del análisis se la dejaré a Maiko-kun. Anda, explícaselo rápido. Yo asumiré el papel de Watson."

"¿No es simplemente porque le da pereza explicarlo usted mismo? Por lo menos, encárguese de hacer el informe para Makoto-san."

"Esa mujer seguro leerá nuestras mentes antes de que le digamos nada. Vamos, Maiko-kun, cuéntale la escena final de la resolución del caso de forma que incluso un tonto pueda entenderla."

"Creo que esta persona ya ha empezado a entenderlo. Si es así, no hace falta explicar nada."

"Explícamelo."

Dijo Kanda A.

"No entiendo nada."

La chica vestida completamente de negro levantó la cabeza con una expresión dura como una muñeca de tamaño real.

"Si recuerda el principio de todo, creo que podrá entenderlo. ¿Recuerda la situación en la que se dio cuenta de que estaba envuelto en algo anormal? Según lo que he escuchado, usted volvió al día diez con un cuchillo ensangrentado, ¿no es así? Solo con eso debería ser suficiente pista."

"¿Y qué con el cuchillo? ¿Dónde está la pista ahí?"

La tal Maiko, con su largo cabello negro, lo miró con esa expresión característica de quien conoce la respuesta y desprecia al que no la sabe.

"¿Quién sostenía el cuchillo que lo hirió? Según ustedes, fue Kanda N, ¿verdad? ¿Y qué pasó con él? Desapareció sin previo aviso. Igual que Kanda B. ¿Dónde fueron? El destino es uno solo. Kanda B y Kanda N fueron enviados tres días atrás en el tiempo. O, para ser precisos, Oto-san los envió. Tres días atrás: sangre, cuchillo. ¿Ya lo va entendiendo?"

Kanda A pensó. ¿Quién era el que empuñaba el cuchillo ensangrentado bajo la lluvia?

Yo.

¿Quién era el dueño de la sangre en el cuchillo?

Yo.

Yo me herí a mí mismo... y luego aparecí en la lluvia...

"Ya lo ha comprendido, ¿verdad? El doble suyo al que llamaba Kanda N, se convirtió en usted mismo tras ese último salto temporal. En Kanda A. Fue Oto-san quien lo provocó, aunque ella no es consciente de ello, así que le ruego que no le exija responsabilidad alguna."

"¿Por qué... fui yo? Ni siquiera había visto a esa niña antes."

"¿No lo escuchó? Se lo dije. A Oto-san le bastaba con que fuera alguien que tuviera la intención de salvarla. Y ese alguien resultó ser usted, por simple casualidad."

"Pero yo no hice nada. Los que vinieron a rescatarla fueron ustedes."

"En el momento en que ella activó su habilidad de viaje temporal, lo que vio fue a ustedes irrumpiendo en escena con la intención de ayudarla."

"...Pero que yo haya viajado en el tiempo no significa que vendría a rescatarla, ¿cierto?"

"Al contrario, usted tenía que venir. Y de hecho, vino."

"Eso fue porque... yo iba siguiendo a Kanda N..."

"Exactamente. Oto-san sabía que usted sería su salvador. Por eso lo envió. Lo sabía y lo hizo. ¿Lo entiende? Oto-san usó su habilidad hace apenas unos momentos, mientras ustedes estaban forcejeando. Fue así como Kanda B y Kanda N regresaron al pasado."

"...Espera. Eso no cuadra. Entonces, ¿el Kanda B que apareció primero, el que llegó del día 7 al 10, qué era? ¿Ella también lo hizo en ese momento?"

La chica vestida de noche, llamada Maiko, le dedicó a Kanda A una sonrisa claramente artificial, y en un tono como si le hablara a un niño, le explicó:

"Preste atención. Para liberar a Oto-san, era necesario usted, Kanda A. Y para que usted llegara hasta aquí, era necesario que Kanda N lo guiara. Para que Kanda N supiera de este lugar, era necesario que Kanda B tuviera consigo los recuerdos del día 13 al momento de viajar al 10. Para ello, Kanda B tuvo primero que saltar tres días al futuro, y luego retroceder esos tres días. Por eso, Oto-san lo hizo así. No había otra forma de mantener la coherencia de la causa y el efecto."

Quien conocía la ubicación donde mantenían prisionera a Oto Tōko era Kanda N. Kanda N lo sabía gracias a los recuerdos que conservaba de cuando era Kanda B. Y Kanda B sabía de ese lugar porque Kanda N le había dicho que iría allí.

En otras palabras, la causa y el efecto estaban en un bucle.

"Eso no tiene sentido. Aunque no haya contradicciones, entonces ¿quién fue el primero en saber de ese lugar? ¿B o N?"

"Exactamente. Es como el dilema del huevo y la gallina. El proceso de viaje temporal en el que ustedes tres se han visto atrapados describe una estructura circular en el tiempo. Y usted, por fin, ha escapado de ese ciclo."

Kenichirō Kanda comprendió entonces por qué Kanda N parecía actuar sabiendo absolutamente todo. La verdad era que lo sabía. Conocía la ubicación de aquel edificio embrujado porque, el día anterior, como Kanda B, había seguido junto a él y Sanae a Kanda N. Sabía que el día 11, al verlo por casualidad en la estación, yo lo seguiría. Porque yo mismo, como Kanda B, se lo había contado. Kanda B, con esos recuerdos, viajó al día 10. Y tenía que actuar tal como lo recordaba. Porque si no lo hacía así, yo nunca le habría dicho aquello a Kanda B. Y sin eso, el incidente no se resolvería. Él lo sabía.

Maiko le dedicó una sonrisa irónica mientras lo observaba.

"A partir de ahora, su futuro le pertenece. Ya no es B, ni N, ni A. Si acaso, debería llamarlo Kanda A'-san."

"....."

Kenichirō Kanda negó con la cabeza. Que lo llamaran con un símbolo era inaceptable. Demasiado confuso.

"...¿Y ahora qué me espera?"

"Nada. Así como está. Puede continuar su vida como un ciudadano común y corriente, como si nada hubiera pasado. Debería alegrarse."

"¿Y volver al tiempo original...?"

Antes de que terminara de preguntar, Maiko, visiblemente fastidiada, curvó sus labios rojos con desdén.

"Ya ha vuelto, ¿no lo recuerda? Piense. ¿Qué hora marcaba su reloj cuando fue al día diez?"

Volvieron a su mente los números que habían desdibujado su sentido de la realidad cuando vio por primera vez a Kanda B en su habitación tres días atrás:

6-13 (jueves), 9:46 a.m.

Había recuperado el sentido de sí mismo bajo la lluvia, y salió corriendo al ver la sangre y el cuchillo. Eso fue unos quince minutos antes de esa hora, tal vez.

"¿Sabe qué hora es ahora?"

Kanda A negó con la cabeza. Maiko le mostró la carátula de su pequeño reloj analógico en la muñeca derecha. Su mano era tan blanca y delgada que se veían las venas azules bajo la piel. Las manecillas marcaban las 9:45.

"Le doy la bienvenida de nuevo. Ha regresado a su tiempo original. Esta es su verdadera línea temporal. ¿Tiene algún problema con eso?"

"Pero... aún así..."

"¿Todavía quiere discutir? Se lo diré con un ejemplo rápido. Viajar al futuro en realidad es muy fácil. No se necesita ninguna habilidad especial. Cualquiera puede hacerlo. No, incluso una cucaracha o un grillo o una piedra del camino pueden hacerlo. Como vivimos dentro del tiempo, y este fluye sólo hacia el

futuro, todos nos desplazamos constantemente hacia adelante. Le guste o no, es un desplazamiento forzoso. Seguir viviendo en la realidad es, en sí mismo, un viaje continuo hacia el futuro."

Al ver el rostro de Kanda A, que seguía sin entender, Maiko frunció el ceño con impaciencia:

"Si cuando retrocedió tres días en el tiempo hubiese salido volando al espacio a una velocidad cercana a la luz, y luego regresado tras un breve tiempo, en la Tierra habrían pasado tres días en un instante. Habría vuelto directamente al punto de partida del día 13. Así de simple."

Mirando de reojo a Miyano Shūsaku, que seguía con cara de 'yo no sé nada', Maiko dijo:

"Desde la perspectiva de un observador externo al flujo del tiempo de este mundo, su proceso se ve así: primero, desde el día 7, B viaja al 10. Luego, B vive hasta el 13, y vuelve al 10. En ese momento, B se convierte en N. N vive del 10 al 13, y vuelve otra vez al 10. N se convierte en A. Y A vive hasta el 13 una vez más. Y así, usted está aquí. Todo cuadra."

Un doble bucle. Kanda A —yo— recorrió tres veces del día 10 al 13, y dos veces de regreso al día 10. La razón por la que no tenía recuerdos de esos seis días era esa. Del 10 al 13, los recuerdos estaban cuantificados, porque el futuro era incierto. Y del 7 al 9, no tenía recuerdos porque simplemente... no existía. Kanda B había viajado del 7 al 10. Kanda N había viajado del 13 al 10, para luego convertirse en Kanda A. No había forma de que pudiera haber estado en casa. No existía en el mundo. Sanae había tenido razón.

"Kanda N... la razón por la que B, hasta hace un momento, pudo conservar los recuerdos del futuro al regresar al pasado... ya se lo han explicado, ¿no es así? Por parte de la *Interceptor*. Él vino desde tres días atrás hasta el presente, y luego regresó tres días más. ¿Recuerda lo que dijo? Exacto, *más menos, cero*. Usted perdió sus recuerdos porque, visto desde el futuro, hubo una diferencia de menos tres días. ¿Lo entiende ahora?"

"...¿Ella... estaba involucrada en esto?"

"Bueno, eso ya no lo sé. Si tuviera que guiarme por mi intuición, diría que no tenía nada que ver. Probablemente sea una historia que avanzaba por su cuenta en algún otro lado. Pero eso puede averiguarlo usted mismo."

Lo dijo Maiko con cortesía, pero sin dejar espacio a réplica. Miyano, que había estado mirando al vacío, se interpuso de repente entre Maiko y Kenichirō.

"¿Se acabó la charla?"

"Sí, en términos generales. No sé si este caballero realmente comprendió algo."

"Entonces volvamos. Ya tengo hambre. Si nos apuramos, aún llegamos al almuerzo."

"No entiendo por qué esa obsesión suya con el comedor escolar. ¿No se le antoja, por una vez, un brunch *fantástico* en algún lugar *maravilloso*? Por supuesto, invitado por el jefe."

"Lo rechazo. ¿Acaso no tienes espíritu escolar? ¡Nuestra gloriosa Tercera EMP!"

"En lo absoluto. Pero sí tengo espíritu de rebeldía contra el jefe."

"¡Vaya, qué respuesta tan estupenda! ¡Me ha gustado! ¿Podré usar ese chiste en otra ocasión?"

"Hágalo si quiere. Yo no volveré a usarlo jamás, y ni siquiera lo dije con intención de ser graciosa. Pero le advierto que si no quiere enfriar el ambiente, sería mejor no abusar de eso."

"¡Bien!"

Mientras agitaba con energía la bata blanca, el tal jefe Miyano se volvió hacia Kenichirō Kanda con una sonrisa desagradable y dijo:

"¿Deberíamos liberar el control mental que te impusieron? Yo no soy bueno en esos métodos indirectos. Maiko-kun, hazlo tú."

"Yo tampoco me llevo bien con las técnicas empáticas. Si estuviera Makoto-san, lo haría en un instante."

"Bueno, si el origen de la influencia desapareció, se desactivará solo con el tiempo."

Kenichirō Kanda quitó la mano con la que presionaba la herida. El líquido cálido bajaba por su brazo izquierdo y goteaba por la punta de los dedos. Maiko entrecerró los ojos y comentó:

"Le recomiendo mantener el brazo izquierdo por encima del nivel del corazón. Ayudará a detener la hemorragia."

Ignorándola, preguntó:

"¿Por qué saben tanto sobre lo que nos pasó?"

"Porque nosotros tenemos capacidades algo más desarrolladas que los habitantes de este mundo. Y para serle sincera, toda la explicación que le di hace un momento... no es de mi autoría. Solo le transmití fielmente lo que me dijeron que debía decirle."

Maiko tomó la punta de su largo cabello y la observó fijamente, como solía hacer cuando se aburría —aunque Kanda no tenía forma de saber eso.

"Que el caso de la desaparición de Oto-san involucraba habilidades EMP, era algo evidente para quienes están familiarizados con el tema. El IS Field, el *Image Scrambler*, estaba presente en el grupo de criminales. Solo debíamos averiguar por qué la habían elegido como objetivo. Y al hacerlo, descubrimos que ella había manifestado una habilidad extraordinaria. Eso es lo que nos dijeron."

Antes de que pudiera preguntar quién se los había dicho...

"¡Y así concluye tu papel en esta historia! ¡Hasta la vista, Kanda Alfabético! Si alguna vez vuelves a verte enredado en algo interesante, no dudes en llamarme. Si creo que vale la pena, y estoy de humor, quizás aparezca."

"Para despedirme, le contaré un último fenómeno curioso. Bueno, curioso según nuestra presidenta del consejo estudiantil... Es sobre el cuchillo que lo hirió."

Kenichirō Kanda miró a la joven de labios rojos como de bruja, sin entender qué tenía eso de interesante.

"Kanda N lo cortó a usted con ese cuchillo, y luego regresó en el tiempo para convertirse en Kanda A y aparecer el día diez. Usted dejó ese cuchillo en su armario en casa, ¿no es así? Luego, Kanda B saltó también al día diez, se convirtió en Kanda N, y trajo el mismo cuchillo. Lo encontró en el armario de su cuarto y lo trajo consigo. Y luego lo usó para herirlo."

Lo entendió. Kenichirō Kanda quedó boquiabierto. Eso significaba que...

"Así es. A diferencia de usted, el cuchillo sigue atrapado en un bucle eterno entre el día diez y el trece. ¿De dónde vino originalmente ese cuchillo? Es un misterio fascinante, ¿no cree?"

Maiko le lanzó una última mirada indiferente al paralizado Kenichirō, e hizo una elegante reverencia. Su largo y liso cabello negro se agitó suavemente.

"Pues entonces... que tenga un buen día."

Los dos se alejaron sin mirar atrás, como si él ya no mereciera su atención. Las siluetas blanca y negra se alejaban paso a paso. Tal vez para ellos, Kenichirō Kanda no era más que un recuerdo irrelevante. Y él se quedó allí, inmóvil, hasta que la posibilidad de que regresaran se volvió prácticamente cero.

¿A quién esperaba?

Nadie regresó. Ni sus otros dos yo. Ni Hoshina Sanae. Ni Oto Tōko.

Solo quedaba una llave que había dejado caer Kanda B, rodando por el suelo.

Fue solo al hospital.

La herida de cuchillo que recibió Kenichirō Kanda no era profunda. Pero le pusieron cinco puntos. Más que el dolor de la herida, dolía el proceso de coserla. Y sin pensarlo, se quejó al médico:

"¡¡Duele, maldita sea!!"

"¡Pues claro! No te puse anestesia. Para esta herida, no la creí necesaria. ¿Acaso dudas de mi criterio médico?"

Dolía demasiado como para siquiera pensar en dudarlo.

"Es una prueba de que estás vivo. Los muertos no sienten nada. El dolor es algo que va de la mano con la vida. Como un compañero que camina junto al acto de existir. Bueno, eso dicen las figuras retóricas. No tiene ningún sentido real. Ah, ya veo que te preguntas por qué no te puse anestesia, ¿verdad? Es para que recuerdes bien este dolor. Así, no volverás a meterte en una situación en la que termines con una herida de cuchillo. Apostaría a que molestabas a un amigo y se hartó y te atacó con una navaja, ¿no? Algo por el estilo."

Explicar que había sido un accidente, que quien blandía el cuchillo era en realidad uno mismo, pero otra versión de uno mismo, y que en cierto sentido era una herida de honor... parecía demasiado absurdo. Y sobre todo, el dolor punzante causado por el torpe manejo de la aguja del matasanos no dejaba espacio para andarse con explicaciones.

"Sanarás pronto. No parece una herida tan grave como aparenta. Agradece que eres joven. Te recuperarás rápido. Claro que también gracias a mi gran habilidad. En una semana estarás como nuevo. Aunque puede que te quede una cicatriz. Cada vez que la veas, recordarás este dolor."

Con el brazo izquierdo completamente envuelto en vendas, Kenichirō Kanda salió del hospital. Alzó la vista hacia el cartel con el nombre del hospital y lo grabó en las arrugas de su cerebro. Pase lo que pase en el futuro, jamás volvería a tratarse con ese doctor. Bueno... probablemente tendría que regresar una vez más, para mostrar su seguro médico y que le quitaran los puntos.

Caminando con cuidado para no irritar la herida, que empezaba ahora a palpar con fuerza, Kenichirō Kanda llegó por fin a la estación y subió al tren de regreso.

A la ida eran tres. Ahora, uno solo.

Después de todo, uno siempre ha sido uno. Volver a ese estado original debería ser algo digno de celebrarse. Y eso, en cierta forma, estaba bien. Lo que no estaba bien era que *ella* no estuviera ahí. Hoshina Sanae.

Mientras el tren se balanceaba, movió la mirada de un lado a otro. La chica cuya sonrisa era su rostro natural no estaba por ninguna parte.

Tan pronto como llegó a su estación, Kenichirō Kanda se dirigió al edificio de apartamentos de Sanae. En la entrada marcó el código que se sabía de memoria, subió al piso 507, y al revisar su bolsillo encontró dos llaves iguales: la suya y la que había recogido de Kanda B. Introdujo una en la cerradura. La puerta se abrió sin resistencia, como si fuera lo más natural.

"....."

Dentro, estaba oscuro. Y no había nada. Absolutamente nada. El sofá que servía de cama, la lujosa alfombra, el enorme televisor, la mesa, los platos, el lavavajillas... todo había desaparecido. Ni el aroma de Sanae ni los rastros del día a día que habían compartido quedaban allí.

Solo un departamento vacío.

Una parte de él ya lo sospechaba. Como si en el fondo lo supiera, había tenido la sensación de que al regresar, ese lugar estaría desierto. Pero al mismo tiempo, en algún rincón de su mente, se había aferrado a la esperanza de que ella lo recibiría con esa sonrisa serena. Como quien compra un billete de lotería y espera ansioso el resultado.

Todo se había desvanecido.

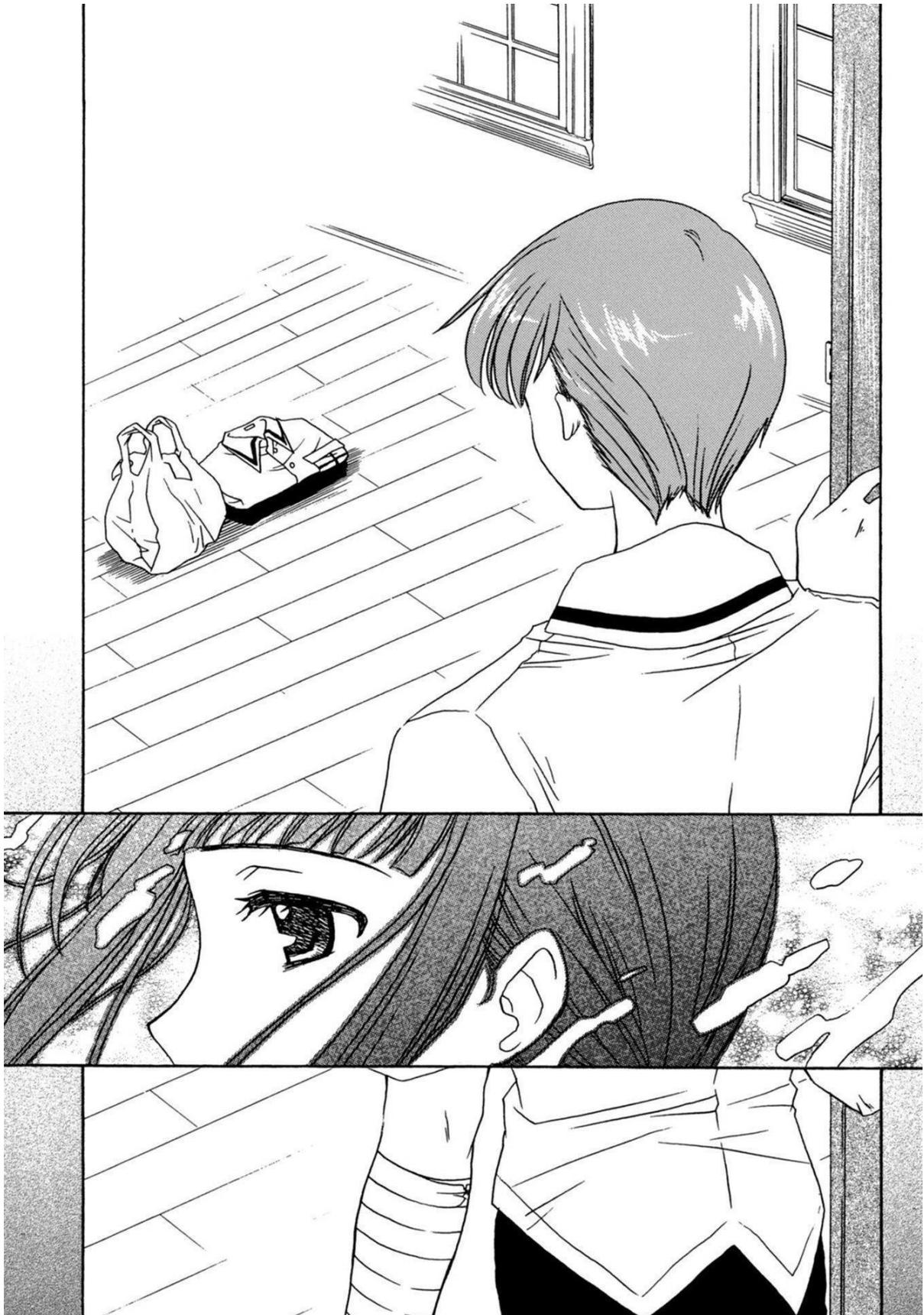
Descalzándose, Kenichirō Kanda entró y deambuló por la habitación como un oso enjaulado en el zoológico. Miró por la ventana el paisaje que se extendía abajo, abrió el grifo de la cocina solo para dejar correr el agua mientras se lavaba las manos sin motivo alguno, y abrió y cerró varios estantes. Finalmente, se decidió a entrar en el dormitorio de Sanae, al que nunca había pasado antes.

Nada.

Tal vez, desde el principio, nunca hubo nada. Tal vez él y Kanda B habían sido como aldeanos engañados por un zorro, comiendo hojas creyendo que era comida, bañándose en un estercolero pensando que era una fuente termal. Era un nivel de vacío tan grande que casi parecía plausible.

Si no fuera por eso, tal vez lo habría creído de verdad.

En medio de la habitación, había solo dos cosas: unas zapatillas deportivas viejas metidas en una bolsa de conveniencia, y junto a ellas, el uniforme de verano del instituto, perfectamente planchado. Solo eso. Dos objetos que afirmaban su existencia en medio de la nada.



El recuerdo que dejó Kanda B: las zapatillas de baloncesto de Yuki. La camisa y los pantalones que Kanda A había usado cuando le llovió encima. Solo eso quedaba como prueba de existencia.

Sentado con las piernas cruzadas frente a ellos, con los brazos cruzados, Kenichirō Kanda contempló en silencio la suciedad de los zapatos y las arrugas de la camisa. Se quedó así hasta que cayó la noche, sabiendo que, por mucho que esperara, nadie vendría.

Cuando el cielo se tiñó de púrpura, por fin recogió las cosas y regresó a casa.

Se suponía que solo habían pasado tres días desde que se fue, pero sentía como si hubiese regresado después de tres años. La casa de los Umibihara, sus vecinos, seguía igual. Ya debía de ser la hora en que Yuki estaba en casa.

Entró utilizando la llave de repuesto que estaba escondida bajo la tubería de desagüe, oculta con cinta adhesiva. No había nadie. Al abrir la puerta de su habitación, tampoco encontró a nadie esperándolo.

Asomándose por la rendija del armario, fue recibido por unos ojos dorados.

"Hola, Kurof. Cuánto tiempo."

El gato negro lo miró con una expresión indescifrable, bostezó ampliamente y soltó un leve "nya-ron".

Buscó el cuchillo, pero no lo encontró. Solo estaba el gato. La única prueba de que alguna vez hubo un cuchillo era una pequeña mancha, seca y oscura, sobre el futón.

Kenichirō Kanda tomó a Kurof en brazos y lo colocó sobre su hombro. El gato se aferró con las garras, pero se dejó cargar sin quejarse. Tras un rato así, lo bajó y lo colocó sobre el escritorio. Se le ocurrió abrir uno de los cajones.

No había ninguna máquina del tiempo esperando dentro.

"...Claro que no."

Lo dijo en voz baja. No era un niño. Sentirse decepcionado por haberlo creído, aunque solo fuera por un momento, era ridículo. En el armario podía haber un gato, pero no un robot con forma de gato. En este mundo no existen tantas cosas misteriosas, y sin embargo, él acababa de regresar de una de las más extraordinarias.

Mientras acariciaba la nuca de Kurof, que dormitaba sobre el escritorio, rascándole suavemente mientras el gato cerraba los ojos con expresión placentera, el teléfono sonó de repente.

Kenichirō Kanda salió corriendo del cuarto, bajó las escaleras a toda prisa y se lanzó casi de cabeza hacia el teléfono que estaba en la esquina de la cocina.

"¿Hola?"

"Ah, estás ahí. Soy yo", dijo la voz desgana de Yuki. Esa desgana se le contagió al instante.

"...Ah, eres tú."

"¿'Eres tú'? ¡Qué manera de contestar! Ven ahora mismo a mi casa. Ya. ¿Entendido?"

Cortó la llamada.

Mientras colgaba el auricular, Kenichirō Kanda se preguntó a sí mismo a quién esperaba que fuera esa llamada.

Quién sabe. No lo sé.

Con un pequeño suspiro resignado en el pecho, cargó la bolsa del súper con las zapatillas dentro en una mano, y a Kurof en la otra, y fue a casa de los Umibihara. Quien lo recibió fue Mitsuki. Con esa carita insegura, bajó la mirada hacia los pies de Kenichirō. No llevaba pijama, sino una camiseta con logotipo y una falda de mezclilla hasta las rodillas. Kenichirō sabía que esa ropa era un regalo heredado de Yuki.

"¿Ya estás bien?"

"...Sí", respondió ella, tímidamente.

"Qué bueno."

"...Sí."

"Estaba preocupado por ti."

"...Sí."

Tal vez quien estaba realmente preocupado era Kanda B, más que yo, pensó. Luego, le tendió el gato negro a Mitsuki.

"Juega con Kurof. Últimamente no hace mucho ejercicio. Engordó un kilo."

Finalmente alzó la mirada, lo miró por un momento, luego apartó la vista, y abrazó a Kurof, que movía la cola de un lado a otro. Hundió la nariz entre el pelaje de la cabeza del gato. Kurof, con una expresión resignada, entrecerró los ojos y dejó escapar un ronroneo, como diciendo: "Está bien, esto complace a los humanos".

Mientras Mitsuki apoyaba la mejilla sobre su lomo, murmuró:

"...Mi hermana quiere hablar contigo."

"Ya lo imaginaba."

"Está esperándote en su cuarto."

"Entendido."

"Vamos, Kurof."

Sosteniendo al gato que se había relajado como una masa blanda, Mitsuki subió corriendo las escaleras. Kenichirō la siguió, subiendo los peldaños con paso firme. Se oyó el sonido de una puerta cerrándose, seguido de las pisadas del gato corriendo. En el cuarto de Mitsuki había muchos juguetes favoritos de Kurof: ratones con cuerda, palitos de matatabi, entre otros.

Escuchando las risas suaves desde el otro lado, Kenichirō Kanda abrió la puerta frente a él. Nunca había habido costumbre de tocar antes de entrar.

Yuki estaba recostada de forma arrogante en su silla giratoria frente al escritorio. Lo miró de reojo.

"¿Qué te pasó? ¿Y esa herida? ¿Dónde estuviste estos días que faltaste a clases?"

"Ya sabes... cosas. Pasaron muchas cosas."

Se sentó en la cama y respondió con desdén. "Cosas". Una palabra increíblemente útil. Lo dice todo sin decir nada.

Le lanzó la bolsa del súper. Yuki la atrapó con una mano, miró dentro y frunció el ceño. Bufó ligeramente por la nariz.

"Bueno, no importa. Me lo contarás con calma después. Ahora no es momento para eso."

Yuki parecía de mal humor. Hablaba con el rostro serio, con la voz cargada de ese mismo mal humor.

"Aunque no te hubieras lastimado, hoy no iba a hacer nada."

Lo que Kenichirō Kanda recibió fue un diario que parecía una agenda.

"Es de Mitsuki."

Lo hojeó. Letras pequeñas y temblorosas se alineaban con trazos delicados.

"En la parte con el post-it."

Era la entrada del 10 de junio.

Ahí estaban escritas con detalle las emociones que Mitsuki sentía por Kenichirō Kanda. Antes de leer siquiera la mitad de la página, Kenichirō cerró el diario. Fue suficiente.

"...También en otros días hay textos parecidos."

No sabía desde cuándo había ocurrido. Desde cuándo Mitsuki, igual que su hermana, había dejado de ver al chico de al lado como a un simple vecino. No tenía ánimo para retroceder y leer hasta llegar a ese punto. Tampoco deseaba saber cómo había hecho para esconder sus sentimientos sin que Yuki ni él se dieran cuenta.

No sabía qué había sentido Mitsuki al volver bajo el paraguas con Kanda N aquel día 10. Quizás él mismo dijo algo que rompió alguna cuerda tensa en su interior. El único que podría saberlo era Kanda N de ese momento. Y ahora, Kenichirō no tenía esos recuerdos.

Oye, Kanda B... ¿Qué fue lo que dijiste tú?

"Qué idiota soy...", murmuró Kenichirō.

Yuki asintió.

"Sí, un idiota. Tú y yo también."

Suspiró, giró su silla giratoria varias veces y, tras unas cinco vueltas, se detuvo.

"Oye... Ayer, en el mercado. El que vi fuiste tú, ¿verdad? En ese momento me sentí engañada, como si me hubieran tomado el pelo."

"Sí."

"¿Y quién era ella?"

"Hoshina Sanae. Está en mi clase, ¿la conoces? Es compañera de clases. Pasó algo... y me estuvo ayudando."

Yuki lo miró con una expresión que dudaba seriamente de su cordura. Con voz firme, le dijo:

"¿Cómo dijiste? ¿Hoshina Sanae? ¿Dices que está en tu clase?"

Hacía tiempo que no veía esa cara de preocupación genuina en Yuki. La última vez había sido en el kínder, cuando Kenichirō Kanda fue golpeado en la cabeza por el asiento de un columpio y casi se desmaya.

Yuki le tocó la frente para asegurarse de que no tenía fiebre y, con rostro severo, dijo con voz a punto de estallar:

"Escucha bien: conozco a todas las chicas de tu clase. Investigué. Me sé todos los nombres y caras. ¡No hay nadie llamada Hoshina!"

"¿Estás bromeando?"

Yuki lo miró ahora totalmente furiosa.

"¿Quién era esa?"

No había forma de responder.

*

Ya había pasado una semana desde aquel caótico "día trece". La fecha actual era el 20 de junio. Una semana sin eventos. Tan carente de incidentes que resultaba desconcertante. Lo único que había hecho Kenichirō Kanda fue visitar nuevamente la ciudad donde vivía Oto Tōko.

Usando un mapa como guía, llegó sin problemas a la dirección de su casa. Pero lo único que encontró fue un letrero de inmobiliaria: "Se renta / se vende". La casa de la familia Oto estaba completamente vacía.

Al preguntar a los vecinos:

"Después del incidente en que su hija fue rescatada, se mudaron de inmediato. Dijeron que no podían vivir en un lugar con tanto alboroto. No los culpo."

Nadie supo decir adónde se habían mudado.

Por cierto, el ausentismo de Mitsuki solo duró tres días. Ahora todo volvió a la normalidad. Cada mañana, va con Yuki a recibir a Kenichirō Kanda como siempre. Incluso el mal humor de Yuki solo duró tres días. Ahora había vuelto a su obsesión con las artes marciales tradicionales, centrando su energía en mejorar sus llaves de agarre.

Y ahora, Kenichirō Kanda se encontraba en el tren, mirando su reflejo en la ventana. Venía de quitarse los puntos en la clínica del médico de siempre. Como la clínica quedaba cerca del puerto, tenía que tomar el tren, lo cual era molesto, pero al parecer el doctor era muy bueno. La herida sanó por completo. Al final, parecía que sí era verdad que no era tan grave.

Mientras su muñeca se balanceaba del asa del tren, Kenichirō dejó que su mirada se deslizara hacia el vagón de al lado. Se preguntaba si, por casualidad, habría algún tipo con exactamente su misma compleción, usando un sombrero que no le iba y unos lentes de sol, mirándolo fijamente desde ahí.

Por supuesto, no encontró a nadie así. Kanda B y Kanda N eran ya personas del pasado. Solo existían en el pasado. Todo había terminado. El “ahora” solo existe en este momento. Ni en el futuro ni en el pasado. Solo aquí. Y aquí está él, solo.

Sanae también había desaparecido.

Yuki no conocía a ninguna Sanae Hoshina. Afirmó tajantemente que no le sonaba el nombre de ninguna alumna con ese nombre. Según dijo, nadie en la clase recordaba a una compañera así. Por más que Kenichirō Kanda explicara que era una chica de cabello trenzado como una muñeca hina, de piel blanca y, si uno se fijaba bien, bastante linda y menudita, todos no hacían más que inclinar la cabeza, confundidos. Cuando preguntó al maestro titular, este se mostró desconfiado; le enseñaron el registro de asistencia, y al revisar incluso la lista de nombres de la clase, finalmente descubrió que no había ninguna persona con ese nombre en toda la escuela. No existía ningún club de estudio de fenómenos paranormales ni nada por el estilo.

Entonces, ¿quién era esa tal Sanae Hoshina que lo había hospedado, cocinado para él, y siempre lo recibía con una serena sonrisa? ¿Qué significaba esa extraña compañera de clase que vivía en su memoria?

¿Era él quien estaba mal, o era todo el resto del mundo el que se había desajustado? ¿Cuál de las dos opciones era la verdadera?

Es la primera.

Una voz cálida como un rayo de sol resonó en su mente.

Lo siento mucho. He alterado un poco, solo un poquito, tus recuerdos. No tengo palabras para disculparme por esto. Sé que no podrás perdonarme, pero es lo único que puedo hacer. Lo siento.

Era la voz de Sanae. Resonaba directamente en su cerebro, en su materia gris. Pero lo entendió de inmediato. Solo ella podía hablarle de ese modo.

“¿Dónde estás?”

Kenichirō Kanda miró a toda prisa a ambos lados, buscando con la mirada a esa frágil y callada chica. No estaba en ese vagón. ¿Tal vez en el siguiente? ¿Dónde?

No estoy en ningún sitio. No voy en ese tren. Te estoy observando desde lejos.

Kanda se pegó a la puerta del tren. ¿A la derecha? ¿A la izquierda? La presencia nebulosa de Sanae flotaba en el ambiente con la misma expresión apacible y culpable que él recordaba de ella.

La primera vez que nos conocimos, cuando yo me hacía llamar Sanae Hoshina, fue el 10 de junio.

Antes de que pudiera comprender lo que eso significaba, Sanae continuó.

Voy a liberar tu mente del control mental que había ejercido. Es un acto muy egoísta de mi parte, pero... ¿me permitirías al menos dejar tus recuerdos sobre mí intactos? No puedo borrar el deseo que tengo de que me recuerdes. Ser olvidada por alguien, por haber estado ahí... eso es muy triste.

"¡Oye!"

Se le escapó la voz. Notó cómo los pasajeros a su alrededor se alejaban un poco. ¿Y qué? Le daba igual.

"¿Qué significa todo esto? ¿Dónde estás? ¡Quiero hablar contigo cara a cara!"

Para mantener estable esta continuidad espaciotemporal, manipule deliberadamente sus pensamientos, los de Kanda B, Kanda N y Kanda A... y

también los tuyos. No podía saber si ustedes llegarían por sí mismos al núcleo del problema.

"¿Dónde estás, Hoshina?"

De no haberlo hecho, podría haberse producido un futuro completamente distinto. Cerrar el bucle temporal en el que te habías atrapado... ese era mi papel.

Kenichirō Kanda cerró los ojos. Detrás de sus párpados oscuros, los colores de muchas emociones se mezclaban formando remolinos.

Mi papel. Cerrar el bucle temporal.

Si de verdad ella había estado cumpliendo ese papel, entonces algunos de los misterios que todavía albergaba empezarían a deshacerse y desaparecer. Si tomaba esas dos palabras y las colocaba en los signos de interrogación que le quedaban, encontraría una respuesta lógica. Y esa respuesta le ofrecía una explicación que lo satisfacía. Los remolinos tras sus párpados se teñían de un solo color.

Mirándolo bien, todo había sido muy extraño.

El rostro y el nombre de "Oto Tōko", que solo recordaba por conveniencia. Los consejos que le dio, siempre en el momento justo, Sanae Hoshina. El encuentro aparentemente casual con Kanda N en la estación. El rechazo que provocaba el edificio embrujado. ¿Por qué él y Kanda B recordaron el nombre de Sanae Hoshina en primer lugar y fueron a buscarla? ¿Cuándo habían aprendido la dirección donde vivía, que ni siquiera figuraba en el anuario de la clase? ¿Por qué sus pies caminaron naturalmente hacia ese lujoso departamento? ¿Por qué pensaban que ella entendería lo que sucedía?

Recibió su visita sin inmutarse, los invitó con total naturalidad, y fue amable. Excesivamente amable.

¿Por qué aceptaron tan fácilmente la idea absurda de que habían viajado en el tiempo? ¿Cuándo empezaron a creer las teorías que ella les planteaba?

Si todo eso fue inducido desde el inicio...

Control mental. Aquella pareja de blanco y negro había mencionado algo así.

Te he estado engañando todo este tiempo.

“No importa. No me molesta.”

No. Claro que te molesta. La persona que conociste como 'Sanae Hoshina' no existe en ninguna parte. Incluso si volvieras a encontrarte conmigo, no podrías reconocerme.

“¿Cómo que no podría?”

¿Recuerdas lo que es un 'image scramble'? Yo también poseo esa habilidad. Desde el día en que nos conocimos, la estuve usando constantemente. El rostro que tú veías no era el verdadero. Te impuse una imagen falsa de mí.

Kenichirō Kanda lo imaginó. El cabello trenzado elegante, la piel blanca, siempre con una leve sonrisa.

“¿Por qué? ¿Por qué hacer algo así? ¿Qué importaba si yo veía tu verdadero rostro? No tiene sentido, ¿verdad?”

La presencia de Sanae en su mente se hacía más intensa. No sabía dónde estaba, pero sentía que se acercaba a ella.

No solo debía liberarte del bucle temporal. También tenía otra misión. Tenía que salvarme a mí misma. En aquel entonces, yo aún no controlaba completamente mi capacidad de viajar en el tiempo. No podía trasladarme sola.

Guardó silencio y afinó el oído. Mientras el tren avanzaba, oyó la voz tranquila de Sanae con ese ruido de fondo.

Mi verdadero nombre es Oto Tōko.

Kenichirō Kanda se quedó saboreando ese nombre, que resonaba dentro de su cabeza.

El verdadero nombre de Sanae era Oto Tōko. Oto Tōko era aquella niña de diez años que había sido secuestrada. La que estaba dentro del baúl y alzó la vista

con ojos de animalito cuando él y sus otros yos la encontraron. Ella tenía el poder de viajar en el tiempo. Por eso la secuestraron. Por eso lo llamó. Por eso atrajo a ese extraño dúo...

Manipulé la información mental de ustedes para cambiar mi rostro por el de otra persona. Si me hubieras visto tal y como era entonces, sin haber crecido mucho desde aquel tiempo, habrías descubierto de inmediato que era yo... en el momento mismo en que vieras las noticias por televisión.

La comprensión llegó como una ola que lo arrolló.

Sanae Hoshina era Oto Tōko del futuro. Y para que eso no se notara, apareció ante él y ante Kanda B con un rostro falso. ¿Por qué? Para mantener la coherencia temporal. Para guiar a Kanda A, B y N a actuar según lo establecido.

Sanae... Tōko... había movido a Kenichirō Kanda tanto en el pasado como en el presente. La ella del pasado lo guio, mediante los viajes en el tiempo, hacia el lugar donde debía estar.

Vino desde el futuro solo para eso.

Había sido tan atenta, tan considerada. Kenichirō había creído que era por su carácter natural. Pero no. Ella lo sabía. Sabía quién la rescataría. Sabía que sería él quien lo haría.

Manipulé tus pensamientos. Lo siento mucho. Tú eres mi salvador. Gracias a ti, yo existo ahora. No tengo palabras para disculparme. Pero aun así, te lo digo: perdóname. ¿Puedes perdonarme?

¿Qué pasaría si decía que no la perdonaba? ¿Aparecería frente a él y se disculparía en persona?

Kufufu.

Una risita suave, como el rodar de un ovillo de lana, reverberó en lo más profundo de su mente.

Ya es hora de despedirnos. Debo regresar.

“¿A dónde? Dímelo. Te seguiré hasta allá si hace falta.”

Entonces... algún día, en alguna línea del tiempo. Ojalá podamos volver a encontrarnos.

El fino hilo de sus pensamientos, como una hebra de telaraña, se fue deshilando y desapareciendo, como si fuera absorbido por una rueca girando en lo alto, a lo lejos.

El paisaje más allá de la ventana comenzó a fluir hacia atrás con una velocidad que parecía desgarrar el mundo. Ese tren en movimiento era el presente. Y lo que quedaba atrás era el pasado. No había vuelta atrás. La vista que se alejaba jamás alcanzaría al tren. Solo quedaría allí, inmóvil.

El tren se adentró en una zona urbana y empezó a frenar, anunciando que se acercaba a una estación. La estación en la que Kenichirō Kanda debía bajarse. Cerca de esa estación, se alzaba un edificio de departamentos notablemente alto. En el departamento 507 de ese edificio, él había pasado tres noches.

Un lujoso y blanco condominio de gama alta. En su azotea, una pequeña silueta se erguía, solitaria.

Kenichirō Kanda se pegó aún más a la puerta y entrecerró los ojos. Mientras la observaba, aquella silueta alzó una mano lentamente y la agitó, despidiéndose con suavidad.

Y antes de que pudiera siquiera pensar en nada, desapareció como si se hubiera disuelto en el aire.

Fue en ese momento que Kenichirō Kanda por fin recordó que desde el principio, nunca había existido una alumna llamada Sanae Hoshina en su clase.

Epílogo

Algún día, después de todo aquello.

Mientras se preparaba para irse del salón, Kenichirō Kanda se sintió de esa manera.

“Probablemente”, pensó. “Cuando uno se siente así, lo mejor es tirarse en la cima del tanque de agua en la azotea del colegio, mirar las nubes y quedarse embobado. Y luego escribir ‘.....’ durante tres páginas de hoja de redacción.”

Cruzó el pasillo, subió las escaleras, pasó por el rellano que parecía un depósito de trastos viejos, y finalmente alcanzó el último piso. Puso la mano en la puerta que llevaba al cielo azul. Estaba a punto de salir al exterior.

La puerta estaba cerrada con llave. La realidad rara vez se comporta como uno quiere.

“.....”

Kenichirō se recargó contra la puerta y sacó su cartera. El dinero que había tomado prestado de Sanae seguía casi intacto. Solo lo había usado para el pasaje de tren y algunas compras en el konbini. Desayunos y cenas siempre los preparaba ella... Pensando en eso, los sabores del marisco, el sukiyaki y la comida china revivieron en su boca. Tal vez nunca vuelva a probar una comida tan deliciosa en el resto de su vida. Por más que comiera en el mejor restaurante de tres estrellas, nada podría superar ese sabor. Era un sabor que existía solo en su memoria. Qué desperdicio. Sanae, o Tōko, como se llamará en realidad... no importaba. Lo único que quería ahora era volver a probar una comida hecha por ella. Aunque sea, que le enseñara la receta. Solo eso. No... no solo eso.

Algún día, en algún lugar, tendría que devolverle ese dinero y también las comidas de aquellas tres noches y cuatro días. Tendría que dejarle acariciar a Kurof. Tendría que acudir en su ayuda cuando ella estuviera en apuros. Lo había prometido. Lo que no se puede pagar con dinero, se paga con nuestras propias manos. Sanae no era del tipo que, por estar en problemas, se aferrara a alguien

para que la ayudara. Incluso si estuviera en dificultades, seguramente mantendría esa expresión suave, como si siempre estuviera sonriendo. Y los únicos que podrían entender eso, éramos nosotros. Por eso ella nos guió. Probablemente. Sin duda.

“Si es posible”, murmuró Kenichirō Kanda.

“No, tiene que ser”, se corrigió.

¿Cómo podría volver a encontrarse con “aquella” Tōko que se hacía llamar Sanae Hoshina? ¿Cómo? ¿De dónde habían venido ese hombre de blanco y aquella chica de negro? ¿No mencionaron algo de la ‘Tercera EMP’? Tal vez si les preguntaba a ellos, podría entender algo. Por cómo hablaban, parecía que ni siquiera sabían que “Oto Tōko” era un “interceptor de la línea temporal”. ¿No lo sabían todavía? ¿O estaban por descubrirlo? ¿O soy el único que lo sabe?

Pero, pensó Kenichirō Kanda, incluso si llegara a encontrarse con “ella” en el presente, no sería la “Sanae Hoshina” que él recuerda.

¿Hace cuántos años era la Tōko de ahora comparada con “Sanae”? ¿Qué le habrá pasado en esos años? ¿Sus padres realmente se fueron al cielo y nunca volvieron? ¿Y ese extraño grupo que la había secuestrado? ¿Si seguía el rastro de esa gente, encontraría rastros de Sanae?

Por ahora no se le ocurría nada. Pero algún día, de alguna manera, idearía un buen plan. No quería aceptar que esa fuera su despedida. Tenía muchas cosas que decirle, que preguntarle. Todavía no se lo habían explicado todo. A toda costa, debía volver a verla. Si pudiera saltar al futuro, le preguntaría al yo que estuviera allí: “¿Te encontraste con Sanae?”

Kenichirō alzó la mirada hacia el techo y pensó.

No volveré a saltar en el tiempo ni a encontrarme con otra versión de mí mismo. Así que no hay forma de saberlo. Pero seguramente Kanda B, N y A también pensarán lo mismo. Cuando pase el tiempo y estén en el mismo “aquí y ahora” que yo, cuando se conviertan en mí...

Eso también, sin duda, era algo inevitable.



Interceptor 8

Desear es un acto libre. Sin embargo, entre el acto de desear y el cumplimiento del deseo no existe un vínculo directo. Tan solo nacen, al margen del cauce principal, unos pocos y frágiles afluentes que se ramifican tenuemente. Aun así, mientras esa actividad se mantenga dentro del ámbito exclusivo de la mente, uno puede actuar con total libertad. Desear, y nada más que eso, no conlleva ni derechos ni obligaciones. La verdadera libertad reside en la actividad mental de las personas, y solo ahí.

No obstante, en contadas ocasiones, uno de esos afluentes puede llegar a sustituir al cauce principal.

Yo deseo.

Si algún día, en algún momento de la historia, volveré a encontrarme con el individuo llamado Kenichirō Kanda... eso, ni siquiera yo lo sé.

Pero la libertad de desear es un derecho concedido a todos por igual.

Incluso a mí.

Notas de Autor

En los últimos meses he tenido varias oportunidades de tomar el tren bala, y cada vez me pongo a pensar en cómo aprovechar de forma productiva esas poco más de tres horas de trayecto en una sola dirección. Probablemente lo mejor sería dormir, pero yo tengo un sueño terrible incluso en circunstancias normales, y además tengo una mente tan frágil como un vidrio barato: si no estoy acostado sobre un futón, simplemente no puedo dormir. Así que eso de quedarme dormido en el tren es literalmente un sueño imposible.

La segunda opción sería leer, pero con unos oídos que no sirven ni para estabilizar una peonza rota, tengo un miedo constante a marearme. Nunca lo he intentado, precisamente por ese temor. Aunque quién sabe, tal vez si lo intentara no pasaría nada.

Con todo eso, al final lo único que hago durante el viaje es pensar. Por ejemplo, se me ocurrió pensar en cosas como “¿Será constante la constante de Avogadro?”, pero no solo no llegué a ninguna conclusión, sino que ni siquiera sé bien qué demonios es la constante de Avogadro. Evidentemente, si no sé bien de qué va el tema, no hay forma de que pueda pensar en ello seriamente. Y mientras me mordía los labios sintiendo el vacío existencial, me di cuenta de que quizás sería mejor pensar en cosas más triviales, ¡gran descubrimiento! Así que pensé algo como: “Creo que solo he tenido un billete de dos mil yenes como tres veces en la cartera... ¿Qué fue de eso, será que lo tratan como billete conmemorativo o algo así?”. Pero como era un asunto tan absolutamente trivial, no pude seguir pensándolo mucho más, y volví a mordermelos labios cargando con ese vacío, mientras me dedicaba a contar arrozales entre el paisaje que se deslizaba tras la ventana. Si tomamos como referencia el trayecto desde Shin-Osaka, más o menos esta parte coincide con haber pasado ya por Kioto.

Pensar en algo que suene más o menos inteligente pero que no importe mucho en realidad es más difícil de lo que parece. Aun así, no queriendo desperdiciar este rato libre, me pongo a meditar una y otra vez. Pero pensar a lo tonto también cansa. Lo mejor sería poder contarle a alguien de principio a fin el argumento de algún libro o película que haya leído o visto recientemente.

Aunque claro, si me pusiera de repente a hablarle al tipo de al lado que está comiendo su bento con una devoción tremenda, seguro que me metería en problemas. Así que opto por crearme una especie de personalidad ficticia en mi cabeza que asiente en los momentos adecuados, y a esa persona imaginaria le explico de forma clara y ordenada lo interesante que fue el libro o la película.

Cuando me doy cuenta, ya estamos llegando a Nagoya.

Pero justo por aquí mi mente empieza a entrar en bucle. “Espera, creo que esta historia ya la conté antes”, pienso. Trato de buscar algo más novedoso para pensar, pero si tuviera algo así, lo habría pensado desde el principio, ¿no? Así que, evidentemente, no es tan fácil encontrar algo. Y justo ahora es cuando empieza la parte más larga del trayecto.

Mientras tanto, el tipo de la oficina de ventas que está a mi lado ya terminó su bento y se ha quedado dormido. ¿Y yo por qué tengo que estar aquí dándole vueltas a puras tonterías? Me dedico entonces a lamentarme un rato por lo efímero de la existencia, y justo cuando ya estoy cansado hasta de eso, por fin parece que llegamos a Yokohama.

Me digo a mí mismo que debería pensar en algo más alegre. Pero cuando empiezo a preguntarme “¿Qué cosas me harían realmente feliz?”, me doy cuenta de que con apenas tres dedos puedo contarlas, y me quedo estupefacto. En eso, finalmente, el tren se aproxima a Tokio. Ya casi llegamos al final del trayecto.

Por cierto, escribir un texto como este me ha tomado prácticamente el mismo tiempo que tarda el *Nozomi* en ir de Tokio a Shin-Osaka. Así que la próxima vez que tome el tren bala, creo que me pondré a pensar en el contenido del epílogo de alguna novela que aún no he escrito ni tengo intención de escribir. Es una idea que ahora mismo me parece bastante apropiada.

I wish you luck.

Nagaru Tanigawa



NAGARU TANIGAWA

Nacido en 1970, residente de la prefectura de Hyogo. Aunque estudió Derecho Constitucional en la universidad, prefiere la ciencia ficción que sigue leyes sobrenaturales. Ganador del Gran Premio en la 8ª edición de los Premios Kadokawa Sneaker por "La melancolía de Haruhi Suzumiya". Logró el hito de debutar con la publicación simultánea de su obra ganadora y su obra actual, lo que le ha llevado a vivir días muy ajetreados.



ILUSTRACIONES DE 蒼魚 真青

Desde la infancia, ha pasado muchos años haciendo garabatos en cualquier papel disponible, ya sea en la parte posterior de anuncios, cuadernos o libros de ejercicios. Una nueva ilustradora que adora los tonos azules, los platos de pescado y los hámsteres.

Esta obra ha sido traducida por y para fans, con el propósito de acercar la literatura de Nagaru Tanigawa a aquellos que no dominan el idioma japonés. No se pretende lucrar con esta traducción. Si tienes la posibilidad, puedes apoyar los productos oficiales comprando el libro digital en Amazon Japón o BOOK☆WALKER

[Amazon.co.jp: 学校を出よう!\(2\) I-My-Me \(電撃文庫\) eBook : 谷川 流, 蒼魚 真青: Kindle Store](https://www.amazon.co.jp/dp/B000000000)

[学校を出よう!\(2\) I-My-Me - ライトノベル \(ラノベ\) 谷川流/蒼魚 真青 \(電撃文庫\) : 電子書籍試し読み無料 - BOOK☆WALKER -](#)



